PATRICIA REVERTÉ VILLAR

EL verano QUE ME LLEVÓ A tí



Patricia Reverté Villar

El *verano* que me llevó a *ti*


PRV

Primera edición:
©Julio, 2019, Patricia Reverté Villar

Se prohíbe la copia, distribución o adaptación de cualquier parte de la obra sin permiso previo de la autora.

Índice

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Introducción

Supongo que hay cosas peores que pasar el mes de agosto en la casa de campo de la familia de tu padrastro, pero, en ese momento, no se me ocurría ninguna; no conocía a su familia, sólo los vi el día de la boda, unos meses atrás. No era —ni soy— muy sociable, así que no me apetecía estar entre desconocidos. También era una época difícil; el último curso del instituto había sido un asco, una mierda en mayúsculas, por cambiarme de centro, de casa y por mis problemas personales, y, a todo eso, le tenía que añadir el pasar el verano estudiando para intentar sacarme lo suspendido en septiembre. Tanía cero ganas de aquello.

Otro asunto que me tenía molesto era que nos íbamos a un pueblo alejado de la mano de Dios —tampoco tanto, pero a mí me lo parecía—, y yo era un chico de ciudad que no sabía cómo iba la vida de campo.

Pese a todo, ¿cómo no iba a concederle aquello a mi madre? Ella quería formar parte de la vida de su nuevo marido; es lógico, y no iba a oponerme, aunque odiaba la idea de estar entre desconocidos un maldito mes. Pero había algo que compensaba todo aquello; desde el asiento trasero del coche, veía a mi madre hablando con Carlos, y estaba feliz, animada, deseando esas vacaciones… Y, si ella era feliz, valía la pena.

Capítulo



Llevaba cuatro horas y media sentado en el coche, escuchando música, jugando con el móvil e ignorando el paisaje y todo lo que me rodeaba, así que sólo volví a la realidad cuando Carlos aparcó; habíamos llegado y ni me había dado cuenta.

Me quité los auriculares inalámbricos y oí a mi madre hablando con Carlos, diciéndole lo bonito que era el sitio, lo bien que se estaba con el fresco de la montaña… Yo sólo pude pensar: «Ya puede haber wifi».

Guardé el móvil y los cascos en la mochila del instituto, que iba atestada de apuntes y libros. La cargué al hombro antes de salir del coche.

—Dani, ayuda a Carlos, por favor —me dijo mi madre. Mi respuesta fue un gruñido.

Carlos empezó a sacar el equipaje del maletero y me uní; parecía que nos hubiéramos traído media casa, con dos maletas grandes y tres de mano —mi madre se había vuelto loca—. Mía

sólo era una de las pequeñas, porque podía sobrevivir lavando y poniéndome las mismas prendas un mes, pero mis padres no.

Vi abrirse la puerta y salir a la madre de Carlos, Consuelo, que lucía una gran sonrisa amorosa, luego a su hermano mayor Lucas, a su hermana menor Lucía, la cuñada María, el cuñado Jesús y los sobrinos. «¿Cuánta familia tiene? No recordaba a tanta peña», pensé al verlos —el día de la boda celebré tener dieciocho años en la barra libre y no recuerdo mucho, ni a los invitados—, y todos daban la bienvenida a mis padres con abrazos y besos.

—Daniel, ven a saludar —me pidió Carlos, amable como siempre.

Yo me acerqué con desgana, pero intentando dibujar una sonrisa que no me salía. Saludé a los adultos, recibiendo besos y achuchones aunque no me gustasen. De mis primos «postizos», la mayor, Sofía, me dio un abrazo y un par de besos, los adolescentes, Aitana y Alonso, no se acercaron por su interés en las redes sociales y móviles, y, el pequeño, Kevin, se alejó por miedo. Sólo uno se quedó en silencio, mirándome como si escrutara mi ser; ese era Marcos, y logró hacerme estremecer con su mirada intensa y sus ojazos grises.

Ese año no había dejado de sentirme fuera de lugar, como en ese justo momento, porque, en ese instante, me sentía como un pez ahogándose fuera de su charca, un pez que no aguantaba tantas miradas ni cariño protocolario lleno de falsedad e incomodidad.

—Bueno, pasad —indicó la señora Consuelo—. Seguro que estaréis cansados del viaje.

—Dejad que os ayudemos con las maletas —indicó Lucas—. Parece que os habéis traído equipaje para un regimiento —rió, haciendo que Carlos se encogiera de hombros y sonriera.

—Lo siento —intervino mi madre—, parte de eso es por mi culpa.

Al final, logramos entrar. La villa era grande, y se veía a la legua que la familia de Carlos era acaudalada. Era una vivienda rústica decorada en ese estilo pero moderno —se habían dejado un buen dinero en reformarla—, por lo que pensé esperanzado: «¡Van a tener wifi!».

La cháchara entre adultos seguía. Yo hacía un rato que había desconectado, sólo volví a la conversación cuando oí mi nombre.

—Daniel dormirá con Marcos —dijo Consuelo.

Yo miré al chico que sería mi compañero de «celda» durante todo el mes; me seguía observando, como si fuera a descifrar algo de mí.

—Sube tus cosas, cielo —pidió mamá.

—Marcos te acompañará y te dirá que cuarto es —añadió Lucía, la madre de éste.

Sin decir nada, resignado, seguí a mi primo «postizo». Subimos las escaleras que teníamos en frente y llegamos al pasillo. Me llevó a la puerta del fondo a la izquierda y abrió. Entró y pasé tras él. La habitación era amplia, con dos camas de buen tamaño una en frente de la otra, un

escritorio, una estantería y un par de armarios. Dando al balcón, había un ventanal abierto que dejaba ver el bosque que rodeaba la casa. Al salir, se podía ver el jardín, la piscina y toda la zona de la barbacoa. La brisa entraba fresca y acompañada del olor a jazmín, que nacía de la gran planta que crecía junto al balcón.

—Esa es tu cama —me dijo, señalando la de la izquierda—. Ese armario es todo tuyo. Esa puerta da al baño.

Dejé la mochila y la maleta de mano junto a la cama. En ese momento, me hubiera gustado poder tumbarme y quedarme ahí hasta la hora de la cena. Viendo a tanta gente a mí alrededor, me había agobiado mucho, y una de las pocas cosas que me relajaban era estar tumbado en silencio y soledad escuchando música tranquila.

Me metí en el baño; era amplio, con su buena ducha y lavabo doble, por lo que no me iba a pelear por el espacio con Marcos. Eché la meada de recién llegado tras un viaje y me lavé las manos. Me di con agua en la cara, intentando despejarme. Ya estaba añorando mi habitación y no llevaba ni cinco minutos en aquella. Cuando salí, vi a Marcos tirado en la cama móvil en mano.

—¿Hay wifi? —pregunté; mi prioridad era conectar el portátil ara hacer mis trabajos, entre otras cosas.

—La contraseña está en el cajón —respondió sin mirarme, señalando al escritorio.

—Gracias.

Tras conectar mi teléfono y mi ordenador, ya me sentía mejor, no por estar conectado a alguien, porque no tenía ni amigos en ese momento, pero sí me ayudaba a distraerme cuando me daban los bajones.

—¿Te ha dicho mi tío que en casa de la abuela no se puede usar mucho el móvil? —me preguntó Marcos, sacándome de mi mundo.

—¿Qué quieres decir? Me acababa de acojonar.

—La abuela quiere que estemos en familia, así que no deja que usemos esto —explicó, moviendo su teléfono—. No te preocupes, sólo son las horas que estemos juntos.

—Bueno, yo tengo que estudiar, así que no me veréis mucho el pelo —respondí con indiferencia.

—¿Vas a palmar el curso? —preguntó con cierto recochineo.

—Puede —respondí, aguantando el malestar, recordando la mierda que había tragado para llegar a aquello.

—Tenías dieciocho, ¿no?

—Sí. —Seguía mirando mi teléfono, intentando que pillase que no quería hablar.

—Qué putada si repites estando tan cerca de la libertad.

Me levanté y me fui de la habitación. Si había algo que no podía aguantar en ese momento era esa conversación. Volví a la planta baja, y aún estaban con la charla. Mi madre me miró y me sonrió.

—¿Todo bien, cielo?

Me encogí de hombros para no responder con un no rotundo que la preocupara.

—Si no estás muy cansado, puedes ponerte el bañador y darte un chapuzón en la piscina —añadió Carlos—. Están ahí todos tus primos.

Negué con la cabeza.

—Preferiría comer algo y ponerme con lo mío.

—¿Ya? —exclamó mi madre con sorpresa. Creí ver el dolor en sus ojos—. Pero si acabamos de llegar, hijo.

—Tengo demasiado trabajo atrasado. —Aparté la mirada, odiando preocuparla.

—Hay de todo en la cocina —intervino Consuelo—. Estás en tu casa, así que puedes servirte lo que quieras sin pedir permiso.

—Gracias —respondí casi sin voz.

Carlos era muy amable, educado y dulce, y Consuelo me recordó mucho a él, así que ya tenía claro a quién se parecía mi padrastro.

—Dani —me llamó mi madre, intentando ocultar que estaba inquieta—, ¿por qué no te llevas la merienda fuera? Descansa mientras comes algo. Además, tienes que ver el resto de la casa.

—Vale… —respondí rendido—. ¿Dónde está la cocina?

—Ven —me indicó Consuelo—, te enseñaré todo mientras tus padres se acomodan.

—Gracias —susurré, siguiendo a la mujer por la casa como un guiri de excursión.

Cuando terminó de hacerme el tour de bienvenida, me dejó en la cocina. Ella salió al jardín desde la misma estancia, portando limonada fresca recién hecha. Yo me preparé un sándwich frío y me quedé apoyado de espaldas a la encimera, comiendo en silencio y soledad, mirando por la puerta francesa como mis primos salían de la piscina y se acercaban a su abuela para servirse el refresco.

—Deberías salir y pillar un vaso. —Oí a un lado. Me giré y vi a Marcos en la puerta—. Mi

abuela era cocinera, y todo lo que hace está buenísimo.

Yo le giré la cara. Seguí comiendo. No estaba listo para meterme entre tanto desconocido, porque a la fiesta de la piscina se unieron todos los adultos, menos mis padres, que seguían en la habitación dejando sus cosas.

—Lo tuyo no es socializar, ¿verdad? —preguntó, haciendo que odiara su insistencia; había un tono de chulería que no me gustaba, un tono que conocía bien y que me hacía recordar lo que no quería.

—¿Querías algo? —pregunté, aunque no me interesaba, sólo pretendía ser cortés.

—Nuestros padres nos han dicho que estás de bajón —indicó, sonriendo con esa chulería que me crispaba—. A mí sólo me pareces un borde solitario. Te iría mejor si te sacaras el palo del culo.

No me digné ni a mirarlo, pasé por su lado y me alejé. En ese momento, ya tenía claro que Marcos me iba a dar más de un dolor de cabeza, así que tomé la decisión en tan sólo un segundo; coger distancia y tener el mínimo contacto con él.

Con lo que me quedaba de merienda, subí a la habitación. Salí al balcón, viendo a mi nueva familia, esa que me había encontrado de la noche a la mañana, disfrutando y riendo. Sólo podía pensar en que, aquello, no estaba hecho para mí, que yo nunca había tenido familia, sólo a mi madre, y ella era hija única. Porque, por no tener, no había tenido ni padre; con decir que mi madre rompió todo contacto con él ya es suficiente.

—Un mes… —susurré, diciéndome que no había más remedio que aguantar.

Sin ganas, cuando acabé de comer, cogí mi mochila y me senté ante el escritorio. En su momento, pensé que tener que trabajar y estudiar era una mierda y me jodería el verano, pero ¿acaso hay una excusa mejor para librarte de socializar? Volviendo a mi burbuja de soledad, me puse a estudiar, perdiendo una tarde de piscina, esquivando lo que a la larga no podría evitar: la familia.

Capítulo



Mi madre entró en la habitación, encontrándome delante del portátil, sumergido en mi apuntes.

—Dani —me llamó desde la puerta—, ya está la cena.

—Ahora voy —suspiré, notando que estaba más cansado y hambriento de lo que pensaba.

—¿Puedo preguntarte algo? —Noté el tono de preocupación.

—Estoy bien —respondí antes de conocer la pregunta. La miré fijamente, intentando mostrarle mi convicción fingida.

Se acercó y se sentó en la cama, pidiéndome, con pequeños toques sobre ésta, que me sentara a su lado. Me coloqué junto a ella y la miré.

—Sé que esto no te gusta, te conozco bien. Lo siento… —dijo con pesar.

—No tienes que disculparte. —Me dolía que ella no pudiera disfrutar de sus deseadas vacaciones en familia por mi culpa—. Yo estoy bien, de verdad. Sólo necesito adaptarme. Y, además, tengo tanto que estudiar que no tengo tiempo de sentirme incómodo.

Ella lo sabía, me miraba diciéndome que veía a través de mí. Me acarició la cabeza con cariño y me sonrió con ternura.

—Me gustaría haberte podido dar unas vacaciones más tranquilas después de todo lo ocurrido.

—No te preocupes. De verdad que no me importa; estudiar aquí o casa es igual de rollo.

—Sólo quiero que estés bien.

—Lo sé, pero no te preocupes tanto; estas vacaciones disfrútalas, que con un condenado a trabajos forzados ya hay bastante — bromeé, deseando aligerar sus pesares.

Mamá me sonrió más animada, dándome luego un abrazo.

—Eres un regalo. —Me soltó y se puso en pie, tendiéndome la mano—. Vamos, que nos van a dejar sin cena.

Acepté el gesto y bajamos a la terraza del jardín. Se notaba el fresco y una brisa muy agradable. El porche era grande, dejando sitio para una mesa donde cabíamos todos sin problemas. Los adultos se pusieron a un lado, los jóvenes al otro. Marcos se encontraba delante de mí, algo que no me hizo mucha gracia, pero pretendía ignorarlo tanto como pudiera. Sofía estaba a su derecha y, a su izquierda, Alonso. Yo tenía a Kevin a la izquierda, porque el pequeño quería estar junto a su madre, y a Aitana a la derecha.

Miré el panorama que había sobre la mesa; embutido como entrante, junto a queso, olivas, tostadas, ensalada y vino negro para acompañar, todo de muy buena calidad.

—¿Tú bebes, Dani? —me preguntó Sofía, la única mayor de edad de todos los primos. Me acercó la botella de vino a la copa.

—Sí, un poco —indiqué. No solía beber, ni debía en aquellos momentos, pero ese vino no lo podía rechazar; había que probarlo.

—Sofí, no le eches mucho, por favor —pidió mi madre, que aún no estaba acostumbrada a mi mayoría de edad.

—Un día es un día —exclamó Carlos, que tenía más asumido el tema.

—Ya, como el de la boda —recordó, mirándome con reproche.

—Tranquila, mamá, que hoy no hay barra libre —respondí indiferente, mirando al plato, intentando mantener la distancia óptica con toda la mesa.

—No tiene gracia —bufó.

—Peores se las habrá pillado yendo con los colegas de botellón

—comentó Marcos, mirándome con descaro.

Yo me mantuve callado. Era consciente de que le estaría brindando una falsa afirmación, ya sabéis: «el que calla, otorga», aunque, en ese caso, no era cierto; nunca me había emborrachado, y menos había bebido tanto como el día la boda, simplemente porque aquella temporada llevaba un lastre mental que me estaba carcomiendo y me excedí. Luego lamenté —y sigo lamentando— no haber estado más pendiente de un día tan importante para mi madre.

—Daniel no ha bebido nunca mucho —me defendió Carlos, viendo que yo no quería responder—. Se ha mantenido muy firme con ello y otros vicios, ya que es un deportista.

—Creo que aquí el más peligroso es Marcos —exclamó Sofía, llevándose una mueca por parte de su primo.

—No quiero ni pensar en lo que hará cuando sale —masculló con desagrado Lucía, mirándolo con reproche.

—Ni que saliera a atracar ancianas por las noches —suspiró él—. A saber qué hacíais vosotros a nuestra edad —sentenció, logrando que los adultos se hicieran los locos.

—Estudiar mucho y no beber ni fumar —bromeó Jesús, padre de Marcos.

La broma fue mala, pero logró hacer reír a todos, menos a mí, que había desconectado, perdido, como era habitual, en mis pensamientos.

Con el entrante ya terminado, Consuelo sirvió la cena; tortilla de patatas, carne a la plancha y gazpacho bien fresco. Cuando vi tanta comida, quedé empachado sin haber empezado. No entendía dónde pretendía que me cupiera nada más, porque yo no comía mucho desde hacía unos meses.

—¿El año que viene empiezas ya la uni? —me preguntó Sofía. Supuse que sintió pena al ver al pringado de turno cabizbajo y callado.

—Aún no lo sé —respondí con indiferencia, sin ganas de dar explicaciones.

—Falta que en septiembre no palme el curso —indicó Marcos, dibujando una sonrisa insufrible, como si mis problemas fueran divertidos.

Mi madre me miró angustiada al verme. No pude evitar agachar más la cabeza y dibujar gesto de desagrado.

—Macos —le reprendió su madre.

—¿Qué? Ni qué fuera el fin del mundo —exclamó, sin tener en cuenta lo mucho que eso me estaba molestando.

Me puse en pie y me fui sin decir nada. Odiaba hacer siempre lo mismo; huir de las cosas que me incomodaban sólo porque no podía plantar cara sin hundirme.

Mamá salió tras de mí.

—Eh, cielo —dijo mientras me seguía, hasta que me cogió del brazo y consiguió pararme a los pies de la escalera—. Yo…

—Lo siento —la interrumpí. Lo último que necesitaba era que mi madre se disculpara por algo que no era culpa suya—. No debería haber…

Me abrazó con fuerza, dándome un beso sobre el pelo.

—Mi niño… —Sabía que le dolía verme así; inseguro, dolido, enfadado, desanimado y decepcionado conmigo mismo.

—Discúlpame con los demás —pedí tan sereno como podía fingir estar—. Necesito irme a la cama ya.

Me aparté de mi madre y subí los escalones de dos en dos. Me tiré sobre la cama, sintiéndome el peor hijo del mundo; había dejado mal a mi madre ante su nueva familia, y todo porque yo no era capaz de lidiar con mis malditos sentimientos.

Capítulo



Serían las doce pasadas de la noche cuando Marcos entró en la habitación. El sonido de la puerta me despertó. Se tumbó en la cama. Cogió el móvil de la mesa auxiliar. La luz de la pantalla iluminó su cara; sonreía mientras leía y respondía mensajes.

Poco después, oí a todos recoger abajo y meterse en sus habitaciones. Fue cuando Marcos se metió en el baño. Salió directo hacia el armario, se cambió de ropa y salió al balcón. No pensaba preguntarle qué estaba haciendo, no era idiota, sabía que se estaba fugando, que usaría la celosía por donde crecía el jazmín trepador.

—Capullo —murmuré por molestarme.

Cuando se fue, me levanté. Ya que me había despertado, aproveché para echar la meada de medianoche y luego para quitarme la ropa, porque me había quedado dormido sin cambiarme. Me puse una camiseta blanca de tirantes y un pantalón de deporte bastante corto. Volví a dejarme caer sobre la cama e intenté dormir, algo que me costó un buen rato.

No sé qué hora era cuando Marcos me despertó al golpearse contra el escritorio.

—Joder —exclamó, intentando no alzar la voz.

—¿Qué cojones haces? —pregunté molesto.

—Sigue durmiendo —ordenó, metiéndose en el baño.

—Imbécil —susurré, pensando que, de no haberme despertado, seguiría durmiendo. Miré el reloj del móvil; las seis de la mañana—. Será capullo…

Fue llegar Marcos y yo sentirme incómodo, por lo que di mil vueltas en la cama sin poder volver a coger el sueño. Así que los minutos pasaron y él no salía del baño, y yo volvía a mearme. Me levanté y llamé a la puerta.

—Eh, tengo que entrar. ¿Tardarás mucho? —Silencio—. ¿Marcos? ¿Me oyes? —Silencio y luego el sonido de un objeto cayéndose—. Marcos.

En ese momento, me planteé ir a por mi madre, pero preferí no formar un conflicto entre Marcos y sus padres y luego, de rebote, de Marcos conmigo; si era un descerebrado, no era mi problema. Así que, para evitar problemas, abrí la puerta; me lo encontré sentado sobre la tapa del váter, durmiendo, como si fuera normal o cómodo el lugar, y en calzoncillos. Lo que se había caído era el móvil.

Suspiré resignado. Me acerqué y lo zarandeé suavemente. Lo llamé un par de veces y seguía en su sueño profundo. Empecé a pensar en mis opciones, y sólo había una que me complicaba menos la vida. Lo cogí en brazos y lo llevé a la cama. Olía a cubata que echaba para atrás. Cuando lo dejé sobre el colchón, volví al baño y recogí la ropa, que la había dejado tirada por el suelo, y la metí en el cesto. No me gustaba el desorden. Luego le dejé el móvil sobre la mesita.

Mi mayor alegría fue que por fin pude mear.

Como ya no veía posible dormir más, decidí hacer lo que no me había atrevido a hacer por la tarde; me puse el bañador y me metí en la piscina. Hice unos largos con tranquilidad, disfrutando del amanecer. Cuando me cansé, salí, me envolví en la toalla y me senté en una de las tumbonas. Hacía tanto que no sentía tanta tranquilidad, que ni recordaba última vez que estuve en ese estado de sosiego.

Sentí el rugir de mi estómago clamando comida, así que me sequé bien y me metí en la cocina, topándome con Consuelo.

—Buenos días, Daniel —me dijo con amabilidad y una sonrisa alegre.

—Bu-buenos días —susurré tímido—. Si-siento lo de ayer — indiqué cabizbajo.

—No te preocupes —respondió sin rencor—. Diana nos ha contado que estás llevando mal lo de los suspensos.

—Aún así…

—No te preocupes más. Sólo te pido paciencia con Marcos; es buen chico, pero está en esa fase rebelde…

—No se preocupe, es más culpa mía que de nadie.

—Pero tutéame —pidió cariñosa—. Ahora somos familia.

—Cla-claro —susurré, sintiendo que eso era lo que todos decían para convencerse de aguantar al niño raro.

—¿Quieres desayunar ya?

—No se… No te preocupes, sólo iba a picar algo y a volver a la habitación; tengo que estudiar.

—¿Por qué no subes, te aseas y vistes, y yo te preparo algo?

—No es necesario. No quiero molestar.

—No me molestas, por Dios, qué tontería. Si hay algo que me mantiene viva es poder cocinar y ver disfrutar a mi familia con lo que les preparo.

Me sacó una sonrisa; realmente era una mujer encantadora.

—Está bien —acepté al final; no podía rechazar tanta amabilidad.

—Pues venga, sube que yo me encargo de todo aquí abajo.

No tardé mucho en volver a bajar, topándome con dos buenas tostadas untadas con mantequilla y mermelada casera de fresa, un poco de embutido, queso y zumo recién exprimido.

—Muchas gracias —indiqué sorprendido.

Yo no solía desayunar ni la mitad de lo que me había plantado en el plato pero, tras el ejercicio, tenía bastante hambre y, con lo bueno que estaba todo, no dejé ni las migas.

Consuelo fue haciendo el desayuno para todos mientras yo comía en silencio.

—Tú no estás muy acostumbrado a tanta gente, ¿verdad? —preguntó al ver que yo no iba a romper el silencio.

—¿Tanto se nota? —pregunté afable.

—Diana nos ha dicho que sólo estabais vosotros dos, que no habéis tenido nunca una familia numerosa.

—Así fue, pero por suerte encontró a Carlos —indiqué, realmente agradecido a la vida por

haberlos unido.

—Mi hijo está muy feliz desde que os conoce.

—Mi madre igual.

—¿Y tú? —Me miró fijamente, analizando cada gesto que pudiera dibujar.

Yo bajé la cabeza, como siempre, huyendo de los ojos de los demás.

—Carlos me encanta —respondí con total sinceridad.

—Pero… —indicó, dándome pie a seguir, imaginándose que yo no estaba del todo bien.

—No hay ningún pero con él, lo digo en serio.

—Pero sí que hay un pero.

—Sí —suspiré—. Conmigo.

—¿Y eso? Carlos siempre dice que eres un hijo estupendo, y se ve que eres un buen chico.

—Yo… Lo siento —indiqué inquieto, poniéndome en pie—. Estaba todo muy bueno. Gracias.

Salí de la cocina, sintiendo que, de nuevo, perdía otra batalla. No podía reconocer que yo era el problema, que no dejaba de darles dolores de cabeza y preocupaciones. Yo era el que fallaba en la ecuación de la felicidad.

Me subí a la habitación. Salí al balcón y me senté en una de las dos sillas que montaban guardia eterna. Contemplé el paisaje, que cantaba con las golondrinas y el aire entre las ramas, sólo acallado por el sonido de las incansables cigarras. Nunca me había imaginado lo mucho que puede arañar la paz dentro de un alma. Con tantos ratos para pensar, más me culpaba, más lamentaba ser el freno que impedía que mi madre avanzara.

Abrazado a mis piernas, me escondí del mundo, huyendo hasta de mí. Y acabé retirándole la mirada hasta a la nada.

Capítulo



Mamá llamó a la puerta a las ocho y media pasadas. Al no recibir respuesta, entró, topándose con mi cama vacía y con Marcos durmiendo a pierna suelta en la suya. Vio mis pies apoyados en la baranda del balcón.

—Dani…

La miré al oírla.

—Buenos días —indiqué, dedicándole una sonrisa que no lograba disimular lo que sentía.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

Me acarició la cabeza, sonriendo con cariño.

—Consuelo me ha dicho que ya has desayunado. ¿No podías dormir?

—Me acosté muy temprano, no como vosotros —bromeé, intentando borrar el aura de preocupaciones que siempre se respiraba a mí alrededor.

—Me ha dicho que parecías algo decaído.

—Siempre parezco un alma en pena, mamá —bufé, cansado de preocuparla y de no ser capaz de arreglarlo—. No es nada. Me siento raro aquí. Ya se me pasará.

—¿Vas a bajar un rato? —preguntó, casi implorando que lo hiciera y me relacionara.

—No. Quiero estudiar un poco.

—Está bien —dijo sin poder ocultar su decepción—. No te machaques mucho.

Salió de la habitación, y yo me planté ante el escritorio. Como un preso condenado, abrí el portátil y empecé a repasar. Sólo salí de mi letargo estudiantil cuando oí a Marcos gruñir mientras se estiraba todo lo que podía.

—¿Qué horas es? —preguntó, sin siquiera recordar el por saco que me dio por la noche.

—Las doce y media pasadas —respondí, dándome cuenta de que llevaba toda la mañana clavado en la silla.

—¿Te has chivado? —preguntó mientras se levantaba.

—¿Tú qué crees? De haberlo hecho seguro que tus padres te habrían dicho algo ya, ¿no?

—Eres borde pero enrollado —dijo, parándose a mi lado, agachándose para mirar lo que hacía—. Estarías menos amargado si dejaras de preocuparte tanto y disfrutaras de las vacaciones.

—Tú no sabes una mierda de mí, así que deja de meterte en mis cosas —exclamé sin poder controlar el enfado, algo que me sorprendió, porque yo no era así, yo huía de todo eso.

Cerré el portátil y me levanté, queriendo volver a eso que se me daba bien: escapar.

Marcos se plantó delante, mirándome fijamente, analizándome con sus malditos ojazos grises, sonriendo con un toque de perrería que me erizaba todo el vello del cuerpo.

—Aparta —exigí, o más bien supliqué, porque había vuelto a encogerme, a hacerme pequeño.

—Vamos, ¿en serio te molesto tanto? —preguntó sin rebajar el tono chulesco.

—Para ya —exclamé, dando un par de pasos atrás, cabizbajo, incómodo por tenerlo cerca y casi sin ropa.

Lejos de hacerme caso, se volvió a acercar sin apartar la mirada intensa que me analizaba de

pies a cabeza.

—¿Es qué me tienes miedo?

—Aparta —repetí, luchando por controlar la ansiedad que el enfrentamiento me provocaba.

Marcos me dejó paso y yo me aparté a toda prisa.

—No te lo tomes a la tremenda, joder, que sólo quería picarte un poco —exclamó mientras yo me alejaba sin siquiera plantearme que se sintiera mal de verdad.

Él no sabía lo mucho que aquello me afectaba, y estoy seguro de que, de haberlo sabido, habríamos empezado con mejor pie, pero nadie sabía nada; mis horrores era míos, aunque mi madre y Carlos los conocían, sólo yo los vivía porque estaban en mi cabeza.

Bajé, sintiendo el malestar de la angustia clavada en mi pecho y en mi estómago. Me encaminé con prisas a la puerta de salida sin siquiera hacer caso a Carlos, que se cruzó conmigo cuando iba a subir para llamarnos a comer. Salí disparado, deseando alejarme de todos, sin importarme acabar perdido en el bosque.

Cuando empecé a sentirme aislado, logré controlar la respiración, y le devolví a mi corazón un latido más tranquilo. Me senté en una piedra, respiré hondo, recriminándome mi poco control. Me giré al oír unos pasos tras de mí. Carlos me miró, esperando que fuera yo el que hablara.

—Lo siento —susurré, volviendo a sentir que, mi existencia, lo único que hacía era causarles problemas.

—¿Te está molestando? —preguntó, imaginándose que el foco de mi ansiedad era Marcos.

—No —respondí sin lograr mantener a raya mis pesares—. El único problema aquí soy yo.

—¿De qué hablas? —Casi podía tocarse el dolor en su voz.

—Él no tiene ni idea de nada, y no sabe que sus comentarios me afectan, así que el que tiene el problema soy yo, que no consigo controlarme.

—No te machaques, por favor…

—Eso intento, pero no puedo —exclamé dolido—. Lo que más me gustaría es dejar de dar por culo, dejar de preocuparos, que pudierais disfrutar de la vida sin tener que estar pendientes de si peto o no.

—Preocuparnos es lo que hacemos los padres.

—Sólo soy una maldita carga.

—Daniel, ni se te ocurra volver a decir algo así —exigió con toda la calma del mundo—. Estás cansado, preocupado y dando demasiadas vueltas a las cosas, y no deberías.

—No quiero decepcionaros más.

—¿Cuándo nos has decepcionado?

—Cada vez que escapo o monto el drama de turno.

—Mírame —ordenó con tono tajante, algo muy extraño en él—. Daniel, que me mires.

Levanté la vista, luchando como un gladiador, porque para mí eso era ir contracorriente. Pero verle la expresión serena, sin rencor o lástima, era casi el mejor remedio contra la ansiedad.

—No estamos decepcionados contigo —sentenció con convicción—. Has pasado casi un par de años difíciles, punto. Ni vamos a machacarte, ni a exigirte que lo superes sin más. Estamos juntos en esto, y no porque tu nos arrastres, sino porque te queremos.

—No quiero joderos las vacaciones —suspiré, deseando poder concederles la paz que se merecían.

—Y no lo estás haciendo.

—Sólo llevamos dos días y no dejo de comportarme como un…

—Daniel, no. —Se acuclilló ante mí y me sonrió—. Eres demasiado exigente contigo ahora mismo, y sólo queremos que te relajes.

—Ya no recuerdo que es eso —suspiré—. Y no puedo hacerlo, tengo que…

—¿Vivir las vacaciones?

—Suspenderé.

—¿Y? Yo repetí los dos primeros años de universidad porque estaba trabajando y no me daba la vida.

—Es que siento que os fallaré si no lo saco.

—Si fuera porque salieras de fiesta, por vago y dejado no te diría que no, pero, si ocurre por causas mayores, lo último que podemos exigirte es que rindas como si nada pasara.

—Aún así…

—No te estoy animando a que te rindas. Lo que quiero es que des lo que puedas sin amargarte en el camino. Veo que te esfuerzas, y estoy muy orgulloso, pero no quiero verte infeliz.

Asentí, dibujando una sonrisa tímida.

—Gracias.

—Ahora, mi niño, vuelve a casa, disfruta de las vacaciones y verás que tus neuronas agradecen el paréntesis.

Con un poco más ligera mi mente, acompañé a Carlos de camino a la casa, dispuesto a seguir su consejo, dispuesto a empezar a buscarme, a reencontrarme y a dejar atrás un lastre que, aunque fuera difícil de lanzar por la borda, no iba a permitir que me hundiera.

Capítulo



Cuando Carlos y yo entramos por la puerta, lo primero que vi fueron los ojos azules de mi madre contemplándome con preocupación extrema.

—Dani…

—Vamos a comer —le dije, cogiéndole la mano, tirando de ella hacia la terraza.

Carlos la miró y le sonrió, intentando devolverle la tranquilidad, lográndolo como sólo él podía.

—¿Todo bien? —preguntó Lucía, mirándome, convencida de que Marcos había tenido algo que ver.

—Sí. —Me senté en la silla, delante de Marcos, ignorando su mirada intensa—. Siento preocuparos —proseguí, aunque aún no lograba alzar el rostro—. Me suelo agobiar con mucha

facilidad.

—Tienes que tener cuidado —intervino Lucas—, no te metas en el bosque solo; podrías perderte.

—Eso sí sería dar la nota —indicó Marcos, sin dejar de analizarme con la mirada.

—Déjale ya —exclamó Sofía, dándole un empujón—. Mejor pasa de este idiota redomado.

—Vale ya, chicos —suspiró Lucas—. Normal que agobiéis al chico.

—Ahora será mi culpa que éste sea un delicado —respondió Marcos sin apartar la vista de mí.

—¡Marcos! —le reprochó Lucía, algo cansada de la rebeldía de su hijo.

Yo, por no seguir con el drama, miré al plato y comí en silencio. Sólo dejé ese estado de lejanía social cuando Sofía, amable, se esforzó por darme conversación.

—Carlos dijo ayer que eres deportista, ¿no?

—Era —rectifiqué, sacando a relucir otra mirada de lamento por parte de mi madre.

—¿Qué hacías?

—Fútbol; estaba en el equipo del instituto y en el local.

—¿Puedo preguntar? —Me miró con sus grandes ojos marrones llenos de curiosidad.

—Mejor que no —indiqué. No estaba preparado para contar delante de toda la nueva familia mis traumas.

—¿Intentas darle más misterio al asunto? —intervino Marcos, que no bajaba el nivel de su intensa mirada.

—No. Simplemente no quiero hablar de ello —sentencié, manteniéndome cabizbajo—. Espero que no te moleste —le dije a Sofía.

—Tranquilo —respondió sonriente—. ¿Y qué carrera piensas cursar cuando puedas?

—No lo sé. Teniendo en cuenta que ni sé si aprobaré…

—Pero eso da igual —exclamó, quitándole importancia—, ni que la carrera vaya a desaparecer por no entrar a la uni el año que te toca.

—Yo me cogí un año sabático antes de empezar la mía —indicó Jesús—. Y a Sofí le invité a hacerlo también.

—La verdad es que me vino de perlas —añadió ella—. Aproveché para hacer cursos y

probar diferentes trabajos temporales antes de retomar los estudios.

—No hay que tener prisas —dijo Carlos, mirándome, diciéndome que me relajara.

—Así que, dime, ¿qué harás cuando termines el insti? —insistió Sofía.

—Pensar —respondí, mirando a Carlos—. Supongo que tomarme tiempo para decidirlo sin estresarme. —Miré luego a Sofía—. No es que lo tenga del todo claro, pero quizá… psicología.

—Oh, vaya, no está nada mal —indicó Lucas—. Nuestro padre era psicólogo —dijo, mirando a sus hermanos.

—Y los hijos hemos salido ovejas descarriadas —rió Lucía—.

Ni uno siguió sus pasos pese a la ilusión que le habría hecho.

—Contigo ya podía dar gracias de que hubieras terminado la universidad —le pinchó Carlos.

—Sí, para que luego me de la brasa a mí —susurró Marcos. Lucía lo miró con reproche.

—Yo quiero ser youtuber —exclamó Alonso, que, con once años, no veía otra cosa con futuro.

—¿Y yo puedo estudiar para ser influencer? —preguntó Aitana, que, con quince, también tenía como meta triunfar en las redes antes que en el instituto.

—Qué colleja te daba, niña —espetó Sofía sin paciencia.

—¡Mamá!

—A mí no me metas —indicó María, resignada ante las pullas constantes entre las dos—. Me tiene hasta aquí de las moderneces —bufó, llevando la mano por encima de la cabeza.

Comentario que desató un amplio debate entre jóvenes y mayores sobre cómo funcionaba el mundo por culpa de internet. Lejos de participar, sólo fui un oyente, aunque entretenido y divertido por los argumentos y las discusiones, las bromas y los piques. Quizá, tener familia, no iba a estar tan mal.

Capítulo



Al haberme levantado temprano y dormir poco, el sueño me llegó que aún no eran ni las diez.

—Me voy a la cama. Buenas noches —indiqué, poniéndome en pie, agradeciendo la cena antes de retirarme.

De camino a la puerta, oí a Marcos diciendo que él también se iba a dormir, arrancándome un bufido. Sin esperarlo, es más, con prisas, subí a la habitación. Marcos entró, pillándome mientras me cambiaba. Le di la espalda simplemente por darle a entender que lo iba a ignorar. Me metí en la cama con el pijama improvisado de camiseta y pantalón deportivo.

Marcos se puso a mirar y responder sus mensajes, pero no dejó el teléfono para dormir, se quedó despierto, esperando a que todos recogieran y se fueran a dormir. Volvió a despertarme con sus idas y venidas cuando el silencio reinó en la casa.

—Eh, ¿estás despierto? —me susurró.

—No. —Era obvio que no quería saber de él, pero no parecía importarle.

—¿Quieres venirte?

—No.

—¿Tienes miedo de qué te pillen?

—Buenas noches —bufé, poniéndome bocabajo y abrazando a la almohada.

—Cobarde —exclamó antes de salir al balcón.

—Capullo —respondí yo.

A las cinco, llegó para volver a despertarme, sin saber lo mucho que me costaba dormir sin medicarme. Volvió a llegar ebrio, o eso pensé, porque se golpeó contra el escritorio al ir hacia el baño. Cerró la puerta, y yo me hice el loco. Agradecí que esa noche saliera por su pie. Contemplé su figura delgada recorrer la habitación bajo la luz de la luna. La falta de ropa me hizo desear que no la hubiera dejado tirada, porque no quería ir recogiendo su desorden. Esperé a que se metiera en la cama y unos minutos más para ir al baño. Comprobé con sorpresa que no había dejado nada por el suelo. Meé y me volví a la cama.

—¿Te he despertado? —preguntó sin sonar muy perjudicado, por lo que deduje que se dio con el escritorio por torpe.

—¿Tú qué crees? —bufé molesto.

—¿Por qué me tienes tanta tirria?

Me dejó descolocado. Realmente no me había hecho nada y yo sólo quería alejarlo lo máximo posible. Sí, cierto que sus tonterías me resultaban incomodas, pero era por mis problemas, por mi falta de tolerancia a ciertas bromas tras lo que me hicieron en el otro instituto, pero, en sí, ¿qué me había hecho él? Nada.

—No te tengo tirria —mentí, sí le tenía manía, aunque sin venir a cuento y sin poder evitarlo. Me sentía muy mal por ello.

—Ya…

Sentí como me miraba fijamente incluso con la mínima luz que entraba por el balcón abierto.

—Sólo pasa de mí, será lo mejor —susurré, acurrucándome con la almohada, deseando decirle que sus bromas y sus insistencias no tendrían mala intención pero que a mí me dolían.

—¿Por qué?

No respondí. Me callé. Me alejé estando en la misma habitación. Si en algo era experto era en esconderme, en enterrar lo que quería, lo que me gustaba, lo que sentía…

—Mentiroso —sentenció antes de acomodarse y decidir ponerse a dormir.

Yo, como un idiota, me quedé despierto, reprochándome el sentir ojeriza por alguien que no me había hecho nada, por ignorarlo sin merecerlo, por esconderme sin necesidad… Mi cabeza, llena de remordimientos, me dio otra mala noche de tantas. Ya ni recordaba qué era dormir ocho horas, y menos seguidas.

No logré pegar ojo, así que, a las siete, me levanté, me puse el bañador y me zambullí en la piscina. Era realmente agradable nadar con la mañana recién asomando entre el bosque y con la brisa veraniega, que mecía las ramas, haciendo cantar a la hojas. Cuando salí del agua, me estiré en la tumbona, disfrutando de la paz, pidiéndome no pensar en nada, pero sin concedérmelo. Por lo menos, con el cansancio de los largos, logré quedarme dormido.

—¡Mamá, hay alguien durmiendo fuera! —Oí a lo lejos; me habían despertado con lo a gusto que estaba.

—¿Qué dices, Kevin? —preguntó María, que se acercó a su hijo de nueve años y miró por la puerta—. Oh, vaya… Ve y dile a Dani que se levante —le animó.

—No, que se enfadará.

—Si me traes comida te perdono —indiqué, moviéndome, mirándole con cara de estar más dormido aún que despierto.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Lucas, llevando la bandeja con las tostadas a la mesa.

—No podía dormir y me bajé a nadar. —Bostecé con fuerza—.

Me he quedado frito.

—Míralo, qué morro —exclamo Sofía—, luego pasa de meterse con los demás en la piscina. Toda para él —bromeó, riendo, sacándome una sonrisa.

—Soy hijo único, es a lo que estoy acostumbrado —indiqué burlón antes de meterme en la casa.

Subí a la habitación. Me metí en el baño, me duché y me vestí antes de salir. Me fijé en Marcos sin quererlo. Sin pensarlo. Verlo dormido profundamente, con una expresión dulce y llena de paz, con tan solo el calzoncillo… Negué con la cabeza cuando sentí que mi mente me traicionaba, deseando sacar la estúpida idea de que no estaba nada mal.

Volví a odiarme por ser así. A odiarme por sentir así. No podía ser yo, ni no serlo. La maldita encrucijada auto-impuesta de mi existencia, y todo porque unos imbéciles se creyeron con derecho a decirme que no estaba bien sentir lo que sentía. Y, yo, incapaz de afrontar la batalla y plantar cara, me callé, me encogí y dejé que me hundieran sin razón.

Capítulo



Me pasé toda la mañana sentado a la mesa, escuchando a los adultos charlar y mirando a los chavales jugar en la piscina. Sólo Sofía lograba sacarme alguna respuesta escueta, tímida y distante.

—Buenos días —exclamó Marcos, cruzando las puertas francesas mientras bostezaba y se estiraba.

—¿Buenos días? Pero si ya casi es hora de comer —exclamó su padre resignado.

—No entiendo cómo puedes dormir tanto —añadió su madre—. Si ayer te fuiste temprano a la cama.

Marcos se sentó ante mí y me miró. Yo me hice el loco.

—Me desvelé a mitad de la noche y luego me costó dormirme otra vez —respondió,

desviando la mirada hacia sus padres, dejando claro que lo de mentir se le daba más que bien—. Por cierto…

—Ya quiere pedir algo —le susurró Lucía a Jesús, que le sonrió con resignación.

—Quería ir al pueblo con la panda un rato, que mañana Jorge se va dos semanas de vacaciones, y Noe se va pasado mañana. Se perderán mi cumple.

—Dani aún no ha visto el pueblo —indicó Lucas, que habría recibido una mirada mortal por mi parte, pero preferí agachar la cara y hacerme el sordo, como siempre.

—Vente —me dijo Marcos, con esa intensidad transmitida con los ojos que me trastocaba.

—No creo que…

—¿No te gustaría verlo? —prosiguió Lucas.

—No es eso.

—Es que yo no le caigo bien —sentenció Marcos, mirándome con chulería.

—Deja de inventar. No me apetece ir, nada más.

—Yo también tengo que bajar al pueblo —espetó Sofía—. Venga, vente.

—Es que… —Ni se imaginaban lo mucho que me agobiaba esa presión.

—Va, hombre —insistió ella—. No te puedes pasar todo el día metido en casa. Los amigos de Marcos son mucho más encantadores que él, así que puedes estar tranquilo.

—Qué capulla —bufó Marcos molesto, mientras Sofía le sonreía con malicia.

—¿De verdad no te apetece salir un poco? —añadió mi madre, mirándome con tristeza mal disimulada; deseaba que volviera a relacionarme con chicos de mi edad, y yo no podía negarme.

—¿Entonces…? —Sofía esperó paciente la respuesta, sonriendo animada—. Porfa…

Suspiré rendido.

—Está bien —susurré con desgana.

—Voy a avisar a Jorge —dijo Marcos, poniéndose en pie. Cuando pasó por detrás de mí se inclinó a mi lado—. ¿Lo ves?, ella sí te cae bien —susurró, marchándose después.

Yo sólo puede bajar el rostro y callar.

Tras terminar de comer, me vi en el coche de Sofía, sentado atrás, preguntándome qué narices hacía yo ahí. No tuve tiempo ni de concienciarme de que estaría rodeado de extraños y, peor, de los amigos de Marcos.

El pueblo se encontraba a quince minutos en coche. No era una localidad pequeña pero seguía sin llegar a ciudad. Tenía sus comodidades, como un pequeño cine, un amplio supermercado, un salón de recreativas, piscina local… Aunque lo que más abundaban eran los bares de tapas. Justo delante de uno nos dejó Sofía. Ella se fue, no sin antes decirle a Marcos que ya se avisarían por mensaje cuando fuera la hora de regresar.

—Supongo que te decepciona que Sofía se pire —me dijo Marcos, que interpretó mi mala cara de ese modo.

—No es eso —indiqué, luchando por controlar mis nervios.

—Aceptaste por ella, ¿no?

—No sé cómo decirte que no.

—¿Y por qué has venido?

—No vas a dejarlo, ¿verdad?

—Es que por más que intento entenderte no lo consigo. Y he de reconocer que, cuando algo me interesa, no lo dejo. Pienso saber de qué palo vas.

Me estremecí con sus palabras y su maldita mirada intensa. Sabía que siempre me observaba, escrutándome, buscando algo en mí, pero que lo reconociera, que de verdad me dijera a la cara que yo le interesaba, aunque fuera por mera curiosidad, me aceleró el pulso, aunque eso no era muy difícil.

—Deberías saber que yo no tengo nada interesante, que, por más que busques, no encontrarás nada. —Le aparté la mirada; mi autoestima estaba tan por los suelos que no podía creer que alguien sintiera algo por mí, ni tan siquiera curiosidad.

—Ya… Con eso no me vas a convencer —respondió sin dejar ese tono chulesco que me atacaba los nervios—. Mejor entramos.

Marcos abrió la puerta y cruzó. Yo fui a dar el paso cuando vi por el cristal al grupo; contando a Marcos, había cinco personas en su pandilla, más otros clientes, llegando a superar la decena. Mi cuerpo se bloqueó. No podía entrar, no podía pensar, no podía oír… El miedo me paralizó.

Me intenté convencer de que no pasaría nada, de que no se burlarían de mí, ni me juzgarían, de que yo no haría el ridículo… pero nada podía disipar ese maldito temor que me dejaba inútil ante cualquier relación social. Y, al final, me rendí. Me di media vuelta y me alejé. Estaba tan centrado en mi huída que no oí a Marcos llamarme. Sólo me llegó su voz al cogerme del brazo.

—¿A dónde vas? —preguntó extrañado—. ¿Estás bien? —Por primera vez, le vi preocupación en el gesto—. Estás temblando.

—No puedo… —susurré, odiando no poder controlar mi estúpido cuerpo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Ya lo estaba haciendo de nuevo; preocupaba a todos con mis problemas sin poder remediarlo, pese a que habría dado cualquier cosa por evitarlo.

—Por eso no quería venir —logré decirle, porque respiraba con dificultad—. Necesito sentarme —suspiré, luchando por no desplomarme.

Marcos me sujetó y me acompañó a un banco de la plaza. Me dejé caer, ya que las fuerzas me habían abandonado. Me sentía tan estúpido… Me recliné. Crucé los brazos sobre las rodillas y escondí la cabeza. Lo estaba pasando mal, pero aún así era consolador sentir la mano de Marcos acariciando mi espalda.

—Lo siento —susurré cuando empecé a calmarme; sabía que estaba fastidiándole el plan, y me sentía fatal.

—¿Lo has hecho a posta?

—Claro que no. —Logré mirarle, más o menos, a la cara.

—Pues entonces no hay nada que disculpar.

—Deberías ir con tus amigos —ofrecí, sabiendo que yo no podría unirme ni cuando se me pasara.

—No pienso ir sin ti; por eso te invité.

—No podré…

—Claro que puedes. —Me cogió de la mano y tiró de mí, poniéndose en pie, levantándome tras él.

—No. De verdad que no puedo. —Retiré la mano y me aparté.

—Si no puedes confiar en ti, entonces confía en mí —pidió, sonriendo como si con ello lograra mover el mundo. Me tendió la mano y esperó.

Cabizbajo, sin saber ni cómo, logré poner mi mano sobre la suya. Me llevó dentro del bar sin soltarme, apretando sus dedos, diciéndome así que no me dejaría solo. Él no fue consciente de lo profundo que ese gesto se clavó en mi corazón, ni del gran empujón que me dio para salir del escondite. Como tampoco fue consciente de los problemas que todo aquello me acabaría causando en mi maltrecha alma llena de miedos.

Capítulo



Gracias a Marcos, conseguí cruzar la puerta del bar. Me acercó al grupo. Me presentó, contó cómo había llegado a la familia y llevó la conversación, librándome de responder. Hizo que me sentara a su lado cuando nos acercamos a la mesa, que quedaba pegada a la pared por un extremo, salvándome de que un desconocido se sentara cerca.

No sabía si lo estaba planeando sobre la marcha o es que sólo era así de atrayente, pero eclipsaba las bromas, las conversaciones, las miradas y las risas. Logró que yo quedara en otro plano; lejano, aislado… Me hizo dar un gran paso pero evitó que diera el siguiente obligado por las circunstancias, sólo fue guiando a sus amigos, desviándolos de mí.

Marcos lograba brillar; sus sonrisas, las risas, las miradas, los gestos… ¿Tenía algo que no fuera digno de ver? En ese momento, me tenía atrapado, tanto como su mano, que, de vez en cuando, se perdía por debajo de la mesa y agarraba la mía, transmitiéndome su fuerza.

La distracción fue tan amena que pasaron dos horas y no me había ni enterado, pero Sofía

cortó la diversión; llegó un mensaje suyo diciendo que no tardaría mucho en llegar, así que Marcos y yo salimos para esperarla ante la puerta del bar. Jorge salió tras nosotros y pasó el brazo por los hombros de Marcos.

—Casi se me olvida; esta noche la pasaremos solos, ¿vale? Les he dicho que tengo lío antes de irme. Búscate una excusa si te preguntan —dijo con un tono muy sugerente.

—¿Dónde siempre? —Marcos lo miró conforme.

—Claro. Luego nos vemos. —Volvió a meterse en el bar con una sonrisa satisfecha.

—Así que a eso te dedicas cuando te escapas. Mm… —comenté, arrepintiéndome a la milésima de segundo de soltarlo.

—No siempre —respondió, mirándome con ese interés que me descolocaba—. ¿Por?

—No, por nada. —Aparté la vista, mirando a lo lejos y en dirección contraria a él.

—¿Te molesta?

—No. Cada uno hace con su vida lo que quiere. —«Menos yo», pensé con disgusto.

Marcos bufó una sonrisa. Le llegó un mensaje y lo miró. Yo agradecí que el sonido de la notificación me librara de esa incómoda conversación, pero duró poco porque no fue a mejor.

—Tienes un don, macho —dijo con sorpresa.

—¿De qué hablas? —pregunté sin mucho interés, pero extrañado.

—Laura me está preguntando si tienes novia y si te apuntarías a venir a nuestras quedadas nocturnas. —Su mirada me pareció más sombría, pero tampoco puede fijarme mucho, me dio una tremenda vergüenza la proposición y giré el rostro.

—Pues vale —sentencié apático, ya que no me interesaba.

—Pues vale, ¿qué? —indagó, dejando ver que de verdad le importaba la respuesta.

—Vale de que me ha quedado claro, pero que no me interesa —aclaré con toda la firmeza que podía, que no era mucha.

—¿No te gusta Laura? Es mona, ¿no? —Se le notaba la impaciencia por sonsacarme algo que yo no pensaba reconocerle—. ¿Es que tienes novia o un ligue por ahí?

—Me da igual que sea guapa. Y ni quiero ni tengo nada con nadie.

Se quedó mirándome fijamente en silencio, sacándome de quicio, poniéndome mucho más nervioso de lo que ya estaba de por sí.

—¿Qué te va? —soltó, dándose cuenta de que yo no iba a soltar prenda.

—No sé a qué te refieres. —Obviamente mentí.

—¿Tíos? ¿Tías? ¿Ambos?

—Sofía ya está aquí —indiqué, evadiendo la respuesta o, más bien, aplazándola, porque Marcos no se iba a dar por vencido.

De camino a la casa, volví a desconectar. Había podido estar con un grupo de desconocidos gracias a Marcos pero, a la vez, empecé a temer; «¿Qué pasaría si dejo que se acerque demasiado? ¿Y sí acabo sintiendo algo por él? ¿Y si se vuelve a repetir todo aquello? ¿Y si me hace daño burlándose, utilizándome, engañándome…?».

Cuando bajé del coche, sentí una angustia extrema provocada por la calidez de Marcos, que me había hecho pensar demasiado. Ignoré a todos y salí disparado al cuarto. Me encerré en baño y dejé salir todo lo que había comido. Verme abrazo al váter por unos malditos nervios aún me hacía sentir mucho más idiota.

—¿Todo bien? —me preguntó mi madre cuando salí.

—Sí. Los nervios —indiqué, encogiéndome de hombros, intentado quitarle importancia para dejar de preocuparla.

—Marcos me ha dicho que te ha costado entrar en el bar.

—Vi demasiada gente para mi gusto, pero logré calmarme un poco y entrar.

—Me ha dicho que sólo estabas de observador —sonrió, orgullosa del paso que había logrado dar.

—Eso es mejor que nada, ¿no?

Ella asintió y me abrazó.

—Poco a poco —susurró—. Sé que puedes con ello y con todo, mi niño.

—Aunque me iría mejor si me tomara una tila o algo antes de hacer algo así —bromeé para ocultar que seguía sintiéndome nervioso.

—Por cierto, ¿has hecho los ejercicios de relajación que te dijo el doctor?

—Más o menos —respondí, llevándome una cara de desaprobación—. No he hecho los ejercicios concretos pero sí me he relajado; me quedé frito en la tumbona de lo tranquilo que estaba, ¿no?

Mi madre sonrió y me acarició como a un perro, llevándose una queja por mi parte por alborotarme la cabellera castaña.

—¿Estás durmiendo bien?

—Bastante mejor —«Si no fuera por Marcos dando paseos a las tantas, quizá, dormiría mejor»—. No duermo toda la noche seguida, y me levanto muy temprano, pero duermo algo.

—Bien… —susurró aliviada. Me acarició el pelo, retirándolo de mi cara, sonriéndome con ternura—. Pero si necesitas las pastillas…

—Se supone que he de intentar recuperarme sin tanta química, ¿no? Esa era la gracia de alejarme de casa.

—Lo sé, cielo, pero…

—El doctor me dijo que le llamara si me daba un bajón, así que, si necesito la terapia, la tendré a distancia, por lo que no me siento muy preocupado por eso ahora. Y estoy muy lejos del foco de mis problemas por lo que, más o menos, estoy bien. Sólo necesito adaptarme a la nueva situación.

—Vale. Siento ser tan pesada.

—No lo eres.

—Te quiero —me dijo antes de darme un beso—. Descansa y relájate un poco, por favor.

—Había pensado en estudiar. —Me miró diciendo que eso no era relajarse—. Me distrae, que es lo que necesito y lo que me indicó el doctor.

—Cierto, pero hazlo sin excederte, sin agobios.

—Lo prometo.

Al final se fue tranquila o, por lo menos, lo parecía. Yo, como de costumbre, seguí comiéndome la cabeza. Marcos me había desbaratado la tarde, y tenía pinta de que iba a ir a peor cuando lo vi asomar por la puerta, fijando sus ojazos en mí, esperando una explicación de algo que yo esperaba que no hubiera oído.

—¿Has puesto la oreja? —pregunté inquieto. Me senté ante el escritorio.

—No. Acabo de subir. ¿Por?

Mentía. Por alguna razón, se lo vi escrito en la expresión, más distante, apartando la mirada; él, que no dejaba de clavarme sus ojos, justo ahora, no me estaba mirando. Olía a mentira. Apestaba.

—Laura me ha vuelto a preguntar por ti —indicó. Se sentó en su cama, conduciendo su mirar a la ventana—. Quiere tu número.

Mentira.

—A ella no le voy a dar mi número. Además, si alguien quiere algo, debería pedirlo directamente, si es que le interesa de verdad. No me gusta lo de los mensajeros.

—Y ¿a mí? ¿Me lo darías?

—¿Lo quieres?

Era todo muy absurdo; un tira y afloja entre dos tontos que no podían decirse lo que pensaban.

—Sólo era curiosidad.

Mentira. Por tercera vez. Me estaba atacando los nervios, aunque eso no era muy difícil en mi estado.

—Pues vale. Tengo que estudiar.

—Esta noche hacen una quedada, ¿no quieres ir?

—No puedo.

—O ¿no quieres?

—Ya me has visto hoy, así que ya sabes que no puedo relacionarme con facilidad. Aunque tampoco iría porque no pinto nada allí. Y, por cierto, sé que me has oído hablar con mi madre, así que puedes imaginarte que mi problema no son simples nervios.

Marcos no dijo nada. Se levantó y se acercó. Inclinado junto a mí oído me dijo:

—No sé cómo me has pillado la mentira, pero ahora sí que me has picado. —Se fue, dejándome con cara de imbécil.

No podía entenderlo. ¿De verdad podía alguien sentir interés por mí? ¿Estaba jugando conmigo? Cada pregunta que me hacía me volvía loco. Al final, viendo que mi cabeza me llevaba por el camino de la amargura, me puse a estudiar o, por lo menos, lo intenté.

Capítulo



Marcos se escabulló por el balcón de madrugada. En esta ocasión, me enteré porque no podía dormir; las preocupaciones de mi cabeza hacían demasiado ruido, otra vez. Y, estúpido de mí, para rematar, empecé a pensar en lo que Marcos iba a hacer con su «amigo».

Me volvió a dar el bajón; recordé lo que no quería recordar. Así que, intentando desconectar, a las dos de la mañana, me bajé a la piscina. Nadar era relajante, me concentraba en mantener la respiración, el ritmo de las brazadas, contaba los segundos hasta llegar de un extremo al otro… Y lo mejor era que me cansaba. Me tumbé en la tumbona, cerré los ojos y me perdí en el sonido del bosque, los grillos y las cigarras; un concierto natural que me llevó en brazos de Morfeo a los pocos minutos. Estaba realmente a gusto en mi soledad. Hasta que noté una mano en mi hombro y escuché un susurro.

—Eh, Dani.

—¿Mm…?

Sentí una caricia en el rostro.

—Despierta.

—¿Qué pasa? —logré decir. Intenté enfocar la vista.

—Vamos a la cama.

Vi a Marcos a mi lado. Me sonrió.

—¿Qué… qué hora es?

—Las cuatro y algo. Venga, va, levanta. —Quiso ayudarme a levantarme, pero a mí se me cruzó una estúpida idea; él era gay y acababa de estar con su «amigo».

—Puedo solo —indiqué, zafándome, girándole la cara. «No me toques», pensé, odiándome por ello, odiando el odiar.

—Tenemos malas pulgas al despertar, ¿eh? —Su tono era el de siempre, no pareció que se diera cuenta de lo mucho que me molestaba saber que él era lo que era y lo irónico de la situación, porque yo también lo era.

—Deberías haberme dejado durmiendo —gruñí; habría agradecido más el haber descansado que el haber sabido que había vuelto.

Me levanté y me encaminé a la habitación sin hacerle más caso. Marcos me siguió en silencio, hasta que cerró la puerta del cuarto.

—¿Algún día me dirás por qué no me tragas?

—Buenas noches —sentencié, metiéndome en la cama, acurrucándome con la almohada.

Marcos se acercó. Sentí el colchón hundirse tras de mí. Se tumbó a mi lado, logrando que mi angustia aumentara. Yo me aparté por no notar el roce de su cuerpo tras de mí.

—¿Qué haces? —pregunté irritado.

—¿Te molesta que yo sea…?

—No —interrumpí tajante—. Me molesta que te metas en mi cama.

Realmente me molestaba saberlo, porque, al ser consciente de ello, me acechaban los temores por sí yo terminaba por verle como no debía… «Como no debía», ni que fuera algo malo lo que pudiera sentir por él pero, por culpa del odio de otros, acabé odiándolo también, porque me habían hecho mucho daño, y aún dolía, dolía mucho. Acabé por agobiarme. Volví a desear olvidar. Me abracé con fuerza a la almohada, luchando por no dejar salir el dolor.

—¿Estás bien? —preguntó. Por el tono, sabía que lo había decepcionado.

Me callé. Preferí concentrarme en no desmoronarme. Quería decirle que el problema era mío, que eran mis traumas los que me empujaban a sentirme mal con algo que sabía que no era nada malo. Él era más que perfecto siendo como era.

Marcos se levantó. No dijo nada más. Supuse que pensó que yo no era lo que él esperaba. Se metió en el baño y se duchó. Cuando salió, no me encontró en la habitación. Yo había huido, porque era la única manera de mantener mis angustias a raya.

No volví a pegar ojo en toda la noche, y no porque el sofá fuera incómodo, sino porque cada vez me sentía peor conmigo mismo y con lo que le había hecho a Marcos. Me estaba convirtiendo en el mismo monstruo que me había destrozado.

Capítulo



Se hizo de día y yo seguía en el sofá. Para que nadie me pillara ahí, me volví a la habitación. Ni miré a Marcos, que dormía bocabajo. Me senté ante el escritorio y cogí el teléfono, contemplando el número de mi psicólogo.

—Puedo con esto —suspiré—. No es para tanto. Puedo con esto.

Dejé el móvil mientras seguía convenciéndome de que podía controlarme. A fin de cuentas, era yo el que veía problemas donde no los había, y eso era algo que debía afrontar y solucionar solo, sobre todo, porque era consciente de ello. Me tumbé en la cama y esperé a oír el ajetreo matinal para bajar. Desayuné junto a todos, perdido en mis paranoias.

—¿Qué te parece, Dani? —preguntó Carlos. Lo miré sin saber de qué hablaba.

—No estaba haciendo caso. ¿Qué pasa?

—¿Que si te apuntas a ir a pescar al lago y pasar allí el día?

—Sí, claro —respondí por responder, porque seguía sin poner atención.

—¿Podrías despertar a Marcos y preguntarle si viene? —me pidió Lucía—. No tardaremos mucho en salir.

—Claro. —Me levanté y me dirigí a la habitación con el corazón acelerado.

Llegué junto a la cama de Marcos y los nervios fueron a peor. Levanté la mano para tocarlo en el hombro y despertarlo, pero temblaba bastante y la sujeté.

—No es para tanto —me susurré—. No pasa nada. Puedo hacerlo.

—¿Te da manía tocar a un gay? —preguntó, asustándome, logrando que diera un respingo.

—No. Joder, qué susto. —Le di la espalda y apoyé la cabeza en la pared. Empecé a contar los segundos entre inhalación y exhalación para controlar la respiración.

—Qué gallina… —masculló. Lo noté molesto.

—Me malinterpretaste —dije cara la pared, viendo que así era más fácil—. No tengo nada en contra de ti. Yo soy el problema. Siempre soy yo…

Oí el colchón moverse. Imaginé que se sentó al borde de la cama.

—¿A qué te refieres?

—A que… —tragué con fuerza. Me dolía el pecho y el estómago. Tenía tantas ganas de irme… pero no podía sin haberme disculpado antes—. Lo siento mucho, nunca fue mi intención ofenderte.

—Sigues sin responder. ¿Por qué eres tú el problema?

—Porque estoy roto —susurré con dolor.

—¿Qué quieres…?

—Sólo venía a decirte que vamos a ir al lago, por si te quieres venir a pasar el día —interrumpí con la esperanza de cambiar de tema.

—Ya que estoy despierto… me apuntaré.

—Iré a decirles que te esperen.

No tardamos mucho en llegar al lago. En media hora ya habíamos aparcado y sacado de todo de los coches; cañas, redes, neveras portátiles, sillas de camping… Lucas, Carlos y Lucía estaban con Marcos, Kevin y Alonso. Montaban el equipo de pesca mientras que, mamá, Consuelo, María y Jesús se ocupaban de preparar las mesas donde comeríamos. Sofía y Aitana se

habían quitado la ropa y tomaban el sol en bikini. Yo me quedé apartado, sentado en la orilla, mirando a la nada.

—Dani, ¿quieres probar? —me invitó Carlos.

—No creo que se me dé bien —indiqué inseguro.

—¿Seguro?

Volví a rechazarlo y asintió. Carlos sabía que yo necesitaba ir a mi ritmo, pero eso no le entraba a Marcos, que se acercó y me cogió de la mano.

—¿Qué haces? —exclamé nervioso.

—Si no lo pruebas, ¿cómo sabes que no puedes? —Me levantó de un tirón.

—Pero es que… yo… —No lograba ni responderle de lo extraño e incómodo que me sentía al notar su mano agarrando la mía con fuerza.

—Yo te enseño —me dijo, sin darme oportunidad de protestar, atrapándome con su sonrisa y su amabilidad.

Marcos me llevó junto a las cañas, me puso una en la mano y se pegó a mí. Los nervios se disparaban cada vez que sentía su piel rozarme. Empezó a explicarme algo, pero ni siquiera podía entender lo que me decía, sólo oía mi corazón en la cabeza de lo fuerte que latía. Empecé a temblar, tanto que no pude ocultárselo.

—¿Estás bien? —preguntó al ver que no podía ni sujetar la caña.

—No. —Tal como lo dejé de sorprendido, me escabullí de él y salí corriendo hacia el bosque.

Acabé entre los árboles, sentando en las raíces por la flojera que me había golpeado de sopetón. Me apoyé en el troco, estiré las piernas y cerré los ojos. Volví a contar los segundos entre respiraciones. Busqué la paz de la soledad para lograr controlarme. Lo logré, hasta que oí:

—Siempre dices que no me tienes tirria pero… ¿qué pensarías si te apartaran como tú me apartas a mí?

Yo cerré los ojos con más fuerza y empecé a repetirme el mantra de siempre.

—Puedo hacerlo. Puedo controlarlo. —Pero no podía. Me tapé la cara con las manos, llevando y clavando los dedos entre mis cabellos, apretándolos con fuerza. Deseaba llorar—. Puedo hacerlo. Puedo… —Y cuanto más lo repetía, menos podía y más nervioso me ponía.

Marcos, por su parte, viéndome tan destrozado, optó por sentarse a mi lado. Esperó en silencio, proporcionándome apoyo sólo con su presencia, silenciosa pero cálida.

—Lo siento —susurró cuando notó que mi respiración se calmaba—. Lo que dije no era

justo.

—No tienes que…

—Te pongo nervioso. Es eso lo que te provoca estas reacciones, ¿no?

—No es que me pongas nervioso —indiqué, aún centrado en mantenerme sereno—, es que siempre lo estoy.

—¿Es por mí? ¿Por mi carácter o por ser…? Negué con la cabeza.

—Ya te dije que no —suspiré. Lamentaba tanto hacerle sentir así.

—Ya, y me gustaría creerte, pero…

—Es difícil entender que todo pueda atacarme los nervios, ¿no?

—Un poco. Es que con Sofí parece que estás más relajado.

—Quizá porque ella no es tan arrolladora —comenté, sonriendo sin mirarle, deseando ser amable.

—Vale, ahí me has dado —rió más animado—. Lo siento, intentaré no ser tan intenso.

Negué con la cabeza.

—No está bien que tengas que dejar de ser tú por otra persona.

—Es que no he dicho que vaya a cambiar, sólo a controlar mi arrolladora personalidad —bromeó, sacándome otra sutil sonrisa—. Entonces… ¿Podemos ser amigos?

—No te pierdes nada especial si pasas de mí —susurré, pensado en que él estaría mejor lejos de mis cambios de humor.

—Menuda estupidez. A mí me pareces interesante.

Sentí como mi cuerpo se estremecía. Realmente Marcos podía ser encantador.

—Pues no lo soy. —Bajé el rostro y lo escondí tras las rodillas, abrazando las piernas con fuerza por la vergüenza que me estaba haciendo sentir.

—Creo que sé lo que me digo —insistió—. Además, yo siento lo que siento. Para mí eres como un puzle; hasta que junte todas las piezas, serás un misterio.

—Estás chalado.

—Bueno, mientras eso no te moleste —dijo, asegurándose de que de verdad no sentía antipatía por él. Yo negué con la cabeza—. Entonces, si estás mejor, ¿volvemos?

Cuando asentí, Marcos me cogió de la mano y me llevó de vuelta, haciéndome sentir inquieto y a la vez feliz por recibir tanta amabilidad. Empecé a pensar que no estaría mal ser su amigo, al fin y al cabo éramos familia. Pero mi corazón no seguía a mi mente, y sentir su calidez a través de mi mano me hacía sentir ansioso, me hacía creer que podría terminar sintiendo algo más por él, y me daba miedo, mucho miedo.

Capítulo



Cuando Marcos y yo regresamos con los demás, vi como Carlos ayudaba a Alonso a sacar un pez del agua. Lucía sacó una foto de su hijo junto a la captura y luego lo soltaron.

—¿Te apetece probar de nuevo? —me preguntó Marcos, que no me había soltado la mano.

—Mejor que no —indiqué tras ver al pobre animal luchar por regresar al agua.

—Que te enseñe Carlos o…

—No es eso —interrumpí—. Sé muy bien lo que es tener miedo, sentirme acorralado por… Me pongo en la piel del pobre bicho y… —Agaché el rostro, sintiéndome idiota.

—¡Di que sí! —exclamó Sofía—. A ver si aprendéis los demás. ¡Insensibles!

—Ya saltó la otra —bufó Marcos.

—Dani, ven a jugar al Uno con nosotras —pidió Aitana—. Deja a los salvajes con sus cosas.

—Gracias, hija, yo también te quiero —exclamó Lucas.

—Mejor me voy a… —le dije a Marcos, señalando a las chicas. Me senté en corrillo con Sofía y Aitana. Antes de darme cuenta tenía a Marcos al lado.

—¿Qué haces aquí? —bufó Sofía con descaro.

—A ver si ahora no voy a poder apuntarme —gruñó él indignado.

—Los insensibles no se merecen jugar a cartas —sentenció Aitana con chulería.

—Alguien se quedará sin probar mi moto cuando llegue a los dieciséis —sentenció él aún más chulo.

—¡Lo retiro!

—¡No vas a subirte a ese trasto en la vida! —exclamó Lucía.

—¡Jo, mamá!

—¡Ni mamá ni leches!

—¡Papá, dile algo!

—A mí no me metáis… —suspiró Jesús, haciéndose el loco.

El ambiente se animó bastante. Y yo sólo rezaba para no volver a estropearlo.

—¿Has visto qué te estabas perdiendo? —bromeó Marcos, sonriéndome divertido—. La locura de la familia.

—Es bastante entretenido —susurré, avergonzado y cabizbajo, incapaz de mirarle a la cara cuando sonreía tan alegre.

—Venga, a jugar —exclamó Sofía tras repartir las cartas.

Tras varias partidas, donde machacamos a Marcos. Sofía y Aitana propusieron ir a jugar al lago.

—No me he puesto el bañador —dije, volviendo a sentirme idiota.

—¿Qué más da? —exclamó Marcos enérgico—. Métete con las bermudas; hace calor y antes de volver estarán secas. —Se quitó la camiseta, las gafas de sol y las chanclas. Me miró impaciente—. ¿Te quito yo la camiseta? —sonrió pillo.

—Ya voy —exclamé, dándole la espalda, tremendamente incómodo por la sonrisa que me

dedicaba.

—No te lo tomes tan a pecho, que no te estoy tirando los trastos —me susurró.

—Yo no…

—Vamos, va.

No me dejó ni hablar, sólo tiró de mí y me llevó al agua.

—¡Yo con Dani! —exclamó Aitana.

—Os vamos a machacar —indicó Marcos con chulería.

Me hundí en el agua y Aitana se sentó en mis hombros. Sofía en los de Marcos, que le recriminó su peso y ella le tiró del pelo. Empezamos la pelea y acabamos ganando dos de tres, para terminar haciéndonos ahogadillas, salpicándonos y haciendo toda clase de tonterías. Me reí como hacía mucho que no me reía. Disfruté como nunca. Y, agotados, acabamos tumbados sobre las toallas.

—Poneos crema otra vez —indicó Jesús.

—¿Te pongo en la espalda? —me preguntó Sofía con el bote en la mano, pero Marcos se lo quitó.

—Tú con tu hermana —bufó él, poniéndose tras de mí—. Que la última vez me la armaste.

—¿Yo? Pero si me desanudaste el bikini, pedazo de ceporro — le reprochó Sofía.

—¡Qué fue sin querer!

—¿Cómo se desanuda un bikini sin querer?

—Porque metí el dedo en el lazo y tiré sin darme cuenta.

—¡Los huevos!

—Ni que a mí me interesara verte más de lo que te veo, pesada.

Y la discusión empezó, pero yo sólo estaba pendiente de los dedos de Marcos, que me recorrían la espalda. Sentirlos masajeando mi piel era tan extraño… Mi corazón volvió a alterarse y yo me aparté.

—¿Ya está? —le pregunté a Marcos, sin lograr aparentar tranquilidad.

—Sí, perdona. Es que la loca esta me está distrayendo.

—Te daré con toda la mano abierta —exclamó Sofía.

Y la discusión siguió. Por lo que Aitana se sentó a mi lado móvil en mano.

—¡Selfie! —me dijo animada, pegándose a mí—. Sonríe.

No pude ni ponerme para la foto que Marcos se metió en medio de los dos.

—¿Y esta discriminación?

—¡Quita! Deja que salga sólo con Dani, que así me comentarán en Insta.

—Utilizando al guaperas para despertar envidias… Qué mente más retorcida.

—¿Gua… peras? —A partir de ahí yo no oí nada más.

—Va, Marcos, ahora nos ponemos todos, pero deja que nos hagamos una Dani y yo.

—Sólo es una foto —indiqué, apartándole la mirada, seguramente más rojo que un semáforo.

Aitana se pegó a mí y los dos posamos sonriendo. Luego se apuntó Sofía junto a Marcos, que me abrazó por la espalda para mantearme junto a él. Aitana hizo varias fotos, hasta que los pequeños se apuntaron, y acabaron haciendo el tonto. Yo, cuando pude, me aparté.

—¿Todo bien? —preguntó Marcos, dándose cuenta de que yo me retiraba poco a poco.

—Sí, sólo un poco abrumado —susurré, inquieto al pensar en su brazo rodeado mi espalda desnuda.

—Es lo que tiene estar rodeado de locos —bromeó, llevándose las represalias de su hermano y de sus primas.

Al final, nos relajamos, llevando una charla más amena. Cuando me di cuenta, Marcos me había plantado un vaso lleno de cola y hielo ante mí.

—No te he preguntado si querías uno. Echa un trago si quieres.

—Gra-gracias pero no bebo nada con cafeína ni azúcar.

—Sólo tiene cafeína, y por un sorbo no te va a pasar nada. O es que temes que te pegue algo, ¿eh? —me susurró. Yo sabía perfectamente que se refería a lo de ser gay, y él sonrió con pillería para confirmarlo del todo.

—Eso ya lo sé —indiqué avergonzado, aceptando el vaso y bebiendo—. Y ya te dije que eso no me molestaba—apunté, devolviéndole el vaso, sintiendo como el calor de mi cuerpo se centraba en mis mejillas.

Pese a lo incómodo que estaba por la cercanía de Marcos, por mis temores infundados y por sentirme siempre inquieto por si la liaba, logré sentir algo de paz cuando, poco a poco, me hicieron sentir uno más, cuando dejé de lado las preocupaciones y me sumergí en la

conversación con la que era mi nueva familia.

Capítulo



Cuando regresamos a casa, después de un día increíble en el lago, lo primero que hice fue irme a la habitación para ducharme. Cuando salí, mi mirada se cruzó con la de Marcos, que se encontraba en su cama con el móvil entre las manos.

—Esta noche quieren quedar —indicó, omitiendo una invitación, conociendo mi respuesta de antemano.

—No voy a ir.

—Ya me lo imaginaba, pero tenía que probar, a ver si colaba —dijo, encogiéndose de hombros resignado.

—Me voy abajo —suspiré, sintiéndome idiota por rechazarlo, cuando sabía que él sólo quería pasar un rato conmigo.

Marcos no dijo nada, sólo me siguió. Llegamos al patio del jardín y nos sentamos para cenar, aunque yo no tenía mucha hambre. Así que comí poco y me despedí de todos en cuanto acabé, deseando meterme en la cama y descansar tras un día de ajetreo al que no estaba acostumbrado.

Me tumbé sobre el lecho y cerré los ojos, logrando quedarme dormido a los pocos minutos. Ni me enteré de cuando entró Marcos a la habitación. Me desperté de madrugada con ganas de ir al baño, y comprobé sorprendido que él seguía en la cama. No quise darle mucha importancia, así que meé y me acosté, pero ya no podía dormir.

Bajé al jardín, pero estaba cansado de nadar en el lago, así que sólo me tumbé en la tumbona y disfruté de la noche, de sus sonidos y del aroma del bosque y los sutiles suspiros del aire con olor a jazmín.

Cuando la familia empezó a bajar, yo seguía allí. Me había quedado dormido y me desperté con el cuerpo pesado de Kevin cayendo sobre mí.

—¡Despierta, Dani! —exclamó, viéndose más confiado para acercarse.

—¡La leche! —espeté tras el susto inicial y el dolor que lo acompañaba—. ¿Pero de qué vas?, tío —pregunté con pillería, agarrándolo y haciéndole cosquillas.

—¡Mamá! ¡Sálvame! —gritó entre carcajadas, pero fue Marcos quien apareció y lo cogió, apartándolo.

—¿Te parecerá bonito atacar a un crío así? —apuntó chulesco, dibujando una sonrisa traviesa—. A por él —le dijo a Kevin, que se abalanzó junto a Marcos, haciéndome cosquillas a mí.

Cuando vieron que ya no podía más, se detuvieron, liberándome de la tortura que no hacía más que sacarme carcajadas. Me costó recuperarme de ellas, pero cuando lo logré, pude ver como Marcos me miraba intensamente, perdido en mi risa. Me estremecí.

—Kevin, a la mesa —lo llamó su madre, haciendo que el niño saliera corriendo hacia allí.

—¿Estás bien? —preguntó Marcos, sentándose a mi lado.

—Sí. —Me aparté un poco, estaba nervioso y avergonzado.

—¿Te apetecería venir a un sitio? —indagó sonriente, pero en esa ocasión era un gesto dulce—. No habrá nadie, te lo prometo. Es sólo que quiero que veas algo.

—¿Cuándo? —pregunté curioso y extrañado.

—Ahora.

—Pero el desayuno…

—No te preocupes por eso. ¿Te apuntas o no?

Asentí con timidez, pero es que no pude hacer nada más; su sonrisa me había descolocado. Él se levantó y se excusó delante de todos, diciendo, y mintiendo, que me llevaría a ver a uno de sus amigos, que nos había invitado a desayunar. Me llamó y me dijo que cogiera una de las bicicletas que había en la entrada, que él me seguiría tras coger un par de cosas. Y obedecí. Esperé a Marcos en la entrada de la villa.

—Ya podemos irnos —dijo risueño, dibujando un gesto travieso, pues había llenado una cesta de mimbre con comida y una pequeña nevera portátil con bebidas, todo a espaldas de la familia.

Nos montamos en las bicicletas y emprendimos el camino. Yo le seguía, preguntándome, una y otra vez, lo qué estaría pensando Marcos, pues era un chico que actuaba antes y preguntaba después, así que me costaba descifrarlo. Me llevó por un sendero apartado del camino principal, subiendo la montaña, llegando a un mirador natural.

—¿Qué te parece? —preguntó tras detenerse.

—Es… increíble —susurré encandilado por el paisaje; veía el pueblo a lo lejos, los montes de fondo, el lago, el río que desembocaba en él…

Marcos posó la cesta y la nevera en el suelo. Se sentó y me indicó que me colocara a su lado.

—Antes que nada… —Sacó del cesto el bote de crema solar y me lo mostró—. Que parece que no, pero el sol pega fuerte. ¿Me pones por la espalda? —preguntó tras echarse en la mano y empezar a untarse por los brazos.

Asentí tímido y le hice el favor. No pude evitar fijarme en su nuca. Contemplé su cabello negro, ondulado y rapado, que iba ganando en espesor a medida que subía la mirada. Pensé que el degradado le quedaba bien. Luego volví a su cuello, el cual acaricié con la mano para extender la crema, pensando en cómo sería besarlo.

—Ya está —sentencié, alejándome, mostrando mi inquietud en el tono y en el gesto de mi rostro, el cual, seguro, estaba rojo.

Marcos me observó sin decir nada, escrutando mis reacciones durante unos segundos.

—¿Te pongo? —preguntó, haciéndome estremecer.

—¿Qué? —logré farfullar.

—Crema… ¿Te pongo por la espalda o no?

Negué con la cabeza. «Si me toca ahora me muero», pensé avergonzado, inquieto y tembloroso. No podía ni mirarle, así que no le veía contemplándome con intensidad, ni dibujando una sutil sonrisa nacida de su satisfacción al poner una pieza más en ese puzle que era yo para él.

—Vale, pues desayunemos y disfrutemos del paisaje —dijo, sacando de la cesta la bolsa de pan de molde, embutido y queso ya cortados.

Los dos comimos en silencio durante un rato. Me ofreció la bebida, pero seguíamos sin necesitar palabras. Yo me quedé absorto con la estampa de naturaleza y belleza que había ante mí, por eso no me enteré de cómo Marcos me miraba, sonriendo, disfrutando de mi expresión serena.

—¿Te gusta? —dijo al fin—. Has dicho que era increíble, pero no me has respondido cuando te lo he preguntado.

Yo lo miré con una sutil sonrisa.

—Sí, me gusta mucho. Aunque Carlos nos ha llevado de excursión al monte varias veces, nunca había disfrutado tanto de ello.

—Ah… ¿Y eso? —preguntó sin lograr no marcar el tono de interés y picardía que le afloró.

Aparté la mirada avergonzado, percatándome de cómo había sonado mi expresión.

—Me refería a la paz —apunté casi sin voz—. Es que con Carlos todo es moverse, y nunca me deja pararme a disfrutar del paisaje.

—Mm… —masculló sin dejar de analizarme—. Es cierto que mi tío es un culo inquieto —respondió, haciéndome creer, por su tono, que la respuesta le había decepcionado.

—Gracias —susurré con la mirada clavada en el horizonte.

—¿Por?

—Por esto —indiqué con una sonrisa, pero sin lograr mirarle—, y por no mandarme a la mierda por ser un borde o por salir huyendo siempre que me siento incómodo.

—No tienes que agradecerme nada —respondió amable, con cierta ternura—. Ya te dije que quería saber de qué palo ibas.

Suspiré una sonrisa triste.

—Te puedo asegurar que no hay mucho más de que lo ves.

—¿Cómo qué no? —exclamó frunciendo el ceño—. Pues yo creo que sí. —Se aceró a mí y me miró con descaro—. Ahora mismo te podría hacer un interrogatorio completo para sonsacarte todo lo que quiero saber de ti.

Pude imaginarme las primeras preguntas, indagando sobre mi comportamiento errático, así que me tensé.

—No podría responder —musité cabizbajo.

—Si te pregunto sobre tus aficiones, ¿no me vas a poder responder? Y si te pregunto por tu comida favorita, ¿tampoco? —indicó serio, dejándome claro que no iba a excavar en lo que me hacía ser imprevisible y volátil.

—¿Acaso eso te interesa? —pregunté incrédulo, pues mi autoestima, más baja que el subsuelo, me hacía creer que nadie podía interesarse por esas nimiedades.

—Claro que me interesa —sentenció con convicción—. Son esas pequeñas cosas las que nos componen. Tu música favorita, tu color, tu serie o película predilectas… Conociendo esos detalles puedes saber cómo hacer feliz a alguien.

—¿Hacerle feliz? —pregunté atónito.

—Claro. Por ejemplo: si un día quiero darte una sorpresa e invitarte al cine, podré llevarte a ver la película que más te guste y darte una sorpresa agradable si conozco tus gustos pero, si no los sé, podría cagarla y hacértelo pasar mal o aburrirte.

—Pero por eso no tienes que preocuparte —musité, creyendo improbable que él deseara llevarme a ninguna parte.

—¿Por qué? Te he traído hasta aquí, ¿de verdad piensas que no sería capaz de llevarte al cine? —preguntó con pillería.

Me callé. Sentí como mi corazón empezó a latir con fuerza.

—No sé… —musité, cayendo en la situación en la que estaba; Marcos me había dado una sorpresa increíble, así que era verosímil que pudiera volver a hacerlo.

—Vamos, charla conmigo —pidió amable—. Cuanto antes me dejes conocerte, antes dejaré de insistir —sonrió travieso.

Yo sonreí tímido, apartando el rostro.

—Está bien —suspiré rendido—. Tú ganas.

Capítulo



La mañana pasó muy deprisa. Marcos y yo recogimos el improvisado pícnic y volvimos a la villa; él satisfecho por haberme hecho hablar, yo teniendo sentimientos encontrados, porque, por una parte, era feliz, ya que la sorpresa había sido bella, pero, por otra, no podía dejar de pensar que, si terminaba sintiendo algo por él, sería un error, entre otras cosas que me hacían sentir mal y me evocaban aquellos recuerdos que tanto me dolían.

Cuando llegamos a la casa, Marcos guardó todo en la cocina con mi ayuda. Luego quiso salir al jardín, parándose al ver que yo no le seguía.

—¿Todo bien? —preguntó extrañado.

—Sí. —No era del todo cierto, pero fingí—. Me toca estudiar un poco, así que me subo.

—Vale —respondió, volviendo a dibujar una sonrisa encantadora.

Me fui al cuarto, deseando esconderme de mis sentimientos, y de Marcos, que era el que me estaba provocando tales sufrimientos. No pude dejar de pensar en él aún estando ante mis apuntes. Me dolía el estómago cada vez que recordaba su sonrisa, y mi pecho parecía estar oprimido con fuerza. Entonces volví a recordar, volví a sentir el odio por esos sentimientos y la frustración por no poder convencerme de que no era nada malo, de que el problema no lo tenía yo, lo tenían los indeseables que me juzgaron por un crimen inexistente y me condenaron a una prisión de insultos y tormentos injustificados.

Me levanté del asiento y me tiré sobre la cama. Abracé a la almohada con todas mis fuerzas y luché por no llorar. Sólo dejé ese estado de lamentos, frustraciones y reproches cuando llegó la hora de comer. Bajé y me senté cabizbajo, sin ganas de nada, con el estómago revuelto y la cabeza llena de preocupaciones innecesarias, pero de las cuales no me podía librar.

Marcos me contemplaba, como siempre, buscando respuestas sin hacer preguntas.

—¿Te apetecería bajar al pueblo? —me preguntó, logrando sacarme de mis pensamientos traidores y crueles.

—¿A qué? —respondí desganado, pero no quería negarme sin más.

—A pasear. Hay una heladería que te encantará —apuntó, sonriendo, intentando hacerme sentir mejor—. ¿Has probado los helados naturales? Porque ahí los hacen cien por cien caseros.

—Oh, sí, yo quiero —exclamó Aitana animada.

—Nadie te ha invitado —espetó Marcos, sonriéndole con su dulce maldad fingida.

—Eres un… —bufó la chiquilla—. Pues que te den, Dani se va a venir conmigo. ¿A qué sí?

Yo no logré responder.

—Ni lo sueñes, le he invitado yo antes —saltó Marcos, que fingía bien estar indignado.

—Vale ya los dos —intervino Sofía, suspirando paciente—. Al final lo que vais a conseguir es que Dani pase de los dos. Pero siempre se puede venir conmigo y le presento a Olga, que está soltera —sonrió pilla, guiñándome un ojo.

—No me toques los cojones —gruñó Marcos, dejando aflorar un tono que sentí extraño, más serio y sombrío.

Sofía levantó las cejas impresionada, pero no borró la sonrisa traviesa.

—¡Marcos! —le reprendió su madre, pero él seguía mirando a su prima.

—Entiendo… —susurró Sofía, que luego me miró—. Entonces, ¿quieres ir esta tarde a por un helado?

—Estaría bien —respondí, pero mi interés se había centrado en ese inusual tono de Marcos, que acabó por sonreírme.

—No hay manera de librarse de estos pelmas —bromeó, logrando que Sofía y Aitana estallaran en reproches, pero a mí me hizo pensar que aquello era una insinuación.

—Yo quiero uno de fresa y vainilla —exclamó Kevin, animado por el plan—. ¿Y tú? —me preguntó curioso.

—Menta y chocolate —respondió Marcos por mí, mostrándome un gesto divertido y satisfecho.

—No me gusta la menta —exclamó Kevin con desagrado, haciéndome reír.

—Es una buena combinación —apuntó Sofía—. El frescor de la menta —dijo, ladeando sutil la cabeza hacia Marcos—, contrasta de forma interesante con el sabor amargo del chocolate —prosiguió, guiñándome el ojo de nuevo, haciéndome estremecer ante otra insinuación que deseé no haber entendido.

—Es una mezcla extraña —sentenció Kevin, que seguía inocente, sin entender el mensaje de su hermana—. Como la de Marcos, que también tiene un gusto raro —se mofó riendo.

Yo lo miré sin poder ni hablar, ya que veía claro que él también había entendido a su prima.

—Me gusta el de café con el de pistacho —indicó, sin dejar de mirarme intensamente.

—Suena bien —musité, apartando el rostro.

—Claro, tengo muy buen gusto —respondió, haciendo que aún me pusiera más nervioso al sentenciarlo con un tono provocativo.

Sentí que a mí alrededor se formaba una burbuja; no oía a nadie hablar, no lograba ni enfocar la vista, estaba tan nervioso que perdí el control y empecé a temblar sutilmente. «¿Eso ha sido una indirecta?» me pregunté, luchando luego por negarme la respuesta obvia. Salí de mi mente cuando Aitana me tocó el brazo.

—¿Me has oído? —preguntó, mirándome con falso reproche—. Me estabas ignorando.

—Lo siento, yo… —Sentí como se me iba la cabeza—. Creo que iré a tumbarme un poco antes de salir.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó mi madre, mirándome con la misma preocupación con las que todos se fijaron en mí.

—Sí, pero estoy algo cansado —mentí, porque era puro nervio lo que sentía carcomerme, y, tras ver como los había preocupado a todos, un reproche infinito.

Me disculpé y me alejé. Llegado junto a la cama, me senté y me intenté calmar. Lo habría logrado, quizá, de no haber venido Marcos.

—¿Te he molestado? —preguntó, acercándose, acabando a mi lado.

—No, ¿por qué crees eso? Sólo estoy cansado.

—Mientes muy mal o es que sólo yo te pillo las mentiras, como tú a mí —sentenció, sentándose, haciendo que yo terminara de tensarme.

—Es algo que me pasa a veces, no tiene mayor importancia — dije, deseando calmarlo a él más que a mí.

—Pero ¿ha sido por algo que he dicho?

—No, es por algo que he pensando —respondí, repitiéndome que sólo eran imaginaciones mías las insinuaciones de Sofía y de Marcos.

—Si algo te molesta, dímelo, ¿vale? Vigilaré mis palabras. No quiero hacerte sentir mal. —Me acarició la espalda, haciendo que aún perdiera más el control de mis nervios y de mi cuerpo.

—No tienes que preocuparte —respondí, levantándome y reprochándome lo idiota que estaba siendo por algo que sólo existía en mi cabeza—. Lo siento, de verdad. Lo último que quiero es que creas que haces algo mal. Tú… tú no tienes que cambiar nada, el problema es mío.

—¿Y cuál es ese problema que tienes?

Agaché la cabeza, deseando huir y esconderme.

—No puedo… —susurré derrotado, porque yo aún no era capaz de hablar de ello.

—Entonces, ¿de verdad no he dicho nada que…?

—Absolutamente nada —sentencié, deseando que dejara de inquietarse o culparse.

Sonrió con alivio y se puso en pie.

—Te dejo en paz —indicó—. Siento ser tan pelma.

—No lo eres —mascullé.

—Descansa, que luego vendré a por ti.

Salió del cuarto sin percatarse del problema que me estaba resultando toda esa amabilidad y cercanía que insistía en entregarme. No podía evitarlo, sentía miedo al pensar en mis sentimientos e inclinaciones. Lo único quería era convencerme de que Marcos sólo quería ser mi amigo, que eso sería ideal, pues éramos familia, pero el corazón no atendía a la razón, y mi razón, para mi desgracia, estaba quebrada.

Capítulo



Llegada la tarde, todos nos montamos en los coches y bajamos al pueblo. Los adultos, con ganas de ir por libre, decidieron sentarse en una terraza de bar y tomar algo fresco. Los jóvenes, bajo la tutela de Sofía, por ser la mayor, fuimos a la heladería dando un tranquilo paseo, que me permitió fijarme en el pueblo, distrayéndome con cada cosa que veía, desde la arquitectura, hasta un par de gatos persiguiéndose. Tan metido estaba en mi mundo que Marcos me sacó de un tirón; literalmente, pues me agarró del brazo y tiró de mí hacia él.

—Mira por dónde vas, tío, que te vas a matar —me recriminó sonriente.

Bajé la vista al suelo, viendo el desnivel de la acera, que, sin duda, me habría llevado de bruces contra el pavimento.

—Gra-gracias —susurré, sintiendo incomodidad al notar la mano de Marcos agarrándome.

—A ver si voy a tener que llevarte de la mano —bromeó, dedicándome un tono tierno,

chocando su hombro con el mío.

—Lo siento, estaré más atento —respondí, acelerando el paso, dejándolo atrás.

Llegamos a la heladería, que se encontraba cerca de un parque lleno de césped y con una fuente en el centro. Cada uno pidió su helado y nos fuimos directos a sentarnos al borde de la fontana, metiendo los pies en el agua.

—¿Qué te parece? —preguntó Marcos—. ¿Está bueno? Asentí con la cabeza.

—Es diferente a lo que estoy acostumbrado.

—Pero ¿mejor o peor?

—Mejor —sentencié convencido.

—Me alegro de haber acertado —sonrió feliz—. Aunque no sé si habías probado el helado casero.

—No, nunca.

—Entonces va otro punto para mí —exclamó alegre, dejándome preso en esa sonrisa inocente y alegre que mostraba.

—¿Es que los cuentas? —pregunté, deseando seguirle la corriente, deseando compartir esa alegría que desprendía.

—Pues claro —sentenció—. Me he retado a llevarte a hacer cosas que no puedes hacer en la ciudad —susurró.

—Vaya, así que soy tu pasatiempo de este verano, ¿eh? —dije, fingiendo reprocharle el trato.

—Algo así —sonrió burlón y con una inocencia que me estremeció.

No pude responder, así que aparté la mirada y seguí degustando el helado, mientras chapoteaba sutil con los pies en el agua, hasta que Marcos me dio un pequeño toque con el suyo, haciendo que yo respondiera con otro. Sonrió más, si es que era posible.

—¿Podemos ir luego a jugar a las recreativas? —preguntó Alonso.

—¿Llevas dinero? —preguntó Marcos.

—Algo que medio papá.

—Vale, pues entonces sí —afirmó.

—Yo quiero ir al mercado —espetó Aitana, mirando a Sofía, buscando en ella apoyo.

—Id vosotras —dijo Marcos—. Yo me ocupo de Alonso ese rato.

—No sé si dejar al niño en tu manos —se mofó Sofía riendo.

—Vete a cagar —gruñó Marcos.

—Yo también voy con vosotros —dije, sin siquiera saber la razón que me llevaba a querer estar con Marcos.

—Así me quedo más tranquila —prosiguió Sofía con las burlas.

—Puedo cuidar de mi hermano, capulla —exclamó Marcos, dibujándole una mueca de falso enfado.

Se me hacía extraño pensar en Marcos haciendo de hermano mayor, pero me resultó encantador. Cuando nos separamos, Marcos no alejó la vista de Alonso mientras jugaba solo, y aún era más tierno cuando le ayudaba con algún juego o le enseñaba algún truco, también acabó por poner algo de su dinero para que el chiquillo pudiera pasar más rato jugando. Se veía que adoraba a su hermano, y que éste sentía lo mismo por Marcos, pues en ningún momento pelearon, sólo se reían y se picaban para divertirse.

—Deberíamos ir saliendo —indicó Marcos, mirando la hora en su teléfono—. Así podríamos llevar a Dani al mercado un rato.

—Es verdad —exclamó Alonso, implorándome perdón con la mirada—. Se me había olvidado que nunca has ido.

—Por mí no os preocupéis —dije sin darle importancia, ya que estaba disfrutando de ver a los dos hermanos divertirse.

—Nada, tienes que ir —sentenció Alonso con firmeza—. Hay un montón de puestos que dan comida gratis —sonrió pillo—. Si vas picando de lo que te dan a probar al final ni cenas.

Marcos le plantó una colleja.

—No seas tan aprovechado, niño.

—Jo… Ni que tú no lo hicieras.

—Pero no lo digo en voz alta.

Se me escapó una corta y sutil risa, que hizo que Marcos volviera a mirarme con intensidad.

—¿Vamos? —preguntó Alonso, contemplando a su hermano.

—Ve delante si quieres, pero te quiero a la vista —ordenó Marcos, que me acompañó a la salida posando el brazo tras mi espalda.

—¡Lo sé! —respondió Alonso, obedeciendo, pero tomando distancias.

—¿Te lo pasas bien? —preguntó Marcos, que se mantenía cerca de mí.

—Sí. Ha sido entretenido veros hacer el cabra —respondí sonriente, pero sintiendo como los nervios me invadían.

—Te podrías haber apuntando. No será porque no te hemos invitado.

—Lo sé, pero estaba bien sólo mirando. No me sienta bien que me observen mientras hago algo, ni jugar a un videojuego. Soy así de idiota —suspiré.

—No eres idiota —me reprendió con cariño, dándome con el hombro en el mío—. Cada uno es como es. Lo que me importa es que hayas disfrutado —sonrió, mirándome con tanta dulzura que me hizo tropezar—. Cuidado —indicó, sujetándome, posando la mano sobre mi pecho, sintiendo como mi corazón latía desbocado.

—Gra-gracias —carraspeé y me aparté, pero él volvió a pegarse.

—Aunque Sofí lo niegue, puedo cuidar bien de los demás —bromeó.

Quise decirle que lo hacía muy bien, que era tierno, dulce, encantador… Pero no podía, mi voz no asomaba porque la vergüenza la amarraba en la garganta. Y sentir el roce de nuestras manos mientras caminábamos no ayudaba, ya que a veces pensaba que me gustaría cogerle de la mano y otras me reprochaba pensar así.

Agradecí llegar al mercado. Había bastante gente, así que Marcos se mantuvo muy pendiente de Alonso, lo que me liberó de su cercanía durante un buen rato. Miré los puestos, distraído con la artesanía local y de los alrededores, con la comida y con la música. Me sentía aislado pese al bullicio, una sensación que habría deseando que durara para siempre.

—Casi te pierdo —me dijo Marcos, sacándome de mi ensimismamiento—. Al final tendré que llevarte de la mano de verdad —bromeó risueño.

—Lo siento, he desconectado del todo las neuronas. Estaba atontado mirando todo lo que hay.

Marcos me cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los míos y me sonrió.

—Pues sigue.

Sentí esa corriente que me erizaba cada vello del cuerpo. Mi estómago dolió junto a mi pecho. Me puse nervioso y retiré la mano sin preocuparme si ofendía o no a Marcos.

—Vigila a tu hermano. Ya estaré más atento. —Me alejé unos pasos y seguí mirando los puestos, pero sin prestarles verdadera atención.

Marcos no dijo nada, ni se acercó a mí. Luego no puede dejar de pensar en que lo había podido ofender, en que quizá le hice sentir mal, y tantas otras cosas que no dejaban descansar ni a mi mente ni a mi alma.

Al final, nos topamos con Aitana, Sofía y Kevin, que corrió hacia Marcos y éste lo levantó en brazos. Luego lo llevó de la mano mientras terminábamos de recorrer el mercado.

No tardamos en volver con nuestros padres, que nos propusieron cenar en la terraza del bar haciendo un tapeo, algo que gustó, siendo ese el plan para finalizar el día. Yo, por mi parte, me encerré en mi mismo, sin poder dejar de pensar en que Marcos se estaba convirtiendo en un problema para mi estabilidad.

Capítulo



Regresamos a la villa cerca de las once de la noche. Todos nos fuimos a dormir, algo que yo no veía muy factible, pues mi corazón no había dejado de latir inquieto y mi cabeza no me había dado un respiro. Me metí en la cama tras darme una ducha, esperando relajarme. Cuando salí del baño, me acosté en la cama, deseando ponerme algo de música y terminar de evadirme. Pero Marcos, que no podía evitar acercarse, se tumbó a mi lado.

—¿Te vienes hoy a la quedada? —me preguntó mientras miraba su teléfono.

—Ya… quedada… No, no voy a ir al botellón. —Le di la espalda, luchando por controlar mi nerviosismo al tenerlo tan cerca de nuevo.

—Laura no deja de darme la vara contigo —indicó. Creí notar que le molestaba.

—Pues no veo la razón, si ni dije una palabra. —Por mi parte sólo había indiferencia.

—Mm… —Su tono me daba la sensación de que llevaba alguna mala idea en mente—. A ver qué dice…

—¿Qué le has puesto? —pregunté incómodo.

Me ignoró. Miró el teléfono nada más llegar la respuesta.

—Dice que eres muy guapo y que le da curiosidad ese carácter tuyo tan misterioso —leyó con tono burlón.

—Es tu amiga, no deberías reírte.

—Qué inocente… Le importa una mierda tu personalidad, sólo quiere llevarte al huerto.

—Es absurdo, si no me conoce.

—Laura no necesita conocer —me dijo, recostándose sobre mí, buscando mi rostro—, le vale con que seas guapo y le des un meneo.

—Pues eso no va a pasar nunca —exclamé tremendamente avergonzado, no por lo de Laura, que me daba igual, sino por sentir a Marcos sobre mí.

—Oye, ¿por qué no te vienes? Yo te protegeré de ella.

—Sabes muy bien que me pondría fatal —musité decaído.

—Sólo saludaré y luego volvemos. Es que quiero enseñarte algo que sólo se ve de noche. —Su voz sonó dulce, amable y a la vez pilla, divertido al tentarme.

—¿Qué quieres enseñarme? —pregunté temeroso.

—Es una sorpresa.

—No me gustan.

—Sólo confía en mí. Hasta ahora no he fallado.

Lo miré. No puede hacer otra cosa que perderme en esos ojos grises tan dulces.

—Está bien —susurré tímido, inseguro y aterrado, ya que nunca me había escapado antes.

—¿En serio? Qué bien, por fin te cazo —bromeó alegre, dejándome mudo, haciendo que me tensara—. No te asustes, que pienso cuidar bien de ti, por la cuenta que me trae con tus padres.

Marcos se volvió a tumbar a mi lado, liberándome de su peso, algo que agradecí porque podía volver a respirar con normalidad, pero a la vez lamenté, aunque no quise pensar en el motivo.

—Mm… Parece que habrá cambio de planes —indicó mientras miraba su móvil.

—¿Qué cambio? —Me volteé para verle la cara, algo me sonó raro en su tono.

—No hay quedada, así que podemos ir directamente a ver la sorpresa —sonrió alegre.

Yo no dije nada, pero me olía a que él había cancelado el plan. Me giré del todo y lo miré en silencio, deseando decirle algo, por tonto que fuera, sólo para hablar de algo. Pero no me atrevía. Me resultaba más sencillo contemplar su cara alegre mientras hablaba con sus amigos por WhatsApp.

Mi madre asomó por la puerta entreabierta antes de irse ella a su dormitorio.

—Es hora de dormir, chicos —indicó, sonriendo alegre, supuse que por ver que me llevaba mejor con Marcos—. Parece que no estáis cansados después del ajetreo de hoy.

—Yo estoy que me muero, pero este no —bufé, empujando a Marcos, diciéndole así que se fuera a su cama.

—Ahora apagamos —indicó Marcos sin dejar el teléfono.

—Muy bien. Buenas noches —dijo mi madre antes de cerrar la puerta al salir.

—¿Te vas a tu cama ya? —pregunté inquieto. Verlo tan cerca, en la cama y con poca ropa era una tortura.

—No. —Apagó la luz del cuarto, dejó el móvil en la mesilla y se acomodó a mi lado—. Si me voy, te dormirás y no podré sacarte de la cama.

—No me dormiré, te lo aseguro —respondí, siendo ésta la pura verdad, porque, sólo con pensar en que Marcos me iba a dar una sorpresa, mis nervios me impedían dormir.

—Relájate, que no muerdo. —Se colocó de lado, quedando cara a cara.

Era fácil decirlo para él, pero para mí eso era misión imposible.

Estaba tan cerca que olía el olor del champú y el desodorante. Oía sus respiraciones y sentía su aliento. Empecé a pensar en el calor de su piel y en su tacto, en el sabor de sus labios… Me estremecí al sentir un nudo en el estómago.

Marcos notó el sutil temblor. Me cogió la mano y la colocó, sin soltarla, entre nuestros rostros.

—Si te molesto, sólo tienes que decírmelo, ¿vale? —susurró tierno—. No tienes que aguantarte lo que sientes.

Yo, pese a los nervios, dudas y miedos que se aferraban en mi mente, apreté la mano. Era mi única manera de decirle que me gustaba tenerle cerca, por nervioso que me pusiera. Sabía que Marcos sólo quería ser amable, que deseaba ser mi amigo. Era consciente de que, poco a poco, me iba acercando para ver hasta donde llegaba, quizá para ayudarme o sólo por saber dónde poner la línea de acercamiento, pero lo hacía con tanta ternura que yo, en ciertos momentos de

debilidad hacia él, no podía apartarlo, sólo podía aceptarlo y desear más.

Nos quedamos en silencio. Sin soltarnos. No sé en qué estaría pensando en ese momento Marcos, pero yo me habría quedado así para siempre.

Capítulo



Marcos me sacó de mi nube a las dos de la mañana.

—¿Nos vamos? —me preguntó, sin soltarme, llevando mi mano hacia él.

—Sí, pero… ¿tenemos que bajar por la celosía?

—Tú no, pero yo sí. Si me pillan sabrán que me estoy escapando.

—Cuántas veces te habrán pillado…

—Unas cuantas, pero vale la pena.

—Claro, como no —suspiré molesto al pensar en que se refería a sus escapadas con Jorge.

—Mm… —musitó con interés; me había pillado—. No lo decía por las quedadas con mis

amigos o con Jorge. Cuando lo veas lo entenderás.

—No me refería a…

—Vamos, anda.

Yo salí por la puerta de la cocina al jardín. Me encontré con Marcos allí. Llevaba una toalla colgada al hombro. Cuando me vio, me cogió de la mano y tiró de mí hasta un pequeño camino que recorría el bosque. Iluminó el sendero con la linterna del teléfono. Me fue diciendo que tuviera cuidado, donde pisar, que no me soltara por si me caía… Y no pensaba hacerlo, no quería soltar esa mano que aceleraba mi pulso pero a la vez me hacía sentir a salvo.

—Cierra los ojos —me pidió en cierto punto del camino. Él apagó la linterna.

—¿No me dejarás aquí tirado? —pregunté inquieto—. Quiero decir…

—No, no voy a separarme de ti —indicó sonriente, impaciente por mostrarme lo que fuera que fuese la sorpresa.

Cerré los ojos y suspiré nervioso. Sentí el brazo de Marcos rodeando mi espalda, conduciéndome por el camino con mucho cuidado.

—Vale —susurró, parándose y colocándose detrás de mí—. Espero que te guste. Ya puedes mirar.

Obedecí. Abrí los ojos a algo que nunca había visto. Estábamos cerca de un riachuelo. Contemplé pequeñas luminarias recorriendo el aire. Era como ver minúsculas estrellas sobrevolando el agua.

—¿Eso son…? —susurré fascinado.

—Supuse que el chico de ciudad nunca había visto luciérnagas —dijo alegre, feliz de ver que me había dejado sin palabras—. ¿Qué te parece?

—Es… precioso.

—Entonces… ¿he acertado?

—Sí, me encanta.

Lo miré feliz y sentí su mirada intensa clavarse en mí. No es que se viera mucho al ser noche de luna creciente, pero él se había perdido en mi sonrisa y yo en su mirada.

Cuando reaccionó, colocó la toalla en el suelo y me invitó a sentarme a su lado. Nos quedamos en silencio un rato, disfrutando del paisaje.

—¿Nos tumbamos? —indicó, invitándome a seguirle cuando él se estiró.

—Vaya… —susurré al ver el cielo despejado y plagado de estrellas.

—No se ven así en la ciudad, ¿eh?

—Ni por asomo.

—¿A qué valía la pena?

—Mucho. Nunca había visto el cielo así.

Marcos empezó a señalar al firmamento, indicándome algunas constelaciones y narrándome sus historias. Acabó por contarme que le gustaba perderse en ese claro en soledad. Que le interesaba la astronomía y por eso se escapaba, la mayoría de noches, para disfrutar de esa paz y del cielo por igual.

—Gracias por traerme —dije feliz.

—Me encanta que te haya gustado —susurró, clavando sus ojos en mí con ternura—. Todos aquí están acostumbrados a esto, así que esperaba sorprenderte.

—Lo has conseguido, pero… ¿Jorge no se molestará por esto? —pregunté al caer en que ellos tenían una relación.

—¿Qué? No. Él no es mi novio —respondió, dibujando una sonrisa divertida, creo que al darse cuenta de mis inquietudes—. Sólo quedamos de vez en cuando porque es el único gay que conozco de mi edad en el pueblo, bueno, el único en general, porque por aquí eso se lleva bastante en secreto. Seguimos en un pueblo, es lo que hay.

—No necesito explicaciones —indiqué avergonzado—, sólo me preocupa que tengas problemas con él.

—De verdad, no hay nada sentimental entre él y yo. Se podría decir que es mi excusa para que no me caduquen los condones —rió sin timidez alguna, pero yo giré el rostro—. Tú… ¿alguna vez…?

—Sí —susurré con mucho dolor al recordar.

Quise darle la espalda pero tiró de mí. Me abrazó sin darme oportunidad a huir de él.

—Lo siento… —musitó, apretándome contra su pecho, escondiéndome en él, acariciándome los cabellos—. No merece la pena derramar lágrimas por alguien que no supo valorarte. Hay que ser idiota para dejarte ir.

Temblé. Su voz; susurrada, intensa y llena de ternura, me atrapó más que sus fuertes brazos rodeándome. Logró que la tristeza se tornara felicidad aunque fuera unos segundos. Aún no sabía lo que Marcos sentía por mí, si es que sentía algo en esos instantes, ya que me había convencido que sus insinuaciones eran cosa mía o simples bromas para incomodarme. Lo que si tenía más claro era lo que yo sentía, aunque luchaba por negarlo y guardarlo lo más profundo de mi ser. Aunque ya podía esforzarme por ello porque, en ese momento, mi corazón latía con fuerza y sólo era por Marcos.

Capítulo



Tras un par o tres de horas, Marcos y yo retomamos el camino de vuelta. Volvió a acompañarme sin soltar mi mano. Al llegar, dejó la toalla junto a las tumbonas. Me sonrió antes de trepar por la celosía. Yo me metí en la casa por la puerta de la cocina, topándome con mi madre, que bebía agua.

—¿Qué haces levantado? ¿De dónde vienes?

—Estaba paseando; no podía dormir —mentí, más o menos, y me sentí fatal.

—No deberías salir a estas horas.

—No me he ido muy lejos, sólo he rodeado la casa.

—Vale, pero ten cuidado.

—Sí, tranquila.

Subí a la habitación. Marcos salió del baño en calzoncillos, algo que me hizo girar el rostro.

—Mi madre me ha pillado.

—¿Qué le has dicho?

—Pues que había salido a pasear porque no podía dormir.

—Una mentira a medias —sonrió divertido—. Soy una mala influencia.

—No me gusta mentirle a mi madre.

Se acercó a mí y me sujetó la cara entre sus manos.

—No hemos hecho nada malo —susurró, logrando atraparme en sus ojos—. Lo siento, no quería que te sintieras mal…

—No te preocupes —musité, posando mis manos en las suyas—. Igualmente la excursión me ha encantado —sonreí tímido, pero siempre con la mirada apartada.

—Gracias por acompañarme —dijo feliz. Me besó en la mejilla y se fue a su cama—. Buenas noches.

—Bu-buenas noches —balbuceé, sintiendo un calor intenso en mi cara.

Cuando me metí en la cama, no pude dormir. Estaba muy cansado pero tan nervioso por todo lo que sentía que me fue imposible. Vi amanecer antes de que, al fin, el agotamiento ganara a los nervios. Esa mañana me salté el desayuno. Desperté cuando oí la voz de mi madre llamándome con cariño.

—Dani, cielo.

—Mm…

—Lo siento, mi amor, estabas muy a gusto, ¿eh?

—¿Qué pasa?

—Que ya casi es la hora de comer, ¿vas a bajar?

—Sí, voy.

Mi madre me dio un beso en la frente y salió del cuarto. Sentí a Marcos tumbándose a mi lado.

—Buenos días —dijo animado.

—Buenos tardes mejor —rectifiqué adormilado.

—Mis amigos me están diciendo de quedar —me informó, implorándome con la mirada algo que aún no había dicho.

—Sabes que eso a mí…

—Están diciendo de venir aquí.

—Ah… Bueno, ¿y?

—Es que no quiero decirles que sí si tú no vas a estar cómodo.

—¿Qué dices? Son tus amigos, no puedes decirles que no por mí.

—Pero…

Era tan dulce… Quería anteponer mi comodidad y seguridad social a una tarde con sus amigos. Me giré, quedando cara a cara con él.

—No puedes hacerlo. Son tus amigos. Yo ya me esconderé en algún rincón.

—Es que no quiero que te escondas —susurró tierno, acariciándome la mano, subiendo las caricias por el brazo.

—Tú diles… diles que… sí —balbuceé, estremeciéndome con el roce de sus dedos.

—¿Seguro? —murmuró, llevando sus dedos hasta mi hombro, pasándolos por mi cuello.

—Sí —susurré tembloroso—. Para —logré pedir, sintiendo rechazo por lo que profesaba por él.

—Lo siento —suspiró con pesar—. No quería…

—Da igual. Vayamos a comer.

Me odié mucho en ese instante; Marcos me estaba demostrando cariño, demostrando y aclarando, tierna y lentamente, lo que empezaba a sentir por mí, y yo sólo podía sentir que esa atracción estaba mal, que era algo antinatural… Por eso me odié, porque yo no creía así realmente, porque a mí me hicieron creer a base de golpes, insultos y burlas. Siempre era el miedo el que mandaba y el corazón el que callaba. Eso sí era digno de odiar.

Capítulo



Después de comer, el ambiente en el jardín se animó gracias a la visita de los amigos de Marcos. Como dos de ellos se habían marchado de vacaciones, el grupo era menor, aunque yo seguía viendo a demasiada gente.

A Marcos se le veía animado junto a Laura, Eduardo y Mateo. Sofía y Aitana se apuntaron a la diversión. Tomaban el sol, bebían refrescos, picaban patatas, compartían y comentaban tonterías por las redes… Yo hacía rato que me había escondido en la cocina. Me sentía fuera de lugar. No era mi mundo, ni mis amigos, ni entendía sus bromas personales. Tampoco podía decir nada por redes o de ellas porque tenía todas las cuentas borradas. Me sentí muy desplazado, tanto que pensé en subirme a la habitación, hasta que me encontré los ojos de Marcos clavados en mí.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Mejor que la otra vez —respondí, lamentando fastidiarle la improvisada fiesta en la piscina.

—¿Vas a venir? —imploró junto a su mirada. Yo no podía responder. Me tendió su mano y me sonrió—. ¿Sí?

Asentí, aceptando el gesto, porque me costaba negarme a esos ojos. Nos acercamos al grupo. Eduardo, Mateo y Aitana estaban dentro del agua, Sofía y Laura estaban sentadas cada una en una tumbona.

—Por fin apareces —me dijo Laura. Dio unos golpes con la mano a su lado—. ¿Te sientas?

Marcos miró a Sofía, que sonrió y se puso en pie.

—Voy a por más —indicó, señalando el vaso de su mano.

Laura siguió mirándome, esperando a que me sentara a su lado, pero Marcos tiró de mí al sentarse en el lugar de Sofía, haciendo que yo acabara junto a él.

—Oye, Daniel —dijo Laura, molesta por el rechazo. La miré dándole pie a que prosiguiera —. ¿Irás a la fiesta del pueblo?

—No sé —susurré incómodo.

—Claro que irá —respondió Marcos con firmeza. Me rodeó los hombros con el brazo y me acercó a él—. Será mi pareja, ¿a qué sí?

—¿Qué…? —me dejó sin palabras.

—Soy tu guía turístico personal, ¿no? —Sonrió y me guiñó el ojo—. Me tocará llevarte a la verbena.

Sofía volvió y se sentó junto a Laura.

—Pero eso no cuenta como pareja —replicó Laura—. Aunque, si se apunta, puedo ser yo su guía.

—Déjalo ya, Laura —intervino Sofía, viendo que yo estaba incómodo y que Marcos se mordía la lengua por no mandar a la chica muy lejos—. A Dani le cuesta tomar confianza, así que respeta su espacio.

—Ni que fuera a comérmelo —respondió ella con chulería.

—Pretende comerse otra cosa —bufó Marcos por lo bajo e irritado, logrando que yo bajara la cara avergonzado.

—¿Has dicho algo? —preguntó Laura, conociendo la respuesta.

—Sí, que no seas tan pelma —reprendió Marcos, bajando el brazo de mis hombros, para reclinarse hacia atrás, pero sin separase de mí.

Sofía acabó por desviar el tema a otros asuntos, librándome de acabar en medio de una

disputa entre Marcos y Laura.

Yo me sentí a salvo al lado de Marcos. Logró alejarme de Laura y me dejó claro que lo haría siempre que ésta intentara acercarse. Empecé a no poder negar que Marcos sentía algo por mí más allá de una amistad. ¿Podía ser eso posible en seis días? Básicamente, sí, era posible, porque yo en seis días también estaba sintiendo atracción por él, la diferencia era que yo sabía que él era gay pero él no tenía ese dato por mi parte. Entonces… ¿qué pensaba y sentía Marcos de y por mí?

—¿Te encuentras bien? —me susurró con ternura—. Pareces preocupado.

Negué con la cabeza y evité contestar. La respuesta de Marcos fue apoyar la cabeza en mi hombro y acariciarme la espalda antes de murmurarme:

—Tranquilo, que yo cuidaré de ti.

Capítulo



Me desperté otro día más sin haber dormido muy bien. La razón principal era que, Marcos, después de haberse levantado para ir al baño de madrugada, se dejó caer en mi cama y se quedó dormido a mi lado sin más. Yo eso no lo llevaba muy bien. Sentía que mi cuerpo reaccionaba al de él cada vez que lo tenía cerca; con gente delante, mi mente no se centraba tanto en ello, pero a solas, en la habitación, juntos en la cama… Era una tentación dolorosa.

—Eh, despierta —pedí incómodo.

—¿Qué pasa? —gruñó adormilado—. ¿Qué hora es?

—Temprano.

—Pues deja que duerma.

—Vale, pero en tu cama.

—Está muy lejos. —Me dio la espalda y siguió durmiendo.

Yo no podía seguir allí. Le miraba la nuca y deseaba acariciarla. Le miraba la espalda y deseaba besarla. Bajé más la mirada y me levanté al sentir el descontrol. Me metí en el baño, me aseé, me centré y bajé a desayunar, topándome con un chico sentado en el sitio de Marcos.

—Buenos días, Dani —exclamó Sofía—. Este es Óscar, mi novio. Ha venido a pasar las fiestas del pueblo conmigo.

Óscar me pareció muy majo. Sonreía alegre al mirar a Sofía, algo que hacía muy a menudo; la contemplaba como si nadie más existiera. La buscaba siempre, ya fuera con la mirada, con la mano o con los labios. Hacían muy buena pareja; los dos tenían un notable atractivo, vestían bien y eran educados, serenos e inteligentes.

—Tú, levanta. —Oí tras de mí. Marcos me miró con sueño.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañado, obedeciendo.

Él me retiró, se sentó en mi silla y tiró de mí, haciendo que me sentara sobre sus piernas. Me abrazó y se escondió tras mi espalda, dejando la cabeza apoyada.

—Tengo sueño —bufó.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunté avergonzado.

—No se lo tengas en cuenta —me pidió Lucía—. Marcos tiene la manía de sentarse encima de sus primos en vez de ir a por una silla.

—Esta vez, por lo menos, te ha sentado a ti encima —indicó Jesús risueño.

—¿No puedes ir a por una silla? ¿En serio? —le recriminé.

—Están lejos —comentó desganado.

—Esto es raro —susurré, luchando por no morirme.

—¿Vas a desayunar? —le preguntó Lucía a Marcos, que asintió.

—¿Me acercas el zumo? —me preguntó él.

Luego fue pidiéndome que si le untaba una tostada, si le acercaba un cruasán, que si una cosa y la otra. Yo me sentí como un mayordomo, pero es que él no quería dejar de rodearme con su brazo, así que sólo le quedaba una mano libre, la otra me tenía preso de pequeñas caricias disimuladas que, en algunas ocasiones, se colaban por debajo de mi camiseta, logrando que me estremeciera y sintiera los nervios golpearme con fuerza, pero era irresistible, y no podía negar que me gustaba sentir el roce delicado de sus dedos sobre mi piel.

Cuando el desayuno acabó, Marcos tiró de mí hasta las tumbonas. Me puso crema en la espalda, recreándose hasta que me moví inquieto. Luego me pidió que yo le pusiera a él, algo

que hice con ciertas prisas por no perder la compostura. Después, nos embadurnamos el resto del cuerpo, para acabar tomando el sol. Todo me parecía normal, hasta que se acurrucó entre mis piernas, poyando la espalda en mi pecho.

—¿Qué haces? —exclamé, sintiendo como me subía el rojo de la cara—. ¿Te crees que soy un cojín?

—Vamos a jugar a un juego que me bajé para el móvil —indicó, ignorando mi incomodidad —. Nos vamos turnando, ¿vale? —Sacó el teléfono y me enseñó el juego.

Al final, terminamos disfrutando de las partidas, aunque yo seguía dándole vueltas a mis paranoias, dudas, miedos… La cuestión era no darme un respiro mental.

—¿Puedo preguntarte algo? —indiqué cuando nos quedamos solos.

—Sí, claro.

—¿Tu familia sabe que eres…? —no acabé la pregunta. Esa palabra aún me costaba decirla.

—Yo no les ha dicho nada. Aunque Sofía lo sabe y no sé cómo —respondió, poniendo en pausa la partida, moviéndose para mirarme—. No me parece que sea tampoco necesario decirlo. Sigo siendo yo lo sepan o no. No quiero, ni pienso, definirme por mi sexualidad. El día que tenga novio pues lo presentaré y ya, pero no le voy a dar importancia a algo que en sí es normal, porque enamorarse es lo más normal del mundo, ¿no? —Me escrutó con la mirada unos segundos—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada —mentí; quería conocer cómo lo llevaba él con su familia, porque un día acabarían conociendo mis gustos y tenía miedo de que no les agradara, de volver a ser rechazado y ridiculizado.

—Vamos, dime. ¿No confías en mí?

Siempre que me preguntaba eso me arrastraba. Sí, confiaba en él, por más que no pudiera ni creérmelo, porque yo hacía mucho que no confiaba ni en mí. Pero es que Marcos no dejaba de dar lo mejor de él para cuidarme, y yo me derretía por ello.

—Pensaba que, quizá…, no sé, nos vemos muy… cercanos.

—Ah, vale. Te preocupa que piensen que tú y yo…

—A mí me preocupa todo —le recordé, cayendo otra vez en mis pesares—. Es que no quiero que te juzguen ni que tengas problemas con tu familia, o quien sea, porque piensen que estamos juntos.

—¿Problemas? —Marcos logró otra pieza del rompecabezas de mi persona—. Por eso no tienes que tener miedo, ¿vale? —dijo con ternura—. En esta familia eso no es así. Si crees que me escondo de ellos por no haberlo contado, no temas, porque de verdad que no es así. Ellos nunca rechazarían a nadie por eso. —Me acarició la pierna y me dio un toque con la cabeza,

regalándome una sonrisa—. Y no olvides que también son tu familia, ¿vale? A ti tampoco te darían de lado.

Me di cuenta de que Marcos lo sabía. Quizá es que llevaba un cartel que indicaba que era un gay reprimido, no lo sé, pero él me había calado. No sabía cuándo lo entendió, pero me importaba poco mientras siguiera siendo el mismo chico tierno y dulce que intentaba tranquilizarme y protegerme de mis dudas y miedos.

Capítulo



Toda la familia bajó al pueblo cuando llegó la noche. Marcos se coló en el coche de Carlos con la excusa de seguir con la partida de la tarde. Yo sólo podía pensar en lo cerca que se encontraba de mí. Estaba acostumbrado a verlo despeinado, vestido con una camiseta de tirantes y un bañador, pero para la verbena se había puesto una camisa hawaiana sobre la de tirantes y optó por unos tejanos ceñidos, cortos hasta las rodillas. Había peinado su alborotado cabello negro, aunque seguía despeinado, pero así son las modas.

—Mira, un mensaje de Laura —bufó al ver la notificación.

Yo estaba distraído, perdiéndome en él.

—Mm… ¿qué?

—Es la hostia de pesada —gruñó por lo bajo—. Me pregunta si vamos, los dos, a ir con la panda o si te quedarás tú con la familia.

—¿Por qué insiste tanto? —pregunté molesto, marcando bien el tono para que Marcos lo tuviera claro.

—Porque eres la novedad —respondió harto de la insistencia de la chica—. Es ver un tío guapo y pierde el culo… Aunque no la culpo; ¿quién se resistiría a tu cara? —dejó caer sin más.

Marcos siguió con el juego, pero a mí me dejó en pausa. ¿A qué jugaba conmigo? Esa era la partida que me hubiera gustado resolver.

Llegamos a las afueras del pueblo. Carlos aparcó un poco apartado de los coches de los demás, así que quedamos rezagados. Mis padres caminaban por delante, y Marcos aprovechó para rodearme con el brazo y acercarse a mi rostro.

—Si te acabas agobiando me lo dices, ¿vale? Te llevaré a dar un paseo.

Se apartó justo a tiempo. Mi madre se giró y me sonrió, supongo que quiso comprobar que yo no estuviera con algún drama. Y la verdad es que estaba bastante tranquilo con respecto a la fiesta, la gente y todo eso. Mis inquietudes se centraban en Marcos, en sus sutiles caricias disimuladas y sus insinuaciones, cada vez menos sutiles.

Nos reunimos con la familia en la plaza. Habían cogido sitio en un par de mesas colocadas en un lateral alejado del escenario y de la barra improvisada. Todos tomamos asiento unos minutos antes de que Jesús, Carlos y Lucas se fueran a por bebidas, Sofía y Óscar se fueran a bailar y Aitana, móvil en mano, se alejara un rato para irse con sus amigos.

En algún momento, Marcos, que se había sentado a mi lado, me hizo levantar para que me sentara sobre él. Me enseñó su teléfono, un mensaje de Laura: «¿Dónde estáis? ¿Qué me pedirías por conseguir quedarme a solas con Dani?».

—Ya podría darme todo el oro del mundo que no aceptaría —me dijo con una risa chulesca.

Yo sentí un escalofrío que me hizo hasta temblar. Marcos lo sintió y apretó su mano contra mi vientre. Yo terminé por poner la mía sobre la suya. Casi era una súplica que imploraba tener siempre esa mano junto a mí.

—Quizá debería decirle que paso de ella —logré decirle.

—No creo que quiera pillarlo. Así que ni se te acurra acercarte sin estar yo delante, que es capaz de arrinconar a cualquiera, imagínate a ti.

—Ni que fuera un niño indefenso —bufé ofendido.

—Perdón por mi franqueza, pero te recuerdo que yo te tengo pillado y aún no has sido capaz de librarte de mí —dijo con pillería.

Yo no respondí, porque lo que quería decirle era: «Es que de ti no quiero librarme. Sería todo lo contrario», pero no pensaba trasmitirle ni ese ni ningún otro pensamiento relacionado con lo que sentía por él.

Marcos se rió. Mi silencio le afirmó tanto como si le hubiera respondido. Por una parte, era muy incómodo que supiera leerme la mente, por la otra… Se podría decir que me gustaba sentir que alguien estaba en total sintonía conmigo, tanto que era capaz de sacar la respuesta sin que le hablara.

—Iré a por algo de beber —dije avergonzado, deseando escapar un segundo de él para reponerme—. ¿Quieres algo? Yo invito.

—Que no tardes en volver —sonrió divertido—. Y una Coca-Cola Zero.

Me levanté y me alejé con prisas. Marcos me tenía con el corazón a mil y necesitaba rebajar las pulsaciones. Aunque era bastante agobiante también el tener que esperar en la barra rodeado de tanta gente. Pero la cosa no mejoró cuando sentí que alguien me cogía del brazo.

—Hola, Dani —exclamó Laura animada—. Por fin te cazo a

solas.

—¿Qué…? —Miré tras ella, pero no vi a ningún amigo más de Marcos.

—Te he visto y no he podido resistirme a venir a saludarte.

—Su sonrisa, amplia y llena de «malas» intenciones, me acabó de poner nervioso del todo.

Busqué a Marcos con la mirada, pero había demasiada gente en medio. Laura tiró de mí.

—Vamos a un sitio más tranquilo.

«¡Oh, mierda!», fue lo que pensé cuando me vi secuestrado. Laura me llevó a una callejuela. Se pegó a mí pese a que no dejé de pedirle que me dejara espacio.

—¿Por qué huyes de mí? —preguntó juguetona.

—Me estoy… agobiando —suspiré, intentado controlarme, porque ya sentía como me faltaba el aire y se me revolvía el estómago.

—¿Por qué? —preguntó coqueta, acercándose a mis labios—. Si soy muy cariñosa.

—Se acabó la función, guapa —exclamó Marcos, apartando a Laura sin delicadeza, mirándola con enfado.

—¿Qué coño te crees que haces? —exclamó airada.

—¿Yo? ¿De qué coño vas tú? —Marcos se plantó ante mí—. Dani te está diciendo que se está agobiando o ¿es que estás sorda? —Me miró preocupado—. ¿Estás bien?

Yo negué con la cabeza.

—Sólo estaba coqueteando, no es para tanto —bufó ella.

—¡Para él sí, joder! —le recriminó sin poder mantener su ira a raya—. Ni se te ocurra acercarte a él otra vez.

—Cualquiera diría que estás celoso. Es que estáis liados o ¿qué?

Empecé a sentirme mucho peor. No quería involucrar a Marcos. No podía dejar de recordar lo mal que me lo hicieron pasar y deseaba alejarlo de mí para que eso no le ocurriera. Sólo pude salir corriendo. Crucé la plaza y pasé de largo de la familia. No tardé en ser atrapado por Marcos, que me agarró del brazo.

—¡No me toques! —exclamé tremendamente incómodo.

—Vale, tranquilo —respondió, apartándose un par de pasos—. No voy a… —Se acercó de nuevo al verme perder el equilibrio.

—Apártate. —Lo empujé antes de girarme y vomitar junto a un árbol.

Marcos me acarició la espalda con cariño.

—Ahora vuelvo, ¿vale? Ni se te ocurra moverte.

Se alejó a toda prisa, volviendo medio minuto después. Traía agua y servilletas de papel. Me tendió la botella. Me enjuagué la boca y escupí, quitándome, más o menos, el mal sabor. Marcos me ayudó a enderezarme y me limpió y secó los labios con las servilletas.

—Lo siento… no quería… —susurré, lamentando el empujón, el espectáculo y que Laura pudiera meterle en problemas.

—Ni se te ocurra disculparte —dijo con ternura—. Laura se ha pasado un huevo.

—Ella ha pensado que nosotros… ¿y sí…? No quiero que te meta en líos por mi culpa.

Me rodeó el rostro con las manos, sonrió con cariño y me atrapó con sus ojazos grises.

—Tú no me vas a meter en líos, ¿vale? Ella que crea y diga lo que le dé la gana. A mí sólo me preocupa que huyas de mí.

Él sabía cuál era mi intención. Me volvió a leer la mente; quería alejarme para evitarle problemas. Pero… esos ojos… Me miraba con temor. ¿De verdad le daba miedo que me alejara? Era algo que no necesitaba que me respondiera, lo veía con claridad. Así que le abracé. Fue la primera vez en mucho tiempo que me resultó más fácil quedarme que huir.

Capítulo



Marcos me envolvió entre sus brazos para devolverme el abrazo. Nos quedamos así un rato, hasta que logramos calmarnos.

—¿Volvemos? —preguntó, apartándose lo suficiente para poder mirarme a los ojos.

—Sí —susurré, pero no podía dejarlo ir.

—Vamos…

Marcos me llevó de la mano hasta la mesa. Mi madre me miró preocupada. Yo no pude mirarla, porque estaba decaído y verle triste por mí aún me entristecía más. Fue Marcos el que le indicó, acercándome a su pecho y asintiéndole con la cabeza, que todo estaba bajo control.

Marcos se sentó y tiró de mí. Acabé sobre sus piernas, rodeado por sus brazos. Empezó a susurrarme tonterías, distrayéndome, sacándome algunas sonrisas. Yo acabé dándole de comer;

habían pedido unas tapas, y Marcos no quería soltarme, así que me tocó meterle la comida en la boca, porque sus manos seguían entrelazadas sobre mi vientre.

—Sabes que esto es muy raro, ¿verdad? —dije sin darle tanta importancia a la imagen que dábamos.

—¿Te molesta que estemos así?

—Creo que… no. Pero…

—Deja de darle vueltas a las cosas o te saco a bailar —amenazó risueño.

—Oh, no. Eso sí que no —sentencié rotundo.

—Tranquilo, eso me lo reservo para cuando estemos solos.

—¿Qué…?

—Nada. Tú sólo relájate.

La noche fue entretenida y mucho más agradable gracias a Marcos. Pero él no pensó dejar que acabara cuando volvimos a casa, pasada la medianoche. Cuando todos se fueron a dormir, él se levantó de su cama y me pidió el teléfono.

—¿Para qué? —pregunté desbloqueándolo, teniéndoselo sin necesitar realmente la respuesta.

No dijo nada, sólo dibujó una sonrisa divertida.

—Sabía que te iba la música romanticona —indicó antes de poner una de las canciones de mi carpeta «Favoritos», con el mínimo volumen. Me tendió la mano. Yo estaba que no me lo creía—. Por favor —pidió en un susurro.

—¿Es en serio? —Le di la mano y me levantó.

Ni lo pensé, sólo me dejé llevar por una petición que me pareció muy insólita, ya que Marcos no parecía de esos que bailan y menos canciones románticas. Pero me hizo rodearle el cuello con mis brazos y él lo hizo con mi cintura. Me acercó todo lo que podía y los dos empezamos a seguir el ritmo de Por ti estaré de Cepeda.

Mi corazón estaba tan inquieto que lo sentía en mi cabeza. Me sentía en una nube de la que no hubiera bajado nunca. Marcos recorrió mi espalda con una mano, la otra descendió. No llegó tocarme las posaderas pero, tener las intenciones del chico que me desestabilizaba los sentidos tan claras, me hizo estremecer.

—¿Te estoy poniendo nervioso? —preguntó junto a mi oído.

Su tono era tan dulce que se fundía dentro de mí pecho.

—No —mentí, pero es que no quería que me alejara, así que lo apreté, acercándolo más aunque no fuera posible.

Marcos respiró hondo en mi cuello. Estaba tan perdido en mí que no pudo contener un dulce y corto beso sobre mi piel. Yo apreté los labios y una mano sobre la otra, retorciendo mis dedos. Quise controlar mi nerviosismo, pero no pude, las fuerzas me fallaron.

—Eh… —exclamó, sujetándome con fuerza para que no me cayera.

—Lo… siento —suspiré.

El pecho me dolía bastante, junto al estómago, donde mis nervios golpeaban siempre con fuerza.

Marcos me sentó en la cama y se acuclilló a mi lado.

—No tienes que disculparte.

—No puedo… controlarlo —susurré. Le cogí la mano y la posé sobre mi pecho.

—Joder —exclamó al sentir el latido frenético—. No pensé que…

—Está bien —indiqué sonriendo, apretando la mano que mantenía sujeta sobre mi corazón desbocado.

Marcos no sabía el bien que me hacía al hacerme enfrentar, de manera tan dulce, momentos tan incómodos. Poco a poco, dejé de anteponer los temores a los deseos de pasar más tiempo con él, de sentir su piel rozando la mía…

—¿Por qué te pasa esto? —preguntó curioso, a la par que preocupado.

—Es ansiedad —respondí, agachando la mirada—. Todo lo relacionado con la gente me inquieta, me preocupa, me da miedo…

—Pero ¿por qué?

—Eso… eso es una historia que no quiero… recordar —musité con dificultad, apartando el rostro, apretando la mano que agarraba.

Marcos me besó en la mano.

—No te preocupes. No tienes que contármelo. Sólo ponme limites si…

—No —interrumpí. Lo miré y le sonreí con timidez—. Me gusta cómo me tratas, aunque me incomode. Lo de hoy… Nunca había bailado así con nadie —confesé, sintiendo que Marcos me hacía vivir de nuevo—. Nunca había recorrido el monte para ver luciérnagas, las cuales tampoco había visto nunca. Ni me había tumbado a ver las estrellas en medio de la nada. Nunca… nunca había sentido a alguien tan… cerca.

Marcos me contemplaba con una sonrisa llena de ternura. Acabó por acariciarme la mejilla, por recorrer el cuello y el hombro. Condujo la mirada por la piel que sus dedos mimaban, imaginé —o eso quería pensar— que deseando besarla.

—Deberíamos dormir —logré decirle, sintiendo que o lo detenía o acabaría por descontrolarse la situación, y yo no estaba preparado para ello.

—Claro —susurró, supongo que lamentando que pusiera fin al momento—. Buenas noches.

Marcos se fue a su cama. Logró dormirse mucho antes que yo, porque para mí, pensar en que llegara a ocurrir algo entre los dos, era casi como una pesadilla llena de dudas y miedos. Después de la última vez, ¿cómo iba a entregarme a alguien? Quería creer en Marcos, confiar en él, darle una oportunidad, pero era difícil. La última vez fue demasiado doloroso para mi corazón, tanto que aún seguía herido para poder ser valiente.

Capítulo



Tras otra noche de dar mil vueltas en la cama y a mis pensamientos, me levanté temprano, así que Marcos seguía durmiendo a pierna suelta. Me daba mucha envidia su tranquilidad. Bajé, encontrando a todos los adultos en pie. Estaban preparando la mesa para el desayuno. Me puse a ayudar antes de sentarme.

—¿Qué haremos para el cumpleaños de Marcos? —preguntó Jesús.

—Fiesta en casa, ¿no? —indicó Lucía—. Con sus amigos por aquí se lo pasará bien. Les encanta la piscina. Sólo hay que hacer una buena comilona y preparar una buena tarta.

A mí me estaba agobiando la idea de estar con los amigos de Marcos, simplemente porque eso incluía a Laura. Lo siguiente fue pensar en que podía hacerle un regalo. Quedaban dos días para la fecha, así que, en cuanto pude, subí a la habitación cogí el móvil y miré qué le podría comprar que le gustara y que me lo mandaran en veinticuatro horas. Sin ideas, miré alrededor, viendo que tenía un par de libros de astronomía en el escritorio, dándome una idea de lo que

debía buscar. Al final compré algo que esperaba que le gustase.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando salió del baño tras una ducha.

—Nada —indiqué, apagando la pantalla—, sólo curioseaba algunas webs de noticias.

—Ya… —dijo sin creerme—. Si estabas mirando porno puedo pirarme —bromeó, sonriendo con picardía.

—¡¿Qué…?! ¡No! No estaba… Oh… —Me avergonzó tanto que no podía ni hablar.

Marcos rió divertido. Me posó la mano sobre el hombro y me acarició con ternura.

—Perdona, me resulta imposible no tomarte el pelo. —Se inclinó a mi lado y me dio un beso en la mejilla—. Es una tentación demasiado grande. Aunque ahora quiero saber si ves esas cosas.

«¡¿Por qué?!», pregunté en mi cabeza. De verdad me habría gustado preguntarle el motivo de esas indirectas, porque me agobiaba no resolver el motivo de esa tensión que había entre los dos. O era cierta o eran imaginaciones mías y lo de Marcos sólo eran bromas. ¿Qué opción sería la correcta?

Marcos se tumbó en su cama. Miró su teléfono y contestó a varios mensajes. Yo abrí mi portátil y revisé mi correo.

—Mm… —suspiró.

—¿Pasa algo? —pregunté curioso.

—Jorge volverá antes de las vacaciones; llegará esta noche.

—Está bien… —musité, mostrando desinterés, disimulando mis verdaderos sentimientos.

La verdad era que me molestó, y mucho, pensar en que Marcos volviera a escaparse con Jorge. Estaba celoso y ni me daba cuenta, sólo sentía el malestar apretándome en el estomago.

—Aún no ha llegado y ya me está pidiendo quedar. No tiene remedio…

Me hice el sordo. No era de mi incumbencia. Marcos era libre de ir con quien quisiera. Me lo repetí muchas veces, pero eso no hacía que se me pasara la molestia.

—¿Te apetece salir esta noche? —me preguntó.

Ni me paré a pensar en que se podía haber dado cuanta de mis celos.

—No —sentencié en tono tajante. Me encontraba mal por la opresión de mi pecho y estómago.

—¿Te ha molestado algo? —preguntó, conociendo la respuesta o, por lo menos, creyendo

que la sabía.

—No. Es que no me encuentro muy bien —susurré. Cerré el portátil cuando comprobé que el pedido había sido confirmado.

—¿Necesitas algo? —se preocupó.

—Descansar —indiqué, tumbándome en la cama, abrazándome a la almohada.

Marcos se acomodó a mi lado y me abrazó. Volvió a ver a través de mí.

—Le he dicho a Jorge que ya no voy a quedar más con él a solas.

Yo me callé. No era asunto mío y aún así estaba haciendo de ello un gran problema, porque me estaba afectando, enfadando e incomodando. Tampoco había motivos para que él dejara de quedar con su amigo con derechos, ¿o sí? ¿Era yo el motivo? ¿Sentía de verdad algo por mí? Había coqueteo por parte de Marcos, pero ¿de verdad era algo tan serio como para romper una «relación»? Preguntarme eso sólo hacía que incomodarme más y más, porque yo no podía corresponderle aunque quisiera —y quería—, porque era demasiado riesgo y mi mente no podía con ello. Los recuerdos grabados con dolor me impedían aceptar lo que sentía Marcos y lo que sentía yo. ¿Por qué todo tenía que dolerme tanto? ¿Por qué no podía ser más sencillo?

Capítulo



Me pasé todo el día en un estado de somnolencia que me dejó tirado en la cama horas. No tenía ganas de nada. Marcos se quedó todo el tiempo en la habitación conmigo, hasta que llegó la hora de comer. Yo me hice el dormido y él bajó, creyendo que era mejor dejarme descansar. Pero yo no descansaba, yo sufría por mi relación inexistente con Marcos. Fue a media tarde cuando volvió a la habitación, trayendo consigo sobras de la comida recalentadas. Las dejó en la mesa antes de sentarse a mi lado y despertarme.

—Tu madre me ha dicho que te subiera algo de comer —indicó casi en susurros.

—No tengo hambre —suspiré, sintiendo que el estómago me estaba intentando matar.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Nada —mentí con frialdad.

—¿Entonces?

Acabé levantándome. Me senté ante el escritorio y me puse a comer. No quería hablarle, me sentía mal por meterme entre él y Jorge cuando yo ni siquiera podía ser nada para Marcos. Pero, a la vez, odiaba pensar que los dos volvieran a verse. Dejé de comer al sentir los pinchazos en mi estómago. Rebusqué en mi mochila y saqué mis ansiolíticos; quise intentar controlar mis emociones pero ya se me estaba yendo de las manos, o me tomaba algo o el dolor iría a peor.

Marcos no dijo nada. Creo que verme tan mal le dejó sin palabras, pero ¿qué se le dice a alguien al que no entiendes?

—¿Podrías llevártelo? —pregunté tras acabarme el vaso de agua.

—¿No quieres más? Si casi ni has comido.

—Por favor. Sólo quiero dormir.

Quería descansar pero no podía. Era una maldición.

Marcos se fue y yo me estiré en la cama. Volví a encogerme y a esconderme tras la almohada. No podía creerme que de verdad pensar en Marcos me estuviera martirizando tanto. No tenía sentido, o al menos yo no se lo veía en ese momento.

Al final, me dormí. La química hizo su magia y mi cabeza dejó de pensar, sólo se dejó llevar. Me desperté que era noche cerrada. Miré la hora en el teléfono; las tres de la madrugada pasadas. Me incorporé con la intención de levantarme, acabando por mirar la cama Marcos. No estaba.

Sentí una punzada en el pecho. No sabía si era decepción, ira, celos, tristeza o todo unido, pero fue lo suficientemente intenso como para hacerme llorar. Había creído que Marcos sentía algo por mí pero, de buenas a primeras, se había escabullido para ir a ver a su rollo. Pero la culpa no era suya, intenté decirme, la culpa era mía por sentir algo por él, por hacer castillos de naipes que podían acabar derrumbándose.

Me levanté y me tomé una de mis pastillas para dormir. A la hora, ya estaba en brazos de Morfeo y lejos de mis inquietudes. No desperté hasta media mañana. Como no vi a Marcos, pensé que estaría abajo, así que me quedé en la habitación viendo series en el portátil. Bajé a la hora de comer. No esperaba, para nada, toparme con Lucía y Jesús echándole una buena bronca a Marcos, que, por lo visto, acababa de volver.

—Pero ¿de qué vas? ¿Cómo se te ocurre largarte en plena noche sin permiso? —exclamaba Lucía atacada de los nervios.

—Tenía que ir ver a Jorge —indicó él, que ya parecía acostumbrado a ese tipo de broncas.

A mí se me acabaron de quitar las pocas ganas de comer que tenía. Sólo la voz de Sofía logró retenerme antes de volver a subir.

—Dani —me llamó desde la entrada—, un paquete para ti.

Me acerqué, acepté el bulto y firmé. Había llegado el regalo y en ese momento sólo tenía ganas de tirarlo, y eso hice. Miré a Marcos, que, entre la bulla, desvió la mirada, topándose con la mía.

—¡Dani! —gritó. Quiso acercarse pero Lucía lo agarró del brazo.

—No metas a tu primo en esto. Tú, te vas a ir al cuarto y de ahí no vas a salir hasta que te lo diga. Y ya veremos si mañana celebramos tu cumpleaños. Inconsciente. Con la edad que tienes…

—Vale, pero tengo que…

Yo le giré el rostro. Tiré el paquete en la pequeña papelera que había en el recibidor, una que utilizaban para tirar la propaganda. Sofía me miró extrañada.

—Sofía, dile a mi madre que me he ido a dar una vuelta.

—¡Dani, espera! —pidió Marcos, que seguía acorralado por sus padres.

Yo salí y me encaminé a ninguna parte. Sofía corrió tras de mí.

—¿A dónde vas? ¿Qué pasa entre Marcos y tú?

—Nada. —Me mantuve distante y frío. Aceleré el paso, deseando alejarme mucho más de Marcos.

—Vamos, Dani… Es obvio que estás enfadado con él. Eso que has tirado era su regalo, ¿no?

—No es nada.

—Para un segundo —pidió, cogiéndome del brazo, deteniendo mis pasos—. Por favor.

—¿Qué más te da lo que me pase? —exclamé furioso—. Quiero estar solo, ¿tan difícil es de pillar?

—Marcos y tú… ¿Tenéis algo? —preguntó preocupada, básicamente porque Marcos había ido a ver a su amante.

—¡¿Qué?! ¡No! —exclamé, recordando mi infierno pasado. Un infierno que seguía en mi mente amargándome con fuerza—. Eso es imposible, ¿vale? Que te quede claro.

—Lo siento, es que pensé que… Marcos me dijo que sabes que es gay, y como él se acerca tanto a ti, pensé que tú…

—¿Yo qué? ¡No soy maricón, ¿vale?! —A Sofía le impresionó mi reacción, y a mí me asqueó. Volví a odiar, llevándome a Marcos con ese odio—. ¡Es asqueroso! ¡Antinatural! ¡Lo

odio! —grité desesperado, haciéndome daño a mi mismo con la extensión del odio de otros—. ¡Yo soy normal! —terminé por gritarle antes de salir corriendo, llevándome conmigo la expresión de horror de Sofía.

Me recorrí el camino de la casa corriendo hasta que no pude más. Luego acabé tirado en la cuneta, arrodillado sin fuerzas para que me sostuvieran las piernas, pero con fuerzas suficientes para llorar y maldecirme con consternación. Mi vergüenza era tanta que no pude plantearme volver en horas.

Crucé el umbral de la entrada con la noche a mis espaldas. Mi madre corrió a recibirme.

—Dios, Dani, ¿dónde estabas? ¿Qué ha pasado?

—Necesitaba estar solo —indiqué cabizbajo, cansado, triste y decepcionado.

—Dani… —Oí a Marcos a la cabeza de la escalera.

—Tú, a la habitación —le increpó Lucía, que asomó por la cocina con los platos para llevar a la mesa.

Marcos me miró, pero yo a él no.

—¿Vas a cenar? —me preguntó mi madre.

—Sí. —Me encaminé al jardín, ignorando la mirada consternada de Marcos.

No quería comer, sólo escapar. Y preferí enfrentarme a las miradas de Sofía que a las explicaciones de Marcos. Así que tardé en subir, tardé tanto como pude, deseando evitar encontrarme con él, pero mis pastillas estaban en el cuarto y no podía pedirle a mi madre que me las cogiera porque tendría que contarle aquello que no podía.

Capítulo



Llegué ante la habitación con pocas ganas de toparme con Marcos. Todos se estaban yendo a dormir y yo sólo pensaba en salir corriendo. Pero me tocó entrar cuando mi madre me vio parado ante la puerta.

—¿Todo bien?

—Sí, mamá, no te preocupes. Buenas noches.

Entré con el corazón a mil, las manos temblorosas y náuseas. Cerré la puerta tras de mí, sin alzar el rostro por no ver el de Marcos.

—Sofí me lo ha contado —soltó sin más; la bomba me estalló en toda la cara.

Yo me encaminé hacia el baño. Quería escapar, encerrarme y quedarme ahí para el resto de mi vida. Lo que había dicho ante Sofía era horrible, era todo nacido del miedo, del dolor y de los

recuerdos de los insultos, los golpes, las putadas y del odio. Dije lo que había escuchado de otros, y lo que acabé creyendo porque acabé por odiarme contaminado del odio ajeno, pero Marcos… Por Dios, Marcos era un ángel, era dulce, atento, cariñoso, bueno… Era una persona maravillosa que eclipsaba, que atraía, que se hacía querer. Y yo dije cosas horribles, que Sofía extrapoló a él, cuando yo hablaba sólo de mí.

Marcos me agarró de la muñeca y me impidió escapar. Me obligó a girarme, pero no lograba que lo mirara.

—¿Qué cojones te ha pasado por la cabeza para decirle lo que le has dicho? —preguntó, impresionantemente sereno—. Entiendo que estés enfadado por mi escapada, pero…

—No estaba enfadado por eso —exclamé, retirando el brazo, mintiendo, pero a la vez diciendo la verdad, porque mi reacción nació del dolor y del recuerdo del suplicio que viví.

—Quería decirte que sí, que fui a ver a Jorge, pero no por lo que crees.

—No tienes que darme explicaciones.

—Es obvio que sí cuando has montado el pollo que has montado.

—Déjame en paz —pedí, deseando llorar—. No es por eso.

—¿Entonces? Joder, Dani… —Noté frustración en su tono—. Mira, Jorge es mi amigo, y ha tenido una mala noticia, por eso él y su familia han vuelto antes. Tenía que verle. Pero no pasó nada.

—Te he dicho que lo dejes, joder. ¿Por qué insistes? ¿Por qué crees que me importa?

—Porque entre tú y yo…

—No hay nada —sentencié, sintiendo como me ardían las palabras, como me arañaban por dentro y se me clavaban.

—¿Por qué dices eso? Yo pensé que…

—Pues la cagaste. No hay nada. No puedo corresponderte.

—Me estás tomando el pelo. No soy idiota. —Me agarró de los brazos y me acercó—. Sé lo que he visto; tus sonrisas, tus miradas… No te apartabas cuando te acariciaba. Te estremeciste cuando te besé en el cuello y no protestaste. Dejaste de rechazar que te tocara, o que me acercara a ti con las intenciones tan obvias con las que me acerqué.

—Déjame —susurré, queriendo llorar.

—Si tienes miedo, dímelo. No voy a juzgarte. Dani…

Me tomó la cara entre sus manos. Me miró a los ojos unos segundos, intentando controlarse, pero no pudo; sus labios rozaron los míos con ternura, cariño y un deseo refrenado para ser dulce

y delicado.

Yo lo empujé cuando logré reaccionar. Mi corazón se aceleró tanto que dolía.

—Eso… no… no lo repitas nunca más —exigí, limpiándome los labios con el dorso de la mano.

—Creía que…

—Es asqueroso —sentencié, rompiendo mi propio corazón en mil pedazos, sentenciando mi alma a la oscuridad.

—¿Qué…? —La mirada de Marcos lo decía todo; le había hecho mucho daño.

Logré escabullirme. Bajé corriendo las escaleras. Salí al jardín buscando aire, pero ni toda la brisa del monte me servía, no había suficiente para mí.

—No quería… No podía…

Me llevé las manos a la cabeza; enredé los dedos entre los cabellos y apreté con fuerza. No podía estarme quieto. No sabía para dónde ir, así que andaba de un lado al otro sin rumbo.

—¡Dani! —gritó Marcos, sin importarle despertar a todo el mundo.

—¡No! ¡Aléjate! —pedí al borde de un ataque.

—Lo que has dicho…

Se acercó y yo estallé.

—¡Que te alejes, joder! No quiero que me toques. Es antinatural. Es asqueroso —lloré con ira, porque no había podido ganar la batalla contra mi dolor, ni siquiera por Marcos.

—Dani, cálmate —suplicó, viendo que yo estaba frenético.

Marcos quiso tocarme, pero yo me apartaba. Él seguía intentando sujetarme, temiendo que me cayera, pero de mi odio saqué las fuerzas suficientes para empujarlo, tirándolo a la piscina.

Eché a correr sin mirar atrás. No pensé en nada, sólo en desaparecer; había acabado por convertirme en un monstruo más, era igual que aquellos que me rompieron. Y me llevé a Marcos a mi infierno.

Lo último que oí fue su voz gritando mi nombre. Después, me perdí en el bosque, acabando por ser engullido por la oscuridad. Corrí y corrí sin detenerme, pero al final tropecé, cayendo por un desnivel. Rodé por la pendiente. Me golpeé con varias ramas, pero nada dolía tanto como mi alma. Acabé tendido en el suelo, llorando, sin fuerzas para moverme, ni para existir.

Capítulo



Sentí el dolor recorrer todo mi cuerpo. Me había llevado medio encinar en arañados y golpes. Logré incorporarme, quedando sentado, apoyado contra un árbol. Podía mover todas las extremidades, pero uno de los tobillos me dolía lo suficiente como para que me pensara dos veces, o más, el intentar ponerme en pie.

Lo peor era que me daba igual el haberme perdido. Tampoco me importaba el dolor, la soledad o si me había roto o no algún hueso. Incluso agradecí estar allí tirado. Nada podría compensar las cosas horribles que le había dicho a Marcos. Le hice tanto daño que creí justo y necesario lo que me había pasado. Si tenía que quedarme ahí lo aceptaría, porque lo que había hecho era tan miserable que no merecía ni la compasión del universo.

Lo único que hice fue llorar. No vi ni la luz de la linterna que se acercaba. Yo sólo mantenía mi cara tras la rodilla y sollozaba desconsolado.

Marcos apareció a lo alto del desnivel.

—Joder, ahí estás —suspiró con alivio. Bajó con prisas, llegando a mí—. Eh, Dani, ya estoy aquí, tranquilo —susurró con ternura. Me abrazó con fuerza, pero yo no dejé de llorar—. Dime si te has hecho daño, por favor.

No podía hablar. Me atragantaba con mis sollozos. Marcos me miró de arriba abajo con la luz, viendo que mi tobillo estaba un poco inflamado.

—Te llevaré a cuestas, ¿vale? —indicó, controlando sus nervios—. Cógete fuerte —suplicó, dándome la espalda.

Yo me agarré a él y me cargó a sus espaldas. Se encaminó por un sendero lateral que subía la cuesta, retomando luego el camino de vuelta. No dejaba de repetirme que no pasaba nada, que todo estaba bien. Él quería tranquilizarme pero yo no podía controlarme; había petado.

A mitad de camino, nos topamos con Carlos y Lucas, que avisaron a los demás de que ya nos habían encontrado y que regresábamos.

—Dios santo, Dani —suspiró con alivio mi padre—. ¿Estás bien? —Yo no respondí, sólo lloré—. Marcos, deja que te ayude. Yo lo…

—No —sentenció rotundo—. Puedo. Gracias. —Retomó los pasos sin pensar en soltarme; se sentía responsable de mi caída psicológica, por lo que no quería dejarme a cuidado de nadie.

Llegamos a la casa. Todos estaban en el jardín. Sofía le indicó a Aitana que subiera con ella y los niños. Marcos me dejó en una tumbona, que era lo que más cerca quedaba. Mi madre se acercó presa de un ataque de nervios.

—Por el amor de Dios, ¡¿en qué estabas pensando?! —exclamó mientras me abrazaba con fuerza—. ¿Qué demonios se te ha pasado por la cabeza?

Yo no podía responder, ni siquiera había podido dejar de llorar.

—Ha sido por mi culpa —dijo Marcos, sentándose en la tumbona de en frente.

—Madre mía, hijo, tus pies —susurró Lucía, agachándose, mirándole las plantas heridas.

Al tirarlo a la piscina, había perdido las chanclas, y, por lo visto, Marcos salió disparado tras de mí después de coger una linterna, pero no pensó en calzarse.

—¡¿Qué cojones le has hecho?! —preguntó mi madre con rabia hacia Marcos—. Mañana mismo regresamos a casa. Esto no…

—¡No, mamá! —exclamé al fin. No pensaba dejar que Marcos cargara con aquello—. Fui yo. Él no hizo nada —sentencié entre llantos—. Yo… sólo yo… No le culpes, por favor…

Me acabé por poner en pie, caminando torpemente hacia él, pese a que mi madre quería retenerme. Marcos se levantó y me abrazó. Me acompañó hasta el suelo cuando perdí las fuerzas. Quedé entre sus piernas cuando se sentó en la tumbona.

—Ya está, Dani, tranquilo —susurró, deseando que mi corazón dejara de latir a mil—. Todo está bien.

—No. Dije cosas… horribles. Te hice… te hice demasiado daño —estallé, encogiéndome, quedando mi rostro escondido sobre su pierna, a la cual me abracé—. Te dije cosas que no pensaba… Las dije porque… porque otros me lo habían dicho antes. Me hicieron odiar lo que… lo que sentía. Pero no quiero odiar lo que tú sientes. No quiero que… que me odies porque yo no sea capaz de… quererme.

Marcos me apretó con fuerza, tanta que hasta me dolía, pero no quería que cesara ese abrazo.

—¿Odiarte? Pero si lo que me has dicho no lo decías tú —sentenció convencido. Tras juntar otra pieza, ya se imaginaba cual era mi problema—. No pienso tener en cuenta nada de eso porque hablaba tu miedo y dolor. No es justo, Dani, pero que nada justo, culparte por lo que otros te han hecho. Yo sé que tú no eres así, por eso no pienso rendirme, aunque me apartes, aunque me digas esas cosas… porque sé que te duelen mucho más a ti que a mí. Te han hecho sentir miedo, por eso no pienso alejarte, porque tú te mereces mucho más. De mí no tienes que esconderte, porque yo te quiero como eres.

Oí a mi madre llorar. Pero mi propio llanto ahogó el suyo. Marcos no me soltaba, no dejaba de apretarme. Lucía y Jesús se quedaron junto a su hijo. Ella esperaba tener un momento para limpiarle los pies a Marcos y mirarle las heridas.

—Dani, hijo —susurró Carlos, acuclillándose a mi lado—, ¿por qué no te llevo a la habitación y miramos si te has hecho daño?

Yo no podía soltar a Marcos.

—Vamos, Dani —me musitó él—. Ahora subiré yo, ¿vale?

—Me apartó y me sonrió—. Deberías ducharte, estás hecho un asco —bromeó con ternura. Utilizó su camiseta para limpiarme la cara—. Sube tranquilo, que no tardaré.

Conseguí soltarme de él. Carlos me ayudó a llegar al baño, donde me duché y mi madre me miró las heridas y rasguños. Me tomé el ansiolítico para calmarme y me llevaron a la cama. Carlos me vendó el tobillo. Marcos apareció poco después. Cojeaba un poco, pero no borraba la sonrisa cuando me miraba.

—Diana, Carlos, ¿podría…?

—Claro —respondió ella, abrazándolo cuando se acercó—. Gracias por lo que le dijiste antes —susurró—. Voy a por hielo, cariño —me dijo tras separase y antes de salir del cuarto. Carlos la esperaba fuera.

Marcos se acomodó a mi lado. Me miró sin borrar la sonrisa.

—Lo siento —repetí dolido.

—Y yo te he dicho que todo estaba bien. No le des más vueltas.

—Te hice daño.

—No por gusto. Así que tranquilo, ¿vale?

—No quería, de verdad que no.

—Lo sé, tranquilo. —Pasó el brazo por mis hombros y me acercó.

—Me resulta muy difícil reconocer ante mí mismo lo que siento, así que ante otra persona aún mucho más.

—No tienes que…

—Deja… Por favor, deja que siga—. Marcos asintió—. Yo estaba con alguien antes de que todo empezara. Era un compañero de clase, y lo llevábamos en secreto. Un día contó ante nuestros amigos que salía y se acostaba con una chica, y que lo hizo varias veces, así que me había engañado.

—Oh, joder… Qué asco —gruñó irritado ante la traición—.

¿Cómo pudo?

—Yo me largué en cuanto lo dijo. Dejé a cuadros al grupo, pero pensaron que me largué porque me gustaba la chica —proseguí con la mirada fija en la nada—. Cuando le dio la gana, mi ex vino a explicarse, pero no le gustó que yo no aceptara su libertad de esconder su homosexualidad como él creía, así que discutimos, se enfadó y empezó a contar que yo estaba celoso, pero que quien me gustaba era él.

—Dios… —suspiró sin poder creérselo—. Eso es ser demasiado rastrero.

—Todo empezó de forma sutil, con pequeñas bromas, pequeños insultos velados… La bola fue haciéndose más y más grande, y yo… yo más y más pequeño —seguí explicando, lleno de dolor.

—No tienes que seguir si no puedes —indicó, destrozado por verme triste y oír lo que sufrí.

—Hay veces que las cosas han de decirse —respondí, dedicándole una sonrisa triste—. Callarse sólo hace que el dolor pese, pese y… pese mucho más. Por eso, cuando se supo todo y mis padres me tendieron la mano, sentí que ese peso se reducía. Gracias a que recibí ayuda y terapia pude mejorar, aunque…, bueno, lleva su tiempo; a la vista está.

—Sí, porque luego llego yo y te la lío —bromeó con cariño.

—Un poco sí —sonreí, posando la cabeza sobre su hombro.

—Si hubiera sabido que…

—No, por favor, no —pedí, lamentando que se culpara—. Aunque al final reaccioné como lo hice… —Lo miré, luchando por sincerarme cara a cara.

—¿Sí…? —susurró con interés, posando la mano en mi rostro.

—La verdad es que… quería… quería besarte.

Capítulo



Marcos se quedó dormido a mí lado, bocabajo, con un brazo sobre mi pecho. Habíamos hablado un buen rato, sobre todo él, intentando convencerme de que no tenía que preocuparme, de que seguiríamos siendo amigos y de que ya hablaríamos de lo que sentíamos cuando fuera el momento, que tocaba descansar. Descansar… Yo ya no recordaba que significaba esa palabra.

Me quedé en silencio, mirando al techo, dándole vueltas a mis miedos de siempre. Obviamente, había atracción entre los dos pero… ¿yo podría confiar en él? Marcos me había mostrado su lado más dulce, pero no nos conocíamos. Si lo nuestro iba a ser un rollo de verano yo no estaba preparado.

Me levanté con cuidado de no despertarlo cuando ya hacía horas que salió el sol. Miré la hora; era media mañana. Tras asearme y vestirme, bajé despacio, sintiendo que aún me dolía el tobillo. Vi a todos animados en el jardín. Ninguno me miró de forma extraña ni me comentó nada, algo que me tranquilizó los nervios mañaneros.

—Buenos días —me saludaron.

Yo respondí sin tantos ánimos, pero dibujé una sonrisa amable.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mi madre.

—Bien, algo cansado. No he dormido mucho. —No había dormido nada, pero no iba a preocuparla más—. Lo de ayer… —indiqué cabizbajo—. Lo siento mucho. Os preocupé a todos.

—¿Lo has hablado con Marcos? —preguntó mi madre.

—Sí, claro.

—Pues ya está —sentenció con cariño—. Yo no voy a meterme más.

—Ninguno lo haremos —añadió Jesús—. Si no hay ningún problema con mi hijo, todo estará bien.

—No lo hay —respondí convencido—. Mamá, Carlos…

—¿Sí? —preguntaron al unísono.

—¿Estaría mal que quisiera repetir el curso? —pregunté inquieto.

—Dependiendo del motivo, no —dijo mi madre con serenidad.

—Es que no quiero agobiarme. Es decir, me gustaría poder sacarlo desde el principio, sin tanto esfuerzo en el último segundo. Creo que necesito descansar ahora mismo.

—Entonces no hay problema —respondió alegre por verme tomar una decisión difícil sin agobios—. Si es lo que necesitas, adelante.

—Por mí está bien —añadió Carlos—. Confiamos en tu criterio.

—Gracias —suspiré aliviado.

—Pronto llegarán los amigos de Marcos —intervino Lucía—. ¿Nos ayudas a preparar la fiesta?

—Claro —asentí un poco más animado, desenado aportar algo al día de Marcos.

Adornamos el patio con banderines, farolillos de papel y globos. Pusieron un mantel alegre, junto con la vajilla y la cubertería. Sofía preparó el equipo de música. Jesús acercó una mesa, donde todos dejaron sus regalos.

—Ten —me dijo Sofía, tendiéndome uno de los presentes.

—¿Qué…?

—Lo tiraste, pero lo recogí.

—¿Es…?

—¿Tu regalo para Marcos? Sí. Lo envolví pensando que Marcos no te dejaría un rato libre para hacerlo tú.

—Gracias, no sé cómo…

—Sólo haz feliz a mi primo —me susurró, sonriendo y guiñándome el ojo.

—Oye, lo que te dije… No hablaba de Marcos. Yo…

—Lo sé. Hablé con Diana. Básicamente porque me pareció que no estabas muy… centrado. Me preocupé. Pero ella me contó lo suficiente para entenderlo.

—Ya, se me fue la pinza. Lo siento. Sofía me abrazó.

—No pasa nada. Si eres un amor.

—Aparta —gruñó Marcos, apareciendo por detrás, alejando a Sofía, abrazándome a mí por la espalda, dejando su peso muerto—. ¿Por qué no me has despertado? —preguntó junto a un bostezo.

—Oh… qué rico, se ha puesto celoso —bromeó ella con sorna.

—Vete por ahí —sentenció él.

—Pesas, tío, no te cuelgues de mí —bufé con falso malestar.

—Anda, si habéis decorado esto.

—Vale, pasa de mi cara. Por cierto… feliz cumpleaños.

—Mm… qué bien suena viniendo de ti —me susurró en el oído.

Yo me encogí y me ruboricé.

Pronto empezaron a llegar los amigos de Marcos, entre ellos Jorge. Yo me quedé apartado, sentando en mi sitio. Marcos estaba al otro lado de la mesa charlando con todos mientras picaban y bebían, junto al resto de primos. Hasta que Laura se acercó a mí.

—Eh, Dani, ¿es que piensas quedarte ahí todo el día? ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Estoy bien aquí, gracias —respondí, deseando que se alejara.

—Laura, largo —exclamó Marcos—. Te lo dije el otro día.

—Paso de tu jeta —sentenció con chulería.

—No me toques los huevos, que la tendremos…

Yo me levanté, queriendo alejarme, pero ella se agarró a mi brazo, mirando a Marcos, retándolo con descaro.

—Si a él le molesta, que me lo diga, ¿por qué te metes tú?

—Porque estamos juntos —exclamó sin pensar, tapándose la boca un segundo después de soltarlo.

Yo me quedé estupefacto, al igual que todos. El silencio se hizo. Era una situación muy incómoda, sobre todo para mí, que aún no había pensado en mostrar abiertamente que sentía algo por Marcos. Y perdí el control de mi respiración, sintiendo mi corazón desbocado. Di un paso atrás y me agarré el pecho. Marcos reaccionó; pasó por encima de la mesa y me sujetó.

—Perdona, perdona, perdona… —me dijo una y otra vez, aguantándome para que no me cayera—. No lo pensé. No quería soltarlo así. Lo siento. Dani… tranquilo, ¿vale? Lo siento.

Yo no pude moverme.

—Aitana —le susurró Alonso—, no sé si lo he pillado… Ha dicho: ¿juntos de novios?

—Pues eso parece —indicó, mirando a Sofía, diciéndole sin palabras que rompiera el hielo, que ella era la sensata.

—Chicos, vamos, no hagamos de esto un espectáculo —exclamó Sofía, dando unas palmadas, llamando la atención—. ¡Sigamos con la fiesta!

Nuestros padres empezaron a hablar. Sofía subió la música y se puso a bailar con Óscar. Eduardo se llevó a Laura de nuestro lado. Todos volvieron a sus cosas, ignorándonos mientras nos serenábamos los dos, porque él tampoco había reconocido su orientación sexual, así que noté su vergüenza en la voz y la mirada, porque para nadie es fácil reconocer, por primera vez, que te sientes atraído por alguien ante los tuyos, y menos de ese modo tan espontáneo.

—Estoy bien —logré suspirar.

—De verdad, no quería…

Lo miré a los ojos, buscando las fuerzas para serenarme.

—Da igual. Pero ¿por qué has dicho eso?

—Lo siento, se me escapó, quería que Laura dejase de…

—No. Me refiero a… Ni lo hemos hablado.

—Pues porque lo siento así —respondió nervioso—. Estamos siempre tan cerca… Me gustaría intentarlo.

—Entonces, ¿tú y yo…?

—Si te parece bien.

—Sí —susurré con la voz temblorosa, llevándome un beso tierno por parte de Marcos, y, en esa ocasión, aceptándolo sin tanto miedo, pero aún cargado de dudas.

Capítulo



La fiesta transcurrió con normalidad después de la confesión de Marcos. Bebieron y comieron hasta hartarse. Yo seguí siendo un mero espectador, pero esta vez fue junto a Marcos, que se sentó sobre mis piernas.

—Me alegro por ti —le indicó Jorge a Marcos, sentándose en la silla contigua—. Parece que has cazado al fiera —me dijo, sonriéndome, aunque yo sentí frío en el gesto.

—Yo no hice nada —musité con vergüenza.

—No le toques la moral, que aún está nervioso —pidió Marcos animado—. ¿Y tú cómo andas?

—Bien gracias. ¿Te echaron mucha bulla por venir a verme? — Me miró, escrutándome con la mirada.

—Se lió bastante, pero… —Me sonrió con cariño—. Todo acabó en su sitio.

—Por cierto —indicó Jorge, mirándome con la extraña sonrisa—, cuando vino a verme no fue por…

—No necesito explicaciones —sentencié, escondiéndome un poco tras Marcos.

—Necesitaba a un amigo, eso es todo. —Se levantó y se alejó tras felicitarle a Marcos el cumpleaños.

Luego llegó la tarta, preparada por Consuelo con la ayuda de Lucía.

—Yo no quiero mucho —le apunté a Marcos, que tomó un trozo grande.

—Ya, no quieres azúcar. Me acuerdo —respondió sonriendo—. Por eso vamos a compartir este trocito —indicó alegre.

Yo acepté, pedí una cucharilla pero me la negó, insistió en ir dándome él, algo que me daba vergüenza, pero lo encontré tierno por su parte.

Cuando acabamos de comer, se recogió la mesa y empezaron a entregarle los regalos. Marcos relucía, más bien su sonrisa. Se reía mientras comentaba algunos regalos con sus amigos. El último fue el mío, y creo que fue cosa de Sofía, que fue la primera en entregar el suyo y le susurró al oído algo, señalando los regalos.

—¿Qué será… será? —canturreó, desenvolviéndolo.

—¿Qué es? —preguntaron algunas voces.

—Es… es un libro de astronomía y mitología —exclamó feliz—. Me encanta. Gracias, Dani. —Me dio un beso, rápido y espontáneo, sin pensarlo, sólo reaccionó a su felicidad.

—¿Desde cuándo te gusta la astronomía? —preguntó Jorge, mostrando cierta molestia en el tono—. No te pega —indicó, creyendo que estaba siendo cortés y nada más.

—¿Pero ya tienes cabeza para entender algo de eso? —se mofó Eduardo.

—Disculpad —intervino Sofía, que me vio incómodo—, Marcos es muy bueno en ese campo, y le encanta.

—Tiene varios telescopios en casa —añadió Alonso—, y hemos hecho muchas excursiones para ver las constelaciones.

—Siempre nos cuenta historias chulas cuando miramos las estrellas —intervino Kevin.

Sus amigos se quedaron sin palabras. Resultó que Marcos se había reservado su pasión para la familia y nadie fuera de ella lo sabía.

—¿Te ha gustado de verdad? —pregunté inquieto.

—Me encanta, pero sabes cómo acabará esto, ¿verdad?

—¿Otro paseo monte a través?

—Bueno, ahora tengo muchas más historias que contarte — sonrió animado, acariciando el libro con cariño.

—¡Vayamos de acampada! —exclamó Kevin—. Así podremos ver las estrellas con Marcos.

—¿Eso quieres, retaco? —preguntó, cogiendo a su primo en brazos, sentándose con él sobre las piernas, a mi lado.

—¡Sí! ¿Podemos? —preguntó, contemplando a los adultos.

—Si os apetece… —respondió Lucas.

—¿Qué dices? —Marcos me miró—. Me apuesto lo que sea a que no has ido nunca de acampada.

—Ganarías la apuesta —sentencié—. Estaría bien…

—Pues tienes suerte —le indicó a Kevin—, vamos a ir de acampada.

Capítulo



Otra mañana más, me desperté con Marcos pegado a mí. La fiesta de su cumpleaños fue divertida y muy entretenida. Llegamos incluso a jugar unos partidillos de fútbol, uno de jóvenes contra mayores, otro de chicas contra chicos y uno entre los colegas de Marcos, que se picaron entre ellos, y yo acabé en medio. Nos bañamos, jugamos a cartas, hasta se bailó alguna que otra canción, pero eso sólo lo observé junto a Marcos, que me volvió a pedir hacerlo a solas en la habitación, y yo se lo concedí, en esa ocasión, sin morirme de vergüenza ni de nervios.

Nos levantamos temprano. Como Consuelo venía con nosotros de acampada, Lucas preparó la autocaravana; un monstruo del tamaño de un autobús que serviría de casa y sobraría sitio. Aitana lo agradeció, porque no le gustaban los paseos por el campo, al igual que a mi madre, que no estaba muy acostumbrada, o Jesús, que prefería conducir el gran juguete con ruedas de su cuñado.

Los demás emprendimos el camino a pie. Con las mochilas a las espaldas y las ganas de llegar, preparar una buena cena y de disfrutarla a la luz de la luna.

Marcos me ayudó mucho, yo no estaba acostumbrado a ese trote, así que necesité pararme, descansar, que me llevara casi a cuestas… Necesitaba volver a hacer ejercicio de forma seria.

Llegamos a la explanada a media tarde. Yo medio muerto, los demás muy animados. Empezamos a montar las tiendas en frente de la autocaravana. Necesité bastante ayuda, pero Marcos y Carlos me enseñaron con paciencia. Consuelo ya había empezado con la cena.

—¡Por fin! —exclamé al sentarme en la silla de camping—. Estoy que me muero.

—Hoy me da que éste cena y se queda sopa sin más —rió Marcos—. Levanta —me ordenó.

—La silla petará —le dije con temor.

—Es de las buenas, esto aguanta a un elefante. Levanta. Si eres un peso pluma.

No se iba a rendir, así que me levanté y terminé sentado sobre él.

—Hijo, ¿tanto te cuesta coger una silla? —le increpó su madre.

—Ahora más que antes —respondió, achuchándome, tirando de mí para que acabara recostado sobre él—. ¿Estás cómodo?

—Sí —susurré, bastante más encantado de lo que podría haber reconocido.

Estaba cómodo, feliz y tranquilo, una combinación ganadora que no se había dado desde hacía mucho. Tanto fue así que me quedé dormido sobre Marcos, que me despertó para cenar. Luego me acompañó a la tienda.

—¿Has mirado si han entrado bichos? —bromeó con maldad.

—No me digas eso —pedí inquieto.

—Era broma, no te preocupes, por eso estaba cerrada y tiene rejilla mosquitera —indicó, cerrando la capa exterior y la interior.

—¿Qué haces? Nos vamos a cocer. Él sólo gateó hasta ponerse sobre mí.

—Quiero un poco de intimidad para besarte —respondió con pillería.

Me besó sin darme opción a protestar. Fue muy dulce, lento y cálido. Me acariciaba el rostro, el torso, las piernas… Me estaba tentando, o lo intentaba, porque mis nervios no me dejaron disfrutarlo tanto como me hubiera gustado.

—Marcos… —susurré, apartando la cara.

—¿Quieres que pare?

—Sí, por favor.

Se retiró y se acomodó a mi lado para abrazarme.

—¿Estás bien?

—Sí. Lo siento, es que…

—No tienes que disculparte. No tenemos prisa.

—Claro…

—Vamos a dormir. —Me dio otro beso y se acurrucó—. Buenas noches, guapo.

—Buenas noches.

Apagué el farol de camping y me acomodé. Pero no pude dejar de darle vueltas a la situación. ¿Y si Marcos se cansaba de mí? Él tenía una relación carnal con Jorge, pero yo no estaba listo para eso. ¿Y si al final él quería y yo no podía dárselo? ¿Cuánto tardaría en buscar a alguien que sí pudiera?

Volví a verme, otra noche más, pensando demasiado y sin dormir.

Capítulo



Cuando por fin había logrado dormirme, amaneció. No tardaría mucho en oír la parlotearía fuera. Yo intenté ignorarlo, pero hasta Marcos se despertó temprano.

—Buenos días, guapo —gruñó, abrazándome por la espalda, apretándome contra él.

—Buenos días —suspiré agotado.

—¿Qué no has dormido? —preguntó, siendo conocedor de que tenía muchos problemas para pegar ojo.

—Más o menos.

—¿Te preocupa algo?

—No, nada. Sólo que me cuesta de por sí en un colchón, como para descansar en una tienda

de campaña —mentí, no pensaba comentarle mis temores, porque al final sí que lo cansaría con tantos dramas.

—Ay, este chico de ciudad, que no puede salir al campo —bromeó, dándome besos en la nuca—. Estás para comerte —susurró. Condujo su mano bajo mi camiseta, recorriendo el torso, recreándose.

—Marcos… —dije como petición para que parase.

—Vale, ya me estoy quieto —suspiró con resignación.

Yo me aguanté la angustia. Empecé a creer que ya estaba cansado de mí.

—Chicos —dijo María desde fuera—, ¿vais a salir a desayunar?

—Yo me quedo a dormir un rato más —indiqué, mintiendo, porque sólo quería apartarme de Marcos.

—Yo ya salgo —respondió él—. Descansa —me deseó, dándome un beso en la mejilla, saliendo y cerrando la tienda.

«¿Por qué soy tan idiota?», me pregunté. Odiaba esa debilidad mía que me hacía ver el vaso medio vacío, roto y sucio. Mi negatividad me estaba matando. Cogí la cantimplora, mis ansiolíticos y no dudé; prefería la química a intentar luchar, porque si de por sí ya tenía dudas y miedos, pensar en que Marcos me hiciera daño o yo a él me estaba amargando. La felicidad me duraba nada en comparación a lo que sufría.

Al final, opté por sacar un libro de la mochila, utilizar ésta de respaldo y leer hasta que se me olvidaran los miedos entre los párrafos.

Marcos entró al cabo de un rato.

—¿No decías que ibas a dormir?

—Ya he dormido.

¿Por qué tenía que mentir? Porque así no preocupaba a nadie y a mí me libraba de ver las caras tristes.

—¿Qué lees? —preguntó, acercándose tras cerrar, acurrucándose a mi lado.

—Leyendas Olvidadas: La Hija de las Sombras —respondí sin apartar la vista de las páginas.

—Te va la fantasía, ¿eh? ¿Está bien?

—Entretiene; hay bastante acción y no cansa con descripciones

infinitas.

—Mm… ¿Me lees un poco?

—¿Qué?

—Vamos, porfa. —Se abrazó a mí y me miró lastimero.

—Vale… —afirmé, extrañado por la petición—. «Alish siguió recorriendo el cuerpo de Einar, hundiendo la mano bajo el agua tibia. “Te quiero”, susurró Alish con la voz jadeante, excitada y…».

—¿Por qué paras? —preguntó Marcos divertido, viendo que mi expresión pasó a rojo intenso y cara de circunstancias—. Me has dicho que tenía acción, aunque no me esperaba esta —bromeó con pillería.

—Mejor lo dejamos.

—No, no, no —exclamó, evitando que cerrara el libro—. Sigue un poco más, va.

Yo suspiré. Estaba muy incómodo, y sabía que Marcos se divertía con esa vergüenza intensa mía que nacía sólo con la palabra sexo. Leer una escena así me estaba sacando los colores, pero él pedía y yo obedecía.

—«Einar, al notar las caricias en su miembro, apretó más su mano entre las ondas de la oscura melena. Pegó su frente contra la de ella. Su respiración se aceleraba con cada roce en su hombría. Alish aceleraba el movimiento de su mano con cada gemido que oía escapar de su amado. Tal como deseaba, Alish logró borrar todo recuerdo de aquel malvado ser de la mente de su amor. Einar se dejó llevar; acercó a Alish con fuerza. Cuando llegó al clímax apretó más y más a la chica contra él, tirando de sus cabellos, provocándole un dolor excitante. La queja de ella se unió al gemido intenso de él».

Marcos fue acariciándome el vientre mientras yo leía, logrando que me estremeciera.

—¿Te pongo nervioso? —preguntó casi en un susurro. Estaba perdido en mi voz, en la escena tórrida y en su deseo.

—Un poco —reconocí, sintiendo que yo también me estaba dejando atrapar por él, sus caricias y los pequeños besos que me regalaba sobre el hombro.

Apartó el libro de mis manos y se colocó sobre mí. Me besó repetidamente, pero con dulzura. Su mano me acariciaba el rostro, mis cabellos, mi hombro… Se perdió por mi pecho, colándose bajo la camiseta. Marcos se movió, frotando sutilmente su cuerpo contra el mío. Gruñó antes de morderme el labio. Yo temblé, con fuerza y sin control, cuando sentí su entrepierna dura.

—Ya paro —susurró con la voz rota por el deseo—. Sólo un poco más y paro.

Me marcó con pasión sus besos antes de dejarse caer a mi lado, dejando escapar un suspiro frustrado.

—Lo siento —susurré, viendo un futuro donde Marcos me dejaba porque yo era un cobarde, porque no le correspondía su deseo.

—No te disculpes —dijo, logrando controlar sus respiraciones excitadas—. Perdóname tú a mí por ser un maldito salido —bromeó, dedicándome una sonrisa tierna—. Suerte que el libro es de fantasía, llega a ser uno de los que tengo pillados en Kindle y… bueno, que de aquí no salimos en días —rió divertido.

—¿Qué coño tienes comprado? —pregunté sorprendido, porque no me parecía que Marcos fuera un lector empedernido.

Miró su teléfono y me lo plantó delante. Tenía mucho libro erótico.

—Este es el último que me leí —indicó, señalándolo con el dedo.

—Horas Extra – Entre tus piernas —musité, leyendo luego la sinopsis. Sentí que la temperatura me subía—. Eres un salido —exclamé, devolviéndole el teléfono.

—Sabes, este te lo puedo leer yo —susurró tórridamente—. Quizá así logre distraerte y animarte un poco. No es comedia, pero el protagonista tiene salidas muy graciosas, y la trama es muy, pero que muy caliente —sonrió pillo.

—No gracias —rechacé cohibido, apartando la cara.

—Eh… —susurró, girándome el rostro para que le mirara y sonreírme con dulzura—. Conmigo no tienes que avergonzarte de nada, ¿vale? Si no me gustaras de pies a cabeza, no estaría así —dijo, señalando su entrepierna con un gesto de cabeza.

—Es que yo…

—No me des explicaciones —interrumpió con cariño—. Sé que necesitas conocerme mejor, tomar más confianza y pensarte las cosas. Lo sé, y soy muy paciente, así que tranquilo, ¿vale?

—Gracias —murmuré, robándole un beso.

Marcos tenía el poder de tranquilizarme y, a la vez, de inquietarme. Era dos caras de una moneda de felicidad y temores que siempre giraba con fuerza, llevándome de un extremo al otro sin descanso ni control. Pero cuanto más sabía de él y de sus gustos, más cercano me parecía, y la cara de los temores menos veces caía sobre mi mente. Aún así, viendo que sus gustos por lo pasional eran tan fuertes, seguí preocupándome por sí optaría por otro chico que cumpliera sus deseos más fogosos. A fin de cuentas, todos tenemos un número limitado de noes que logramos aceptar hasta decir se acabó.

Capítulo



Tras una mañana de hacer el perro en la tienda, salí para comer. Carlos, sus hermanos, María y los niños habían ido de pesca y volvieron cargados con los equipos. Aitana y Sofía se habían ido junto con Óscar a hacer fotos y senderismo, así que volvieron animados y enseñando fotos. Mi madre se había quedado con Jesús y Consuelo, y ellos fueron los que prepararon la comida y la mesa.

—¿Qué os apetece hacer esta tarde? —preguntó Carlos.

—Yo quiero montar en bici —exclamó Kevin.

—Podemos ir hasta la cascada y bañarnos —añadió Alonso.

—Podré haceros muchas fotos —sonrió Aitana.

—Pues vale, paseemos en bici hasta la cascada —afirmó Carlos animado.

Nunca lo había visto así. En casa era muy tranquilo y alegre, pero no tan jovial y activo. Se notaba que ese era su lugar; la familia le daba vida y el campo era su hábitat.

—Te vendrás, ¿verdad? —me preguntó Marcos, esperando una afirmación.

—Claro —respondí con poco ánimo.

—¿Estás bien? —se preocupó, haciéndome sentir fatal por ello.

—Sí. Cansado.

—Ven —me pidió, haciendo que acabara sentado sobre él—. Si quieres quedarte…

—No. Tengo ganas de un paseo.

Era una buena idea, hasta que me tuve que dar la paliza para llegar al punto de meta que habían marcado. Yo montaba en bicicleta por ciudad, sin baches gigantes, ni pedruscos, ni maleza… Acabé hecho polvo.

El paisaje era muy bonito; la cascada no era muy grande y caía sobre un pequeño lago, éste desembocaba en el río para seguir su curso. Veíamos el arco iris dibujado por los intensos rayos de sol y las miles de gotas que bañaban el ambiente… Sin lugar a dudas, Aitana aprovechó el lugar para fotografiar todo lo que pudo y más, incluyéndonos a todos.

—Por cierto, Dani, ¿tienes cuenta en Insta? Quiero etiquetarte —me comentó.

—No tengo —respondí inquieto, recordando que cerré todos los perfiles por el acoso, al igual que me cambié de correo electrónico y número de teléfono, dejando atrás todo lo que había sido mío en el mundo digital.

—¿En serio? —exclamó sin dar crédito.

—Aitana, ya vale —pidió Marcos, sabiendo que aquello me estaba molestando.

—Vale. Jo, si es que no me dejáis ni preguntar —musitó, alejándose.

—No tenías que…

—Si te molestaba, ¿por qué no? —preguntó, interrumpiéndome—. Te pierde ser tan cordial con ella. A mí me trasteaste peor —me reprochó, mirándome divertido.

—Porque tú empezaste picándome, ella lo hace sin maldad. Me gruñó al oído e hizo que me mordía.

—Te comería.

Yo me estremecí. Marcos me abrazó y me besó en la mejilla.

—¿No quieres ir a bañarte? —pregunté al ver que todos estaban metidos en el agua.

—No, si no vienes me quedo.

—No puedes dejarles por…

—A ellos los he disfrutado todos los años —interrumpió—. A ti te estoy disfrutando ahora, y no quiero perderme un segundo, que las horas pasan rápidas.

Sabía cómo dar en la diana. Me encogí, apretando mi mano contra el pecho, atrapada por las piernas, que abracé luego con fuerza. Me había derrotado tanta dulzura. La cara de la felicidad asomó. Pero la moneda giró de nuevo, cayendo en la cruz de mis ideas; el verano acabaría más pronto que tarde y yo me iría lejos.

Marcos me acercó. No dijo nada, sólo miraba a sus primos y hermano haciendo el loco mientras los adultos hacían tres cuartos de lo mismo, pero riñendo a los niños si se excedían de salvajes.

No logré animarme. Regresamos con el final de la tarde. Todos estaban muertos de hambre, así que se sentaron a la mesa deseando cenar. Yo, por mi parte, estaba demasiado cansado mentalmente.

—Dani, ¿qué quieres? —me preguntó Marcos para servirme la cena.

—Nada. No tengo hambre —respondí—. Me voy a dormir.

—Pero…

—Buenas noches —sentencié.

Me metí en la tienda sin darle tiempo a protestar. Me quité la ropa, quedándome con el calzoncillo. Me tumbé bocabajo, esperando poder dormirme, una espera larga e inútil.

Fui oyendo como se fueron reuniendo alrededor el camping gas; no se podía hacer una hoguera en el monte, pero nadie les iba a impedir quemar nubes de azúcar. Kevin le acabó pidiendo a Marcos mirar las estrellas, así que todas las luces fueron apagadas.

En el silencio, Marcos fue contando las historias que daban vida a las constelaciones. Yo escuchaba desde la tienda, deseando salir, deseando ponerme a su lado y sentir su calidez. El corazón me gritaba: «hazlo», pero la cabeza, cruel y traidora, me decía: «si te alejas menos dolerá cuando te deje». Esa era mi convicción. Marcos me iba a dejar. ¿Por qué no podía creer que lo nuestro duraría? Yo quería que durase. Deseaba poder conocerle más, sentirlo, tocarlo, besarlo y vivir de todo junto a él.

Marcos me abrazó cuando se metió en la tienda. Yo seguía despierto, dándole la espalda. Sentí como respiró hondo el olor de mis cabellos. Me dio un beso en la nuca, muy delicado y largo.

—Buenas noches, guapo —susurró, convencido de que seguía despierto.

—Buenas noches —respondí, apretando su brazo contra mí, suplicándole que no me soltara, que no me alejara.

Él se mantuvo así incluso después de dormirse. Ni en el letargo era capaz de dejar de tocarme. Y yo, que no podía descansar, me quedé pensando, luchando contra mi mente, mientras acariciaba el brazo que me rodeaba. Al final, perdiéndome en el vaivén de mis dedos, logré quedarme dormido.

Capítulo



El sonido de un trueno me despertó de sopetón. Estaba lloviendo con fuerza. Miré el móvil; las siete de la mañana. Había dormido más de lo que pensaba. Marcos seguía abrazado a mí. No podía creerme que no hubiéramos movido un dedo desde que nos dormirnos.

—Mm… —gruñó con el sonido de otro trueno—. ¿Qué llueve? —masculló adormilado.

—Sí, y bastante.

—Corre a la caravana. —Oí desde fuera—. Quítate las botas, no lo llenes todo de barro.

—Esa es mi madre —sonrió Marcos.

—Parece que hoy nos quedaremos encerrados.

—Por mí bien, estoy genial así —respondió, apretándome más contra su cuerpo.

—No me refería a eso, pero bueno…

Marcos no dijo nada, sólo empezó a acariciar mi vientre. Yo le seguía las caricias por la mano y el brazo. Tenía su frente apoyada en mi cabeza, y se separó para dedicarme pequeños besos por la espalda. Marcó mi hombro, cuello y oreja con ternura.

Él no pretendía nada, sólo quería estar tranquilo, tocándome, dándome amor, pero yo…

Sentía su erección tras de mí, pero es que eso le pasa a cualquier hombre por la mañana, pero mi cabeza no podía caer en ello, sólo pensaba que o le correspondía o me dejaría por otro.

Me moví, rozando su entrepierna. Marcos suspiró deshecho. Ni podía imaginarme lo mucho que él quería eso de mí, pero tampoco me importaba, yo sólo tenía miedo. Apreté su mano contra mi vientre, indicándole que me aprisionara más y más contra su cuerpo. Él lo entendió, así que movió sus caderas, rozándome con su excitación. Gemía muy sutil, casi en suspiros. Quiso bajar su mano para tocarme, pero yo no estaba como él, ni mucho menos. Le llevé la mano al vientre de nuevo, porque no podía dejar que notara que yo, de cintura para abajo, no respondía por culpa de los nervios y los miedos.

Cuando el ritmo de sus besos, y la pasión de éstos, aumentó, me lancé a entregarme sin pensarlo. Retiré un poco mi ropa interior. Luego aparté la de Marcos, dejando libre la muestra de su deseo hacia mí. Moví mi cuerpo buscando su hombría, que me rozaba mientras arrancaba gemidos de la garganta de Marcos. Yo no quería ni entretenerme. Cuanto más tiempo tardase en lanzarme, más oportunidades le daba a mi cabeza para arrepentirse y fastidiar el momento a Marcos. Así que agarré su miembro y fui a meterlo.

—Espera —susurró casi sin voz—. ¿De verdad quieres? Deja que pille un condón.

No le dejé moverse. No le iba a dar la oportunidad, ni a él ni a mi cabeza, de detenerme, o Marcos acabaría decepcionado. Lo sentí dentro. Era incómodo e incluso me dolió por ir a la idea sin siquiera esperar a preparar mi cuerpo y humedecer su miembro.

Marcos gimió. Apretó sus dedos contra mí. Pegó la frente en mi hombro, derrotado, deshecho…

—Joder, Dani… —suspiró sin fuerzas—. Qué rico… —gruñó antes de morderme el hombro, antes de mover sus caderas y dejarse arrastrar por su necesidad carnal más que por la razón.

Yo tapé mi boca con la mano por no quejarme. No sentía placer, sólo angustia. Me molestaba no poder corresponderle, y no me relajaba, provocando que la sensación fuera muy molesta.

—No puedo —acabó por decirme. Se separó, dejando libre mi interior.

—¿Qué pasa? —pregunté, temiendo que al final yo no le gustara.

—Esto no es lo que quieres —indicó, dándome un beso con fuerza en el hombro—. No pienso seguir. Te haré daño.

—Cla-claro que quiero —mentí.

Marcos me hizo girar, acabando cara a cara. Sonriéndome con amor, recorriendo con la mirada cada palmo de mi rostro.

—Quieres querer pero no puedes —respondió con ternura.

—No, yo…

Me subió el calzoncillo y luego subió el suyo.

—Estás tan tenso que seguro que te he estado haciendo daño —indicó, dejándome parado —. No pienso hacerlo así. Me muero de ganas pero no a costa de tu bienestar.

Me dio en el corazón con tanta fuerza que ni lo sentí latir. Creí que se había detenido. Hasta que el dolor volvió.

—No quiero que te canses de esperar —reconocí, presa de sus ojos que pedían sinceridad.

—Y no lo haré. No quiero esto, porque más me duele verte así; obligándote a ti mismo a darme lo que no puedes. Prefiero aguantarme. Ya me desahogaré yo sólo, pero no lo haré a tu costa. No pienso hacerte daño, nunca.

Quise llorar. De verdad me había robado el corazón, porque no lo volví a sentir en mi pecho

mientras lo besaba con fuerza, mientras lo abrazaba y recorría su piel con mis manos. Me estaba fundiendo con él, su calor y su amor. Al final, aunque no pude darle todo lo que sabía que él quería, sin dejar de besarle, fui yo el que terminó por desahogar sus deseos con mi mano.

—Siento que tenga que ser así —susurré cuando Marcos terminó entre mis dedos.

—Con que seas tú, me da igual —respondió sin aliento—. Lo prefiero así con tal de no hacerte daño.

Hundí mi rostro en su hombro.

—Calla, o al final lograrás que te quiera de verdad —susurré, intentando decirle que ya lo había hecho, que ya me había atrapado.

—Pues no me callaré. —Me miró con convicción, deseo y cariño—. Esto no va a terminar con el verano.

Capítulo



Marcos me sacó de la tienda de campaña convencido de que lo nuestro iría en serio y no le pondríamos fin junto con el mes. Nos metimos en la caravana, donde nos encontramos a nuestros padres y tíos charlando. Sofía y Óscar estaban en su tienda, al igual que Aitana y los pequeños.

—Mamá, papá —dijo Marcos con seriedad—, Diana, Carlos, ¿podemos hablar?

Yo ni siquiera sabía qué pensar. Marcos había tomado la decisión y ya. En su caso, yo estaría dudando tanto que acabaría por rendirme después de estresarme.

—¿Qué ocurre? —se preocuparon sus padres.

Nos sentamos frente a ellos. Yo cabizbajo, Marcos seguro de sí mismo y de lo que quería.

—¿Va todo bien? —preguntó mi madre, mirándome inquieta.

—Sí —sentenció Marcos tajante—, y por eso quiero buscar una solución para que no dejemos de vernos tras el verano.

Marcos se mantenía rígido, serio, convencido, pero yo notaba el temblor de la mano que apretaba la mía.

—¿Quieres decir que…? —quiso plantear Lucía.

—Queremos ir en serio. Yo seguía muerto de miedo, así que no decía nada. Marcos era tan arrollador… Me había arrastrado y yo no había tenido tiempo de pensar en nada.

—Dani, cielo —dijo mi madre—, ¿eso es lo que quieres?

Sabía que me costaba tomar decisiones, que necesitaba pensar mucho las cosas y que me dejaba llevar por los demás por miedo. Así que necesitaba cerciorarse, porque todo parecía ser precipitado.

Marcos me miró aguantando la respiración. Puede sentir su temor. No pensaba rechazarlo, pero ¿de verdad quería yo ir en serio?

—Sí —respondí, mirando a mis padres con convicción—. Aunque me vuelva loco, Marcos me está haciendo ver que puedo intentarlo. —Lo miré sonriendo—. Ahora mismo no me veo con nadie que no sea él.

Marcos escondió el rostro en mi hombro. Gruñó por lo bajo.

—Ahora mismo te comería, joder —me susurró con fuego en la voz, haciéndome estremecer.

—Vale, pues… —Mi madre miró a Carlos—. Se lo planteamos, ¿no?

Él asintió.

—Habíamos pensado en comentar esto más adelante —contó Carlos—. Tu madre y yo queríamos esperar a que empezaras la universidad, porque tendrías más libertad.

—Queríamos venir a vivir más cerca de la familia —añadió mi madre—. Estábamos mirando casa en la ciudad que queda cerca del pueblo.

—Pero ahora depende de lo que quieras —indicó Carlos—. Podemos mirarte plaza en otro instituto y mudarnos cerca de la familia para que estés con Marcos.

—Hasta podrías ir al mismo instituto —añadió Lucía—. Así no te sentirás tan desplazado.

—Estarías con Marcos, Aitana y los chicos —confirmó Jesús.

—No quiero liaros —suspiré inquieto—. Pero me gustaría.

—No nos vas a liar, mi vida —dijo mi madre—. De verdad que lo estábamos mirando.

—Para mí es importante la familia —prosiguió Carlos—. Quería volver a estar cerca de ellos, pero no quería apartarte a ti de tu casa.

—Por eso íbamos a esperar a que estuvieras en la universidad —siguió mi madre—, porque podrías decir de quedarte en la residencia, y nosotros podríamos venir al pueblo cada fin de semana y verte aquí.

—¿De verdad? —insistí. No quería arrastrar a nadie tras de mí por mis caprichos.

—Te lo juro —sentenció mi madre—. Si es lo que quieres, lo haremos. Estaremos todos más cerca, y es algo que me gustaría. Por fin tenemos familia.

Abracé a mi madre, que se esforzaba por no llorar. Sabía que ella lo quería. Se había visto tanto tiempo sola conmigo que, cuando encontró a Carlos, no podía ni creérselo. Y cuando conoció a la familia de su amor, empezó a desear poder ser parte de ella, por no alejar a Carlos de ellos y por darme a mí un rincón lleno de personas que se querían y que me querrían.

—Gracias —susurré, apretándola contra mí—. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

—La familia crece —dijo Lucía, sonriendo a Marcos—. Pero más te vale comportarte.

—¿Por qué me llevo ahora una colleja verbal? —exclamó Marcos sin entenderlo.

—Porque no te vas a fugar para ir a ver a Dani por las noches

—sentenció Lucía.

Yo dejé escapar una risa ahogada.

—¿En serio? —dijo molesto—. ¿Eso es en lo primero que pensáis que haré?

—No quieras saber en lo primero que hemos pensado —suspiró su padre, que veía crecer demasiado rápido a su pequeño—. No os hemos cambiado de habitación porque ya era tarde.

—Dios —musité avergonzado.

—¡Papá! —se quejó Marcos, abrazándome, escondiéndome, sabiendo que ese tema me alteraba mucho—. Pues ya podéis estar tranquilos, que no hemos hecho nada.

—Pero cállate —pedí, sintiendo como el calor se centraba en mi rostro.

—Marcos —le llamó mi madre, mirándolo con cariño, sintiendo que estaba entregando a su niño—, cuídamelo.

—Cada día —respondió él feliz, apretándome entre sus brazos.

Dejé de sentir tanto miedo. Marcos había hecho desaparecer ese temor que padecía a que me

dejara o a no verlo más tras las vacaciones. Él había roto mis esquemas, arrancándome de la oscuridad, llevándome a la luz de su cariño. Y, sí, seguía teniendo dudas y miedos, pero si en algo era experto Marcos era en hacerme querer vivir y arriesgarme, aunque fuera poco y despacio, pero logré ir saliendo de mi rincón para caminar a su lado.

Capítulo



Pasamos la mañana sentados en la autocaravana. Marcos estaba apoyado en la ventana y me tenía atrapado entre sus brazos. Estaba tan bien que me quedé dormido. Sólo me desperté cuando el olor a comida me llegó. Tenía hambre. Una de las consecuencias de estar siempre con los nervios agarrados al estómago era que comía poco o nada.

—Buenos días, guapo —me susurró Marcos al verme despertar.

—Me he quedado dormido —suspiré, algo más descansado de lo que creía—. ¿Por qué no dejas de llamarme guapo? —pregunté, percatándome de esa nueva manía.

—Porque lo eres —alegó alegre—. ¿Te molesta?

—No sé qué decir, es raro, creo —indiqué, incorporándome con su ayuda.

A esas horas, estábamos todos dentro de la caravana. Era un poco agobiante, demasiada

gente en un sitio reducido. Seguía lloviendo, aunque con menos fuerza.

—¿Qué haremos esta tarde? —preguntó Alonso.

—A ver si deja de llover —respondió Jesús.

—¿Hacemos carreras de caracoles? —propuso Marcos, llevándose una mirada de incredulidad por mi parte.

—¡Sí! —exclamó Kevin.

—No me mires así —me dijo Marcos, sonriendo como un niño—. De siempre hemos hecho carreras de caracoles cuando llueve.

—Vamos a buscarlos y luego los hacemos competir —explicó Alonso, impaciente por empezar.

—Ahora mismo está pensando que sois una panda de raros — se burló Sofía, riendo divertida.

—¿Eso piensas de mí? —preguntó Marcos, mirándome lastimero.

—No, yo… ¡Sofía! —exclamé sin saber cómo salir del dilema.

—Lo siento —rió con ganas—. Es que tu cara lo dice todo.

—Eres mala —gruñó Marcos—. Dani no pensaría nunca que soy raro.

—Pero sí que estás loco —intervino Aitana—. Carreras de caracoles… Pirados.

Yo no dije nada, no quería meterme en la discusión. Parecía que para los chicos era una tradición y para las chicas una tontería, y yo en medio, creyendo que discutir por ello sí era una locura.

Después de comer, ya había dejado de llover. Pudimos salir a buscar los caracoles. Yo me apunté, ¿por qué no? Para Marcos parecía importante, así que pensé que sería divertido participar en sus costumbres familiares.

Cogimos unos cuantos caracoles y los llevamos al campamento. Pusieron un plástico sobre la mesa, pintaron unas líneas; llegada, salida y carriles. Cada uno escogió a su caracol y los pusimos en la línea de salida.

—Sabes que esto tardará horas en acabar, ¿verdad? —se mofó Sofía.

—Pero será emocionante —exclamó Marcos.

—Madura —le recriminó ella.

—Ni que fuera fruta. Déjame en paz. Vamos, Dani.

Marcos parecía un niño. Era hermoso verle la amplia sonrisa, y era música para mis oídos escuchar la harmonía de su risa. Me mantuvo a su lado, animado, tomándose en serio la carrera, como su hermano y su primo. Tenía siempre un punto macarra ante sus amigos, pero luego, en familia, era tremendamente dulce. Se veía a la legua que le encantaba estar con su hermano y su primo, y que le gustaba ejercer de hermano mayor con ambos.

Llevábamos diez minutos de carrera y no habían perdido el entusiasmo. Pero los caracoles no estaban muy dispuestos a que la competición terminara. Costó un buen rato que uno llegara a la meta, y fue el de Kevin, que alardeó feliz por la victoria. Marcos lo cargó a hombros y celebraron la victoria.

—Están locos, ¿verdad? —me susurró Sofía.

—Pero parece que se lo pasan muy bien —respondí, perdido ante la sonrisa de Marcos.

—¿Te gusta mucho?

—¿Qué? —La pregunta me descolocó.

—Mi primo. —Me sonrió con pillería.

—Yo… Esto… No sé —balbuceé inquieto. No estaba para nada preparado para decirlo en voz alta, pero sí, me gustaba mucho.

—Vale, vale. Tranquilo, no te pongas tan nervioso —sonrió, lamentando incomodarme, pero divertida al ver mi vergüenza al pensar en Marcos—. Ya me ha dicho mi tía que habéis pedido estar más cerca.

—Sí, bueno…

—¿Qué? ¿Pasa algo?

—No. —Seguía con dudas; tanto acercamiento me daba miedo.

—Vamos, dime. No le diré nada.

—Es que… ¿Y si no sale bien? No es lo mismo estar de vacaciones que vivir el día a día.

—Ah, ya veo… ¿Y si mañana te caes en la ducha y te descalabras? ¿Y si pasado un coche atropella a Marcos? ¿O le da un ataque al corazón a Carlos?

—Por favor, no digas esas cosas —supliqué angustiado. Lo último que me faltaba era pensar en cosas tan horribles.

—Pero entiendes lo que te digo, ¿no?

—Sí, lo pillo y… —suspiré, buscando la calma—, aprovecharé el tiempo.

—Así me gusta. Y, por lo que más quieras, no le animes para hacer más carreras de

caracoles. Dios, que ya sois adultos.

—Bueno… —Me encogí de hombros—. No hay edad para divertirse, ¿no? —respondí sonriéndole.

Sofía negó con la cabeza y rió. Yo volví junto a Marcos cuando me invitó a hacer otra carrera. Luego se dieron los premios a los ganadores y participantes; hojas de lechuga a los caracoles, y galletas de chocolate recién hechas para nosotros.

Nunca había pasado una tarde así, y acabé pensando que repetiría todas las carreras de caracoles que fueran necesarias si podía ver y disfrutar las risas de Marcos junto a su familia.

Capítulo



Tras una tarde pintoresca, por la noche, con el cielo despejado, Marcos volvió a regalarnos una noche de estrellas e historias. Cuando nos fuimos a dormir, Marcos se pegó a mí, quedándose dormido bastante antes que yo. Por la mañana, me despertó. Era increíble la capacidad de madrugar que tenía fuera de casa.

—Mañana recogemos, chicos —dijo Lucas cuando todos nos reunimos para el desayuno.

—¿Ya? —preguntó Alonso con desgana.

—¿No podemos quedarnos un día más? —preguntó Kevin lastimero.

—Tenemos más días para volver —respondió Lucas paciente—. Os prometo que repetiremos pronto.

—¿Y qué haremos hoy? —preguntó Alonso.

—¿Qué os parece si hacemos una gincana? —propuso Marcos animado.

—¡Sí! ¡Hagamos una! —exclamó Kevin.

Mientras desayunábamos, nuestros padres prepararon las pruebas para la competición. Salimos de la caravana y encontramos todo listo.

—¿Quién va a participar? —preguntó Lucía.

—Dependiendo de las pruebas, yo me apunto —indicó Aitana—. Pero como haya una de coger bichos, me largo.

—Qué cobarde —se mofó Marcos.

—Óscar y yo también jugamos —respondió Sofía sonriente.

—Vale, pues… ¿empezamos? —prosiguió Lucas—. La primera prueba consiste en llevar la pelota de ping-pong utilizando la cuchara. Sólo se puede usar la boca.

La carrera fue divertida. Ganó Sofía, que llegó antes y sin perder la pelota por el camino ni una sola vez.

—La siguiente carrera se hará llevando un balón entre las piernas. Debéis avanzar dando saltos, si perdéis el balón empezáis de nuevo.

Alonso nos pasó la mano por la cara a todos. Ganó sin siquiera cansarse. Los demás acabamos agotados.

—Toca cazar manzanas con la boca sin usar las manos. Empecé a ver claro que yo no estaba hecho para esos juegos, podría haberme ahogado en el barreño antes de coger la fruta.

—En la siguiente toca reventar un globo entre dos.

Marcos me apretó con tantas ganas entre sus brazos que ganamos, llevándome un mordisco disimulado en el cuello.

—¿Qué haces? —exclamé avergonzado, pero nadie nos miraba.

Sofía no dejaba que Óscar apretara porque le daba cosa que el globo petara. Ella se reía y negaba histérica, él se reía a carcajadas, contagiando a todos.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Marcos, manteniéndome entre sus brazo.

—Sí, pero…

—No quieres que te muerda, ¿verdad? —sonrió con pillería.

—Me da vergüenza —susurré tímido.

—¿Y puedo darte un beso? —preguntó con fuego en la voz.

—Pequeñito —respondí, sonriéndole tímidamente.

Marcos sonrió alegre y me dio un beso, pero no cumplió mi petición. Fue un beso más largo e intenso de lo que yo habría accedido, pero Marcos era así, arrollador, y yo me dejaba llevar porque a sus ojos, sus caricias y sus besos no podía negarme.

Cuando Sofía dejó de dar el espectáculo, volvimos a los juegos. Hicimos más carreras, pruebas de habilidad y coordinación, pruebas en pareja, en equipos o en solitario. Al final, no me importó tener la destreza de una tortuga coja, me divertí, me reí y no pensé en nada oscuro ni amargo. Me sentí parte de la familia y, lo que más me gustaba, vi disfrutar a Marcos.

Con la llegada de la noche, acabamos todos reventados. Nos habíamos pasado todo el día con la gincana, haciendo una pequeña pausa para comer. La competición al final acabó en piques entre primos, entre cuñados, hermanos y entre adultos y niños, aunque al final no se podía diferenciar a los mayores de los jóvenes.

La cena me supo a gloria. No recordaba la última vez que comí tanto y lo disfruté. Cuando terminamos, nos metimos en las tiendas hechos polvo y satisfechos. Me quedé dormido nada más estirarme junto a Marcos, algo que tampoco recordaba haber hecho en mucho tiempo. Fue realmente liberador no haber pensando en nada, sólo me divertí, me reí y relajé. Habría dado cualquier cosa para que eso siempre fuera así, pero mi realidad no era esa, y, aunque no quisiera, tendría que volver a ella.

Capítulo



Llegamos a la casa, al mediodía, tras el viaje de vuelta a pie, algunos, porque en el regreso pocos fuimos valientes para volver andando. Dejamos todo lo que pudimos en la autocaravana con la idea de recoger en otro momento. Yo me subí a la habitación, seguido por Marcos, que se dejó caer sobre mi cama. Yo sacaba ropa limpia del armario para vestirme después de darme una ducha.

—No te tumbes sin haberte duchado antes —le increpé molesto—, que es una guarrada.

—Lo siento… Olvidé tu vicio al orden y limpieza. —Se levantó y me abrazó por la espalda —. ¿Nos duchamos juntos? —susurró sonriente antes de besarme en el cuello.

—Deja de bromear —bufé con falso enfado—. Iré yo primero.

—Oh… Qué pena, no ha colado.

—¿Me dejas?

—No. —Me apretó más contra él. Sus besos se intensificaron en mi cuello y en mi hombro —. Sólo un poco más —pidió en un susurro tórrido.

Yo le dejé. No podía negarle un poco de mí, aunque no me sentía aún muy cómodo. Pero Marcos era bueno y paciente. Sus caricias nunca sobrepasaban la línea que yo marcaba. Pero yo seguía preguntándome cuánto iba a durar eso, porque su paciencia tendría un límite y yo no podía darle una garantía, porque mi mente era demasiado imprevisible.

—¿Puedo irme a la ducha ya? —pregunté al cabo de un rato.

—¿Me dejas mirar? —indagó risueño.

—No. Pervertido.

Lograba incomodarme con cariño. Le gustaba tentarme, pero terminaba todo en bromas porque nunca funcionaba. Al final, me liberó y me encerré en el baño. Cuando salí, lo encontré dormido sobre su cama. Sonreí. Me acerqué y lo miré, escrutándolo, deleitándome con esa expresión de paz que transmitía. El sonido de su móvil me asustó. Di un respingo. Oí a Marcos reírse.

—¿Me estabas observando? —preguntó divertido.

—No, yo… Quería despertarte y… —Me había pillado y era embarazoso—. ¿Te estabas haciendo el dormido?

Se puso en pie, ignorando las notificaciones de su teléfono. Me agarró de la nuca y me besó.

—No tardaré —susurró—. Luego nos acurrucaremos un rato, ¿vale?

No me dejó ni responder. Se metió en el baño. Cuando salió, yo estaba en mi cama, leyendo. Él se tumbó a mi lado, abrazándome por la cintura.

—Tu teléfono no deja de sonar —indiqué, algo molesto porque el sonido era insistente.

—Eso es que alguien quiere algo —bufó, poniéndose en pie, yendo a por su móvil. Lo miró —. Es Jorge, que quiere hablar —respondió, quedándose en su cama mientras escribía.

Yo ni lo miré, pero no pude evitar pensar en que, si no se acercaba para responder es que, quizá, escondía algo. No podía evitarlo, quería pero no podía; mis miedos me hacían pensar siempre lo peor.

—¿Podrías poner el móvil en silencio? —exclamé sin poder esconder mi malestar.

Marcos me miró extrañado.

—Sí, perdona —respondió con un hilo de voz.

Yo no quería ser borde, y menos con él, pero me estaba desquiciando el ajetreo de mensajes que iban y venían. No eran celos, lo tenía claro, era el dolor de los recuerdos; recordar la traición y la vergüenza me sacaba lo peor. No quería pensar mal de Marcos, quería confiar en él, pero la paranoia era uno de mis principales enemigos.

—Estoy hablando con la panda; mañana dicen de quedar aquí —me indicó, clavándome esa mirada intensa que no hacía más que analizarme.

—Ajá… —Seguí con la lectura, aunque no me concentraba y releí las mismas líneas varias veces.

—Quieren hacer acampada nocturna en el jardín.

—Muy bien…

—Y haremos una orgía de madrugada.

—Vale…

Se acercó resoplando, dejando su teléfono, que se iluminaba con cada notificación. Me quitó el libro de las manos y me miró serio.

—¿Qué haces? —pregunté molesto.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Me devuelves el libro?

—Dani, va… —susurró con ternura. Se sentó a mi lado y me abrazó—. ¿Es por hablar con Jorge?

—No. Sólo quería silencio.

—No tienes que sentirte inseguro, ¿vale? —indicó cariñoso, acariciándome la mejilla—. No voy a verle más a solas. Sólo quiere hablar.

—Que no tienes que darme explicaciones —sentencié, sintiéndome mal por molestarle con mis malos humos.

—Dani… —susurró, acercándose más, acariciándome el rostro para hacer que lo mirara—. Si algo te molesta, dímelo. No quiero que te preocupes. Soy todo tuyo —dijo antes de besarme con pasión.

Mi madre llamó a la puerta y abrió sin esperar respuesta, haciendo que me incomodara, así que aparté a Marcos.

—Siento… interrumpir. Olvidé llamar —dijo cortada.

—No te preocupes —respondió Marcos impasible—, no estábamos haciendo nada. Ese

tema nos lo tomamos con calma todavía.

Le di un codazo. Mi madre no sabía a dónde mirar.

—¿Qué querías?, mamá —pregunté, sintiendo el calor de la vergüenza en mis mejillas.

—Ya casi está la comida, por si queréis bajar.

—Sí, ahora vamos —indicó Marcos, que no me dejó levantar.

—Vale. No tardéis —sonrió y salió.

—¿Tenías que soltarle eso a mi madre? —reproché avergonzado.

—No quieras saber en qué piensan ellos que hacemos —respondió risueño—. No son idiotas, y saben que las relaciones llevan al sexo. Pero ahora eso da igual —indicó, haciéndome mirarle—. ¿Te molesta que hable con Jorge?

—No. —Intenté sonar convencido—. Siento haberme puesto borde. Hay cosas que no controlo; recuerdo lo que me hizo daño y yo…

Marcos me besó con ternura.

—No te preocupes, ¿vale? Habla conmigo si algo te molesta, así puedo liberarte de algunas de tus preocupaciones.

Asentí, dibujando media sonrisa.

—¿Bajamos?

—Sí, cuando te haya besado un poco más —susurró, atrapándome entre sus brazos y sus labios.

Tardamos unos minutos en bajar. Cuando llegamos al patio, nos topamos con Jorge.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marcos sorprendido.

—Llevo días sin verte, y está complicado hablar contigo últimamente —respondió, manteniendo una sonrisa que me escamaba.

—Nos hemos ido unos días de acampada y casi no teníamos cobertura.

—Ya…

Jorge y Marcos se pusieron a charlar. Yo me alejé, ayudé a poner la mesa y así evitaba verlos sentados uno junto al otro. Cuando me acomodé, Marcos interrumpió a Jorge y se sentó a mi lado. Me acercó a él y me dio un beso en la mejilla antes de seguir con la conversación con su amigo. Cuando terminamos de comer, nos quedamos en la mesa mientras todos estaban en la piscina.

—¿Te vienes a dar una vuelta? —le preguntó Jorge a Marcos.

Sin disimulo, me marginó.

—No, prefiero quedarme quieto —respondió Marcos, que me cogió de la mano y me sonrió —. Llevo días sin parar, quiero descansar. —Sabía que yo no quería salir y él no iba a ir solo con Jorge.

—¿Vas a dejar de darme largas? —preguntó con irritación.

—No te doy largas —exclamó sin entender el enfado.

—Claro que sí. Parece que echarte novio significa sacarme a mí de tu vida.

La tensión había llegado a un momento muy incómodo. Jorge dibujó una expresión muy fría, y empecé a ver que me culpaba a mí de la distancia que Marcos había tomado entre los dos.

—Eso no es así. —Marcos se molestó, pero mantuvo el tipo y la calma—. Ya lo hablamos la otra noche cuando fui a verte.

Deduje que se refería a la última vez que se escapó Marcos, porque fue la última madrugada que salió, las demás estuvo pegado a mí.

—Bueno, es que no me quedó muy claro; estaba muy concentrado en comértela bien.

—¿Qué…? —Miré a Marcos desconcertado.

—Qué hijo de… Eso es falso —exclamó Marcos dolido. Me miró con el gesto descompuesto—. Dani, te juro que…

Yo me levanté, le aparté la mano cuando quiso agarrarme.

—No me toques —exigí sin apenas voz.

—¡Eres un cabrón! —le increpó a Jorge—. Dani, espera.

Yo me quise ir, pero Marcos me agarró a mitad del pasillo. No quería que me tocara. No quería saber de él. Estaba siempre tan asustado del dolor que no le di el beneficio de la duda, directamente era culpable. Y me hundí.

—¡No me toques! —exclamé con ganas de llorar. En ese punto los adultos ya se estaban acercando.

—Dani, vamos, ¿no le creerás? —Apretó las manos contra mis brazos, no me hizo daño pero para mí ya era demasiado.

—Déjame —exigí, luchando para que me soltara—. No me toques. Suéltame.

—¡Joder, Dani, para ya!

Nunca me había gritado. Marcos había tenido siempre mucha paciencia, pero en ese momento él también tenía los nervios a flor de piel. No lo pensó, sólo estalló, y no vio venir las consecuencias.

Yo me asusté mucho. Empecé a temblar, a suplicarle que me soltara, que no me hiciera daño, que por lo que más quisiera no me hiciera nada. Lloré sin control, temiendo recibir un golpe. Si algo podía romper mi estabilidad mental era verme acorralado. El recuerdo de los matones que me pegaban e insultaban seguía presente. Y volví a perder la batalla contra mi mente.

Capítulo



Mi madre apartó a Marcos y me abrazó. Me susurraba intentando calmarme, intentando que me sintiera seguro, pero yo estaba demasiado asustado y dolido.

Marcos fue a por Jorge. Los escuché discutir con dureza.

—¿A qué coño ha venido eso? —exclamó Marcos muy enfadado.

—Estoy hasta lo huevos de que me des de lado —respondió Jorge con chulería—. Así quizá me hagas más caso.

—Eres un… ¿En serio? ¿Por unos jodidos celos de mierda mientes y le haces daño a Dani?

—Dijiste que seguiríamos siendo amigos, pero ni eso has cumplido. Creí que el encoñamiento por el niñato te iba a durar dos días, por eso me dio igual, pero se me está acabando la paciencia.

—¿Encoñamiento? ¿De qué cojones vas? Es mi novio, joder, no un rollo.

—Un rollo era yo, ¿no? ¿Eso es todo lo que conseguí ser para ti?

—¿Lo dices en serio? ¿Me quieres joder la relación porque no quise nada serio contigo? Eres escoria.

Jorge le pegó un puñetazo con tanta fuerza que lo tiró al suelo. Jesús y Lucas agarraron a Jorge y lo apartaron. Lucía y María comprobaron que Marcos estuviera bien. Cuando logró levantarse, miró a Jorge con asco y decepción.

—Tienes suerte de que esté Dani presente —gruñó con fiereza—. No voy a pegarte para no asustarlo más, por no mostrarle esa parte de mí, pero te lo juro, si te pillo acercándote a él otra vez… Sabes bien como acabarás.

—Te está reblandeciendo el cerebro el llorica de mierda.

Marcos se aguantó, pero Sofía le plantó un guantazo que le giró la cara. Luego lo agarró de la camiseta y lo tiró al suelo.

—La basura como tú no tiene cabida en esta casa. Así que ya te estás largando o yo no seré tan comprensiva como mi primo —sentenció con tono tranquilo, pero dejando claro que podía dar bastante miedo.

Lucas y Jesús lo sacaron de la villa. No necesitaron decirle nada más. Las caras de Sofía y de Marcos ya decían suficiente.

Carlos me llevó a la habitación junto a mi madre mientras sucedía todo. Me tomé los ansiolíticos y me quedé acurrucado junto a ella. Sus caricias y susurros me fueron calmando. Y haber escuchado que todo era mentira, fue un alivio. Pero me sentía mal por haber dudado y por haberme asustado de Marcos.

—¿Cómo está? —Le oí preguntar cuando subió tras echar a Jorge.

—Marcos, ahora no —pidió mi madre.

—Lo siento, Dani —suspiró dolido, ignorándola, sintiendo que necesitaba soltarlo todo—. Jamás te engañaría, y menos pensaría en hacerte daño.

—Marcos, por favor —insistió Carlos, intentando llevarlo fuera, pero él se resistió.

—Un momento —exigió, zafándose de su tío—. Dani, por favor, créeme. Te quiero y no te haría algo así.

—¿Quererme? —exclamé incrédulo—. Deja de decir tonterías —sentencié sin dejar de esconderme abrazado a mi madre—. Déjame.

—Dani…

—Diana, llévalo fuera y déjame con Dani —ordenó Carlos con su tono tranquilo pero firme.

—¿Qué…? —Mi madre lo miró perpleja.

—Vamos.

Al final obedeció. Se levantó y llevó a Marcos fuera. Yo me acurruqué con la almohada. Carlos se sentó a mi lado.

—¿Por qué desprecias las palabras de Marcos?

—No me quiere —respondí convencido—. Lo ha dicho para que le crea.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nadie puede enamorarse en unos días. No me conoce.

—Que tú no creas en el amor a primera vista, no significa que no exista.

—Son gilipolleces románticas. Y yo no estoy para esas mierdas ahora.

—¿Sabías que yo me enamoré de tu madre en la primera cita? La conocía de unas horas y ya sabía quería estar con ella.

Me dejó descolocado. Lo miré con extrañeza. No podía creerlo.

—Eso no puede ser —sentencié.

—¿Sabes cuándo lo supe? —Negué con la cabeza—. Estábamos en el restaurante, charlando de todo un poco. Ella estaba nerviosa, pero me encandiló con su sonrisa, con su conversación, con su manera de mirar… Le propuse una segunda cita, diciéndole que no podía déjala escapar, y me rechazó.

—No me extraña —susurré.

—Entonces me dijo lo mismo que has dicho tú, que no nos conocíamos. —Sonrió, viendo claro que era igual que ella—. Entonces, empecé a contarle todo de mí, sin dejar nada.

Lo miré sorprendido.

—¿Todo?

—Todo. En un rato ella ya conocía mi vida entera. Así que le dije que ya no tenía excusa. Se rió a carcajada viva. Ahí supe que la quería.

—Eso es imposible.

—No, para mí no lo fue. Yo la veía distinta a las demás. ¿Sabes cuantas miradas de rechazo o incomodidad recibí cuando contaba que no puedo tener hijos? —Lo miré con sorpresa—. En

cambio, ella se rió por la extraña situación y no le dio importancia a algo que, hasta ese momento, había sido la razón de que yo no tuviera pareja. Cuando la llevé a casa, me dijo: «No pensaba hacerlo, pero acepto una segunda cita, y te contaré mi vida. Por hoy, ganas tú».

—Pero mamá siempre dice que tardó un tiempo en enamorarse de ti.

—¿Sabes cuándo fue la primera vez que me dijo que me quería?

—No.

—El día en que le pedí matrimonio.

—Eso fue…

—Un año después de esa cita, sí. Y yo, desde el primer día, ya podría habérselo dicho. —Me miró sonriendo—. El corazón de cada persona es diferente, como la vida de cada uno. Tú madre temía amar y reconocerlo porque tu padre le hizo mucho daño, por eso le costó. A mí, en cambio, me habían rechazado muchas veces sin darme oportunidades, y caí rendido ante ella por ser distinta.

—Pero Marcos… ¿por qué iba a quererme?

—Eso debes preguntárselo a él. Creerle o no depende de ti. Pero no puedes tener una certeza, por más que tu corazón sienta de un modo, el suyo siente de forma distinta. Además, él puede ver algo en ti que tú no te veas.

—Quiero dormir —susurré cansado, aunque era una excusa para quedarme solo y pensar.

—Pues descansa. —Me dio un beso en la frente—. Cuando estés listo, habla con él.

Salió de la habitación sabiendo que yo no iba a dormir. Carlos me había dado una esperanza. Quizá Marcos si sentía algo más que atracción sexual por mí, aún así, ¿qué podía encontrar en mí? Hasta yo sabía que tenía que ser agotador aguantar mis bajones, mis malos humos, mis cambios de humor repentinos, mi desgana… ¿Qué futuro le iba a dar a Marcos? ¿Uno donde yo le increpaba por cosas que no existían nada más que en mi cabeza? ¿Uno donde él tenía que estar cuidando cada palabra para que yo no me ofendiera, me asustara o me deprimiera? Quizá la mejor manera de quererle era alejándole de mí.

Capítulo



Me quedé en la habitación hasta la noche. No me atreví ni a bajar a cenar, aunque no tenía hambre y me dolía demasiado el estómago. Tampoco quería ver a Marcos. Le había tratado como a uno de aquellos desgraciados que me habían hecho daño. ¿Cómo pude hacer algo así? Necesité muchas horas para pensar en qué le iba a decir, pero no fueron suficientes.

—Dani… —me susurró Marcos al oído.

Yo estaba adormilado y no lo oí entrar, así que procuró no despertarme si estaba dormido, pero, de no estarlo, quería que supiera que estaba ahí.

—Mm…

—¿Puedo quedarme contigo? —preguntó, sentándose a mi lado.

¿Qué debería responderle? Era una encrucijada. Quería estar con él, se lo había dicho hasta

a mis padres, y realmente él me hacía salir de mi cascarón. Pero, por otro lado, ¿no le estaba fastidiando? ¿No era mejor que se buscara a otro chico que no le diera tantos disgustos?

—No deberías —susurré; no quería negárselo, pero debía aclararle las cosas antes de ir a más.

—¿Por qué dices eso? —prosiguió, acomodándose tras de mí.

No quería rendirse.

—No te haré feliz —mascullé con dolor—. No te mereces estar siempre pendiente de mí. No te mereces mis cambios de humor, mis miedos, mis dudas…

—Eso no me molesta.

—De verdad, piénsatelo. Hay mucho más que mis miedos en todo esto. Me cuesta ser feliz.

—¿Y prefieres que me aleje?

—No quiero hacerte sufrir.

—Eso no pasará.

—Ya vale, por favor. —Me separé y me puse en pie.

—Entonces… ¿rompes conmigo?

Me estremecí sólo de pensarlo. No quería. Marcos me gustaba, me sentía bien a su lado. Pero ¿podía mantenerlo ahí sabiendo que le iba a fastidiar la vida? Teníamos dieciocho años, no podíamos pensar en ir en serio con esa edad y con mis problemas en medio.

Sentí sus manos acariciarme los brazos. Estaba esperando la respuesta.

—No sé qué decirte —mascullé con ganas de llorar—. Decida lo que decida, todo me hará daño.

—¿Por qué?

—No sólo tengo ansiedad. Yo… —suspiré sin valor. No me salían las palabras—. No es fácil vivir conmigo.

—No me importa.

—Pero yo… —Agaché la cabeza. Empecé a temblar.

—¿Qué te angustia tanto?

—Que me rechaces, que te haga daño, que de verdad me quieras y te decepcione… Que al final me dejes cansado de mí.

—Nada de eso ocurrirá.

—Te lo he dicho, hay más que miedos y dudas, hay más que la ansiedad.

Marcos me abrazó. Me envolvió desde la espalda. Apoyó la cabeza en mi hombro y nos meció lentamente.

—Mi abuelo también sufrió depresión —dijo, dejándome parado—. Cuando enfermó y supo que no iba a vivir mucho más, él sufrió mucho por ello.

—Lo siento —susurré—. No sabía nada.

—Como yo siempre ando por los rincones, oía las conversaciones; lo mal que lo pasaban todos, sobre todo él —prosiguió, sin detenerse en el vaivén de nuestros cuerpos—. Empecé a querer pasar más tiempo con él, y arrastraba a Sofía, Aitana y los pequeños, porque no sabían nada. Cuando estaba con nosotros, no le veía tan triste, no lloraba, no se enfadaba…

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunté, imaginándome que era algo muy duro para él.

—Porque un día le oí decir que la familia le daba fuerzas. Si no había pensando en acabar con todo era por nosotros.

—El amor no es una cura milagrosa.

—Lo sé, pero alivia. —Me dio la vuelta y me sonrió con ternura—. No intento sanarte, intento hacerte más llevadero el camino. Si te caes, quiero recogerte, y quiero ser tu muleta si te cuesta caminar.

—Es demasiado… Somos muy jóvenes y no deberías pensar en soportarme.

—Si te quiero, ¿por qué no?

—No me quieres.

—Claro que sí. Eres inteligente, bueno, dulce, divertido… Eres una tentación —susurró, acariciándome el rostro.

—No soy para tanto.

—Que tu estado de ánimo no te deje verlo, no significa que yo esté ciego. —Me acarició el rostro, acercándolo al suyo, y me besó—. Si siento un nudo en el estómago y dolor en él cuando estoy contigo. Si no puedo dejar de pensar en ti y no dejo de imaginarte entre mis brazos… Si deseo besarte sin parar y sin control… Si me pierdo en tu olor, en tu voz y en tu calor… Si me estremezco con tus sonrisas… Joder, Dani, si esto no es amor, ¿qué es? Porque es la primera vez que me siento así y no sé qué hacer.

—Vivir conmigo no es fácil.

—No quiero que sea fácil, quiero que sea real. Ahora dime, ¿quieres o no romper conmigo?

Lo miré, perdiéndome en sus ojos.

—No quiero.

Marcos me abrazó y me besó con fuerza. Me arrastró a su amor pese a todo lo que yo sentía. No entendía como era capaz de querer arriesgarse así por mí, por alguien con la mente rota. Pero, en dos semanas, él me había hecho sentir vivo otra vez, me había hecho reír, soñar, desear… Tenía razón, el amor no curaba pero aliviaba. Y, en ese momento, entre sus brazos, atrapado por sus besos, podía sentir que el peso de mis males disminuía, porque él me quería y no importaba nada más.

Capítulo



M me levantó. Lo envolví con mis piernas mientras él me sujetaba y me llevó a la cama. Nos tumbamos uno frente al otro. Me besó con ternura mientras me acariciaba el rostro. Era tierno, lento, suave… Me mimó durante un buen rato, hasta que paró.

—¿Quieres dormir? —preguntó sin dejar de acariciarme, mirándome mientras lamía y mordía su labio sutilmente.

—No, quiero estar así un rato más. Aunque tampoco quiero que tú…

—Te lo dije; ya me aliviaré solo. Pero si quieres más… —Me besó si terminar de hablar.

Me colmó a besos, a caricias y abrazos. Lentamente, fui sintiendo que no era suficiente. Quería más. Mis manos se perdieron bajo su camiseta; una por la espalda, la otra por su pecho. Lo pegué a mí. Quería sentirlo aún más cerca aunque ya no hubiera ni espacio para el aire entre los dos.

—Lo siento —terminé por susurrarle casi sin aliento.

—¿Por qué? —preguntó, perdido en darme más besos por el cuello.

—Por calentarte para nada.

—No me molesta. Me encanta esto. Luego una pajilla y aquí no pasó nada —dijo risueño.

—De eso puedo ocuparme —susurré tímido.

—Siempre que sea lo que quieres, y que te sientas cómodo, yo me dejaré.

Me sentía avergonzado, pero no incómodo, por ello retomé los besos. Le di placer con mi mano temblorosa. Le concedí más tiempo para disfrutar. Fui más despacio que la otra vez para compensarle por no poder darle más. Me gustaba oírle suspirar los sutiles gemidos que escapaban de su boca. Me gustaba sentirlo estremecerse con cada caricia. Y me encantó sentir como acababa en mi mano y gruñía perdido en el placer.

Tras asearnos, nos acostamos. Marcos me dio más besos antes de dormirnos.

Esa noche la dormí entera.

Me desperté temprano, pero sin madrugar. Marcos se movió a mi lado, tampoco podía dormir más. Bajamos a desayunar cogidos de la mano. No queríamos soltarnos.

Mi madre me miró con interés y preocupación.

—¿Todo bien, chicos?

—Por ahora, sí —indiqué, sabiendo que en algún momento volvería a liarla.

—Se cree que se librará de mí con facilidad—dijo Marcos, sonriendo alegre—. La lleva clara.

—No sabes la que te ha caído encima —bromeó Jesús, escrutándome para cerciorase de que estábamos bien.

—Ya, bueno, él también tiene mucho que aguantar—respondí, apretando la mano del que, milagrosamente, seguía siendo mi novio.

—Esta tarde vienen los chicos, ¿no? —preguntó Lucía.

—Sí. —Marcos me miró pidiendo permiso—. Si te parece bien.

—A mí no me metas. Son tus amigos.

—Ya, bueno, pero…

—Queda con ellos. No me hagas decidir a mí, que parece que me interpongo.

Pensé en Jorge. Sí, el chico era un capullo y un celoso, pero en parte sentí que tenía algo de razón; Marcos pasaba mucho tiempo conmigo. Me preguntaba si de verdad estaba dejando de lado a sus amigos para librarme de pasarlo mal.

—Oye, si lo dices por lo de ayer…

—Es más sencillo que quedes con ellos, que el tener que preocuparte por si yo estaré bien.

Marcos me sentó sobre sus piernas y me abrazó.

—Nunca voy a dejar de preocuparme por ti, ¿vale? —exclamó, apretándome con fuerza.

—Qué bruto. Qué me matas.

—Eso nunca. Pero sí te comería —me susurró, gruñéndome y mordiéndome la oreja.

—¿Vais a hacer una acampada nocturna en el jardín? —preguntó Sofía.

—Sí —respondió Marcos.

—¿Y qué pensáis hacer para entreteneros? —preguntó con malicia.

Marcos miró a otro lado y respondió:

—Nada interesante.

—Casi que es mejor que no conteste —bufó Lucía.

—¿Me he perdido algo? —pregunté inquieto.

—Nada —respondió Marcos divertido—. Pero esta noche será «noche de juegos».

Capítulo



Los amigos de Marcos llegaron a media tarde en pandilla. Lo primero que se escuchó fue:

—¿Qué cojones ha pasado con Jorge? —preguntó Noelia, que ya había vuelto de la escapada familiar.

—¿De verdad te pegó? —se preocupó Mateo.

—¿Qué no le ves el morado en toda la cara? —exclamó Eduardo.

—Vamos, chicos, el interrogatorio para luego —dijo Marcos, guiándolos al jardín.

Me saludaron como si nada, pero yo pensé que, en el fondo, creían que era culpa mía que acabaran peleados.

—¿Estás bien, Dani? —me preguntó Laura.

—Sí, ¿por? —respondí haciéndome el loco.

—Por lo de Jorge —indicó—. A veces puede ser un cretino.

—Yo estoy bien. —Miré a Marcos, lamentando que él perdiera a un amigo por mi culpa.

—No me mires así —exclamó Marcos, que sabía lo que pensaba—. No fue por tu culpa, ¿vale?

—Vamos a montar el chiringuito —planteó Noelia—. Que luego no vamos a tener ganas.

Montaron tiendas de campaña en la parte más alejada del jardín, para que ningún adulto oyera ni viera la «noche de juegos». Así que acercaron un par de neveras cargadas de hielo y cervezas, bolsas de patas, frutos secos y cortezas para «cenar». Utilizaron un farol de camping, con luz mínima, para vernos en la oscuridad.

—¿Con qué juego empezamos? —preguntó Laura animada.

—Con: «¿Quién me ha besado?», ¿qué os parece? —preguntó Mateo con picardía.

Yo me tensé. Recordaba como terminaban estos juegos, que antes aún me podían resultar divertidos, pero que, en ese momento, eran incómodos.

—El que saque la pajita más corta se pone en medio —dijo Laura, sujetando un grupo de tubitos de plástico.

—¿Vas a jugar? —me preguntó Marcos, convencido de que esos juegos no me harían gracia.

—No te puedes rajar, va… —suplicó Noelia.

—Será divertido —añadió Mateo.

—Vamos, que no mordemos a nadie —intervino Eduardo.

Parecía que de verdad querían que yo participase, la pregunta que me desquiciaba era: ¿planeaban algo contra mí?

—No te preocupes —me dijo Marcos con ternura—. Si no quieres, no pasa nada.

—Jugaré —indiqué con temor.

—Tranquilo —me susurró Marcos—, son buena gente.

Y, por apuntarme, palmé; saqué la más corta, así que me senté en el centro del círculo.

—¿Sabes cómo se juega? —preguntó Laura.

—Sí —respondí nervioso.

Me taparon los ojos, incomodándome más.

—Empezamos, ¿eh? —avisó Noelia—. Besitos en la mejilla, ¿vale? Démosle un respiro al chico. Sed buenos.

Sentí unos labios rozándome la mejilla. Fue un gesto tímido y rápido, sin apenas rozarme.

—Ha sido Mateo —indiqué.

—¡Sí! —exclamaron las chicas. Noelia me quitó la venda.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó curiosa.

—Porque Laura y tú, sabiendo que me gustan los chicos, me habríais dado un beso sin timidez. Marcos me habría comido los morros con ganas.

—Eso es cierto —afirmó feliz por lo bien que empezaba a conocerlo.

—Así que quedan los chicos —proseguí—. Eduardo es más lazado que Mateo, así que me habría dado un beso en la mejilla pero sin sentir tanta vergüenza.

—Es un jodido Sherlock —rió Noelia.

—Vamos a por el siguiente —exclamó Laura divertida—, que a este ya no lo pillamos.

Y así fueron los últimos minutos. Acabamos el juego tras hacer varias rondas. El siguiente fue «Adivina el color». Tuvimos que adivinar el color de nuestra ropa interior, algo que me pareció extraño, sobre todo porque había que enseñar la prenda, no entera si no se quería, cuando todos habíamos dicho un color, así se desvelaba al ganador.

—Saca las birras —dijo Eduardo—, que jugamos a «Yo nunca».

Sirvieron un vaso para cada uno con cerveza. No me atreví a negarme por no fastidiarles, por no ser el rarito e inadaptado, pero era mala idea meter alcohol en mi cuerpo.

—Empiezo yo —exclamó Laura—. Yo nunca… me he morreado con una tía, pero morreo de verdad, con lengua y largo, ¿eh?

Bebí solo.

—¿A quién le comiste los morros, cacho perra? —preguntó Eduardo interesado, dirigiéndose a Noelia.

—Joder —exclamó ella—, ¿no te acuerdas? El año pasado, a Estefanía, jugando a «Verdad o Reto». Estabas allí.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo pasó eso? —preguntó sin recordarlo—.

Dime que eso está grabado.

—Iba ciego el gilipollas —se mofó Mateo.

—Pero lo grabasteis, ¿no? —insistió Eduardo.

—Sigamos jugando —dijo Noelia, ignorándolo.

—Espera —indicó Laura—. Marcos no ha bebido. Él me miró suplicando perdón.

—Sólo fue por curiosidad —respondió—. Un tonteo, nada más.

—A mí no me tienes que dar explicaciones —sentencié con desinterés.

—Sigamos, que se hace tarde —insistió Noelia—. Va, sigo yo. Yo nunca… he echado un polvo en el coche de mis padres.

Marcos, Laura y Mateo bebieron.

—Dani, eres de los míos —rió Eduardo.

—Mejor sigamos —dijo Marcos, sabiendo que ese tema me incomodaba, pero acabó pareciendo un novio celoso y se burlaron de él un rato; aguantó las burlas por mí, prefiriendo eso a tener que dar explicaciones sobre mis inquietudes.

—Me toca —indicó Mateo tras las bromas—. Yo nunca… me he enrollado con un primo o prima.

Marcos y yo no bebimos, aunque no éramos consanguíneos, seguíamos siendo familia, pero Eduardo tampoco lo hizo.

—¿Te liaste con una prima? —exclamó Noelia riendo.

—Qué cabrón —le replicó Eduardo a Mateo—. Si lo sé, no te cuento nada.

—Lo siento —rió Mateo—, pero es que el juego no tendría gracia.

—Vamos, Marcos, te toca —indicó Eduardo, intentando cambiar de tema.

—Yo nunca… he visto porno gay —sonrió mirando a Noelia. Laura, Mateo y Eduardo bebieron.

—Noe, tía —rió Eduardo—. ¿En serio?

—Son mis vicios ocultos —exclamó avergonzada—. Joder, Marcos ya te vale.

—Es fan del Yaoi, series BL y todo lo que se os ocurra —indicó Laura—. Así que no me extraña, porque es una salidilla.

—La verdad… —me susurró Marcos divertido—, es que quería saber si tú ves esas cosas.

—Antes… Algunas veces —reconocí avergonzado.

—Un día podemos ver algo juntitos.

—Calla —pedí sin voz, totalmente colorado.

—Le toca a Dani —indicó Noelia, querido desviar el tema.

—Suelta alguna cosa interesante —me susurró Marcos.

Suspiré buscando el valor. Pensé en mis aventuras antes de que todo se torciera.

—Vale —dije nervioso—. Yo nunca he rechazado hacer un trío si me lo han ofrecido.

Ninguno bebió, así que me toco beber a mí.

—¿Hiciste un trío, cacho cabrón? —me preguntó Eduardo incrédulo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con quién? —me avasalló Noelia—. ¡Dios! Cuéntame algo.

—La loca del porno gay —se mofó Laura.

—Fue con mi ex y un amigo suyo —conté avergonzado—. Me lo ofrecieron y acepté. Fue una de las pocas veces que había bebido un poco más de la cuenta, no iba borracho pero… bueno, eso.

—Eres mi puto héroe —exclamó Eduardo—. Yo no tengo cojones a que se apunten dos tías ni pagando.

Noelia lo miró riendo.

—¿No tienes bastante con decepcionar a una tía, que quieres decepcionar a dos, y a la vez?

—Qué cabrona —bufó molesto—. Te quejarás de cómo te lo hago.

—Esto está degenerando demasiado —indicó Marcos riendo animado.

Me sorprendió que no me hiciera ningún comentario sobre lo que conté, pero sí que me cogió de la mano. Sabía que no era fácil para mí hablar de esa época, y prefirió apoyarme a decir nada.

El juego duró un buen rato, ya que era la excusa más divertida que tenían para beber. Pero no fue el único. Jugamos a otros tantos, todos para avergonzarnos entre nosotros. Pero sobreviví a los juegos y hasta me lo pasé bien con la pandilla. Recordé aquella época del instituto y no me dolió tanto al estar rodeado de personas que no me juzgaban y que se reían junto a mí. Gracias a Marcos, volví a reír, a sentirme parte de un grupo, aunque fuera por unas horas. Me dio un pedazo de su vida, alegrando la mía y, en ese momento, sólo pude pensar que yo también quería darle algo más de mí.

Capítulo



Tras unas horas de juegos, risas y bastante bebida, decidimos irnos a dormir. Eduardo y Noelia se metieron en una tienda, Laura tiró de Mateo a la segunda, y Marcos y yo nos encerramos en la tercera. Dejó encendida la pantalla del móvil para tener una luz tenue.

—No tendría que haber bebido —dije cansado, sintiendo la cabeza un poco ida.

—Hoy estábamos demasiado animados —rió Marcos, acomodándose a mi lado.

—El problema está en que yo no debo beber ni gota.

—Tampoco ha sido para tanto —musitó, acercándose para besarme—. Por un día…

—¿Has olvidado que me medico?

—Lo sé. Lo siento. Pero ¿quién no ha hecho una estupidez como esa alguna vez? Te

prometo que la próxima vez seremos buenos, ¿vale? —Me besó en el cuello, colando la mano por debajo de mi camiseta.

—¿Qué haces? ¿Y si nos oyen? —pregunté incómodo, apartándolo.

—¿Por qué te crees que hemos montado las tiendas tan separadas? —sonrió con pillería—. Además, ¿qué piensas que están haciendo ellos ahora?

—¿Y cómo ellos se lo están montando, nosotros tenemos que hacer lo mismo?

—No tenemos que llegar a eso, pero quiero sobarte un rato — susurró con voz tórrida.

—Di la verdad —sonreí divertido—, lo que quieres es que te la casque.

Marcos se rió escondido en mi hombro.

—Qué bien me conoces.

—Ya, bueno, esa parte es fácil de adivinar si no dejas de meterme mano.

—Lo siento, es que me ha calentado conocer algunas de tus perrerías sexuales —sonrió divertido.

—Ese ya no soy yo —respondí con lamento.

—Lo eres; más tímido y miedoso, pero lo eres.

—A veces creo que ves a través de mí —susurré, encandilado por sus ojos.

—¿Sí? Pues es una pena no poder ver a través de tu ropa —bromeó, robándome besos llenos de pasión.

—Eso tiene fácil solución —musité tímido.

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendido.

Él no quería presionarme, pero yo sabía que tenía ganas de dar otro paso.

—Supongo. No sé. Nunca estoy seguro de nada, pero…

—Por mí no tienes que hacerlo.

—Y no lo hago. No quiero estar escondiéndome siempre de ti. Si esto es una relación, tengo que dar pasos para avanzar, no puedo ir siempre frenando las cosas o yendo hacia atrás.

—Te das cuenta de que estás algo bebido, ¿no? No quiero que mañana…

—Sé lo que me digo. No he bebido tanto. Aunque si no quieres…

—El problema no es ese —susurró con deseo—. ¿Y sí no puedo parar?

—Confío en ti.

Marcos no necesitó más. Me devoró a besos. No tardó en querer quitarme la camiseta, y yo me dejé pese a los nervios y la timidez. Él no dejó de distraerme con su cariño pero, cuando sus manos se fueron hacia la goma del pantalón, nada podía sacarme de mis miedos, así que temblé. Lo detuve un segundo, agarrándole las manos.

—¿Quieres que pare? —preguntó con ternura.

—No, pero… Sólo quiero que sepas que… bueno, que mi cuerpo no responde a los estímulos como antes. Los nervios… Por favor, no pienses que no me gusta lo que hacemos.

—Tranquilo —susurró con cariño—, no pasa nada, ¿vale? Lo entiendo.

Su calidez siempre lograba hacerme sentir más seguro. Así que liberé sus manos, y ellas me despojaron de la ropa. Mi instinto me dijo que me cubriera, y me encogí con una mano en mi entrepierna.

—Deja que te vea —suplicó casi sin voz. Recorrió mi cuerpo con sus ojos y su mano—. Dani, por favor… —Su impaciencia era fuego.

Cerré los ojos, no podía verlo mientras me devoraba con la vista. Retiré la mano y dejé que se deleitara. Le oí suspirar por mí, y me estremecí. Me acarició el cuerpo, pero respetando siempre esa línea que me daba miedo cruzar.

—Quiero más —susurró en mi oído—. Dani… me vuelves loco —gruñó perdido en mi piel.

Yo, con las manos temblorosas, le aparté la ropa. Él se quitó del todo la camiseta y el pantalón, entendiendo que ese era mi deseo.

Me sentía algo abrumado por la situación pero, a la vez, era reconfortante tener a alguien con quien poder compartir esa intimidad.

Marcos, que estaba atrapado por su deseo, se colocó sobre mí, sin cesar en los besos y las caricias. Dejó escapar un gruñido al rozar nuestros cuerpos. Yo sólo temblaba, pero lo abracé, le supliqué así que quería tenerlo cerca, que no quería que se alejara. Entre besos y caricias, Marcos se movía, deleitándose mientras sentía su piel contra la mía.

—Tengo que parar —me susurró, separándose unos centímetros, buscando serenidad y el control de su mente y cuerpo.

—No. —Lo apreté contra mí.

—Dani, si sigo así… —Me miró suplicante; era una tortura tanta tención sabiendo que debería detenerse.

Le besé lentamente y, del mismo modo, acaricié su espalda. Lo envolví con las piernas.

Suplicaba por él, por ese amor del cual no podía escapar, y es que ya estaba harto de huir. Y Marcos no se resistió; tomó todo de mí, despacio, asegurándose de que estaba listo, de que de verdad yo quería y me dejaba. Ninguno pensó en lo que hacía, sólo dejamos que todo fluyera; él impaciente, yo nervioso, pero acabando por ser uno.

Capítulo



Marcos se quedó sobre mí unos segundos mientras recuperaba el aliento. Aunque no dejó de besarme.

—¿Bien? —preguntó, deseando asegurarse de que no me estaba arrepintiendo.

—Sí —respondí tímido pero convencido.

Se tumbó al fin a mi lado. Me miraba como si yo fuera un sueño.

—Lo siento —susurró un tanto cortado, algo que me extrañó.

—¿Por qué? —pregunté inquieto, sintiendo temor por si no le había gustado.

—Tengo la sensación de que te has visto presionado por mí.

—No es así —dije con lamento. No quería que pensara eso—. He tomado la decisión porque yo quería, de verdad.

—Deberíamos haberlo probado en otro momento, sin haber metido alcohol en medio.

—¿Te estás arrepintiendo? —Afloró el miedo.

—Nunca. Sólo espero que tú no lo hagas. Le sonreí.

—No lo hago.

—Aún así… Creo que hemos sido demasiado impulsivos —insistió—. Ni siquiera he pensando en ir a por un jodido condón —se recriminó, poniéndose bocarriba, cubriendo sus ojos con el brazo.

—¿Siempre has usado protección? —pregunté, obviamente, inquieto por si la respuesta era negativa. Me fiaba de Marcos, sí, pero podía igualmente ponerme paranoico.

—Siempre —respondió firme, apartando el brazo de su cara para mirarme fijamente a los ojos—. Esta ha sido la primera vez que lo hago a pelo.

—Yo también —respondí, más o menos, aliviado—. Con esto siempre he sido muy escrupuloso, no sé cómo no he pensado — me recriminé—. Y ya es la segunda vez que no lo pienso estando contigo.

—¿Te das cuenta que, en esta ocasión, eres tú la mala influencia? —se burló Marcos, deseando quitarle hierro al asunto.

—Lo siento —dije con arrepentimiento—. El otro día sólo pensaba en que, si te dejaba ese tiempo, yo me echaría atrás.

—No te disculpes. No pasa nada.

—Pero estabas siendo correcto. Yo he sido el imprudente, y nunca lo había sido.

—Lo hecho, hecho está. —Se acurrucó conmigo y me besó—. La próxima vez pensaremos mejor las cosas. Aunque no sabes lo cachondo que me está poniendo el pensar en lo que hemos hecho —susurró, terminando por morderme en el labio—. ¿Qué se siente con la muestra de mi amor dentro? —sonrió con pillería.

—Oh, Dios… Qué idiota eres —exclamé avergonzado, estremeciéndome al pensarlo.

—Has sido el primero en llevártelo —susurró más tórrido.

—Para, por favor —supliqué sin voz, sintiendo que el calor se acumulaba en mi rostro.

Marcos rió. Me besó y me abrazó.

—Cada vez tengo más ganas de comerte —dijo con ternura—. Deberíamos ir a limpiarnos e

intentar dormir un poco.

Nos pusimos los pantalones y nos metimos en la casa. Cuando salimos del baño, Marcos fue a la cocina a beber y picar algo, yo me fui a la tienda. Cuando llegué, antes de meterme, sentí unas manos tirando de mí. Caí de espaladas, emitiendo un quejido. Miré a mí alrededor, topándome con una visión que me devolvió al miedo más intenso.

—Me has quitado mi sitio —gruñó Jorge con odio. Por el olor, era fácil adivinar que iba bebido.

Yo me quedé paralizado. Mi instinto de supervivencia no funcionaba. El miedo había hecho mella en mí y no podía pedir ayuda, correr o defenderme. Sólo podía temblar, encogerme y llorar en silencio.

—Yo no… No… Lo siento… —balbuceé con un hilo de voz.

—Me quitaste a Marcos y ahora a mis amigos. Puto llorica de mierda —exclamó antes de pegarme.

Sentí el golpe en la mejilla; primero llegó el desconcierto, luego la quemazón y, por último, el dolor, que me hizo encoger, llorar sin voz y temblar mucho más.

—¡Dani! —Oí desde lejos. Marcos corrió, abalanzándose sobre Jorge—. ¡Cabrón de mierda! —le gritó antes de emprenderla a golpes contra él.

Los demás salieron de las tiendas, encontrando a Marcos sobre Jorge, propinándole un puñetazo tras otro, recibiendo él otros tantos.

Noelia y Laura corrieron a la casa. Eduardo y Mateo apartaron a Marcos, liberando a Jorge, que gruñía de dolor.

—¡Te mataría! —exclamó Marcos con odio—. ¡¿Me oyes, imbécil?! ¡Te mataría!

Mateo se colocó ante él y lo intentaba tranquilizar.

—Está como una cuba. Joder, Marcos, cálmate. Ya le has dado de lo lindo.

—¿En qué coño estarías pensado?, gilipollas —le recriminó con calma Eduardo a Jorge mientras lo mantenía en el suelo—. Hay que ser imbécil para meterse así con Marcos, con lo peligroso que es. Estate quieto, que no te pille otra vez.

—Vamos, Marcos —proseguía Mateo—. Quédate con Dani —le susurró, haciéndole reaccionar.

Marcos se arrodilló a mi lado.

—Eh, Dani, mírame —imploró con temor al verme encogido, temblando y sollozando sin control—. Dani, respira, ¿vale? Ya estoy aquí. No pasa nada. —Me abrazó con fuerza, me meció entre sus brazos y no dejó de besarme ni de susurrarme.

Junto a Laura y Noelia, llegaron nuestros padres y tíos. A mí me llevaron a la habitación. A Jorge se lo llevaron a casa Jesús y Carlos. Marcos se quedó en el patio junto a sus amigos, esperando que yo me calmara. Mi madre se mantuvo a mi lado hasta que logré recomponerme, más o menos, porque caer en el miedo significaba retroceder en mi recuperación, por lo que mi madre tomó la decisión sin pensar.

—Volveremos a casa.

Capítulo



Mi madre me hizo tomarme las pastillas para dormir. No me dio más opciones que quedarme solo con ella hasta que me durmiera. Lo último que me dijo fue que volveríamos a casa, y yo no podía decir nada, la voz no me salía.

Me desperté muy temprano. Estaba solo en la habitación. Recordé la noche anterior al sentir el dolor en mi cara. Lo primero que se me cruzó por la mente fue que quería ver a Marcos. Salí de la habitación con prisas. Bajé al patio, encontrándome a Marcos, sentado en mi sitio, charlando con Sofía a solas.

—Dani… —dijo ella al verme. Marcos se puso en pie y me abrazó.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? —preguntó inquieto. Se apartó y me sujetó el rostro entre sus manos—. Lo siento mucho. Lo que te hizo ese cabrón… Pero no volverá a acercarse a ti, te lo prometo.

—Estoy bien —respondí con un hilo de voz. Le abracé tímido, algo cortado por mi inquietud—. ¿Y tú?

—Estoy bien, no te preocupes. Ven, siéntate. —Me acompañó a la silla y él se acomodó a mi lado.

—Tus manos… —susurré al verle los nudillos enrojecidos y con alguna pequeña herida.

—No es nada —indicó, acariciándome la mejilla.

—Dejó fino a Jorge —dijo Sofía.

Yo agaché la mirada.

—Te hiciste daño por mí.

—No te preocupes —pidió él con ternura—. La culpa es mía por partirle la cara.

—De verdad, no te inquietes —añadió Sofía risueña—. Marcos siente fascinación por las peleas.

—Calla —bufó él molesto—. No le hagas pensar mal. No soy un matón.

Le agarré la mano; era mi manera de decirle que no iba a pensar nada malo de él.

—Me voy a ir a dormir un rato, chicos —indicó Sofía, poniéndose en pie, sonriéndonos—. Sed buenos.

Cuando ella se alejó, Marcos me dio un beso en la mano que agarraba la suya.

—¿Cómo fue con tu madre? —preguntó algo preocupado—. Estaba de muy mal humor.

—Me dijo que… volveríamos a casa —respondí cabizbajo.

—¿No has podido convencerla de…?

—No lo he intentado.

—¿Por qué? —preguntó extrañado, quizá decepcionado.

—Ayer no podía ni hablar —musité—. Estaba muy mal.

—Lo siento…

—¿Y tus amigos?

—Están durmiendo.

—Sabes a lo que me refiero.

—No piensan que sea culpa tuya —sentenció con convicción—. Han estado preocupados por ti. Les caes bien. Y creen que Jorge se pasó, que se le fue de las manos. —Me miró fijamente —. ¿Tú quieres irte?

—No. —Mantuve mi vista apartada, quería pensar y decidir por mí sin ser coaccionado por esos ojos que me perdían—. Estoy harto de que, cada vez que me pasa algo, tenga que esconderme y apartarme. —Apreté mis dedos contra la mano de Marcos—. La otra vez tenía que alejarme de mis acosadores y de todos los que los apoyaban con sus risas y silencios, pero ahora… Capullos hay todas partes, ¿acaso voy a tener que esconderme de todos? ¿Voy a tener que irme del lado de los que me quieren porque un desgraciado me haga sentir mal? Si sigo así, acabaré por no querer ni salir de mi cuarto.

—Yo no voy a pedirte que te quedes si eso ha de hacerte mal, pero…

—Lo sé —sonreí, mirándole con cariño—. Hablaré con mi madre. Quiero acabar el verano con vosotros.

—¿De verdad?

—Tu abuelo tenía razón; la familia es capaz de darte fuerza.

Marcos me sonrió. Se sentó sobre mis piernas y me devoró a besos. Estábamos tan perdidos en nosotros mismos que ni nos dimos cuenta de que empezaron a bajar nuestros padres. Nos daba igual todo, sólo queríamos estar el uno para el otro.

—¡Ejem! Chicos… —dijo Lucía, interrumpiendo al fin nuestro

oasis.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcos despreocupado.

Yo me oculté tras él, avergonzado por no haberme dado cuenta del espectáculo que estábamos dando.

En cuanto mi madre asomó por la puerta, pude verle en la cara que no había dormido mucho.

—Cuando termines de desayunar, ve a recoger tus cosas —dijo con seriedad.

—Mamá…

—No. Esta vez nos vamos.

—Diana, espera —pidió Marcos, poniéndose en pie. Mi madre lo miró sin paciencia—. Antes de tomar la decisión, habla con él.

—Es mi hijo, y sólo hago lo que creo mejor para él —sentenció firme.

—Pero hay veces que lo que creemos no es lo correcto —respondió Marcos con convicción

—. Él sabe lo que quiere y, aunque le cueste expresarlo, cuando lo hace, se le debería hacer caso.

Marcos se alejó para dejarnos a solas. Yo miré a mi madre con timidez. Ella se sentó a mi lado y suspiró.

—Es un chico con cabeza —dijo sin disimular su sorpresa.

—Lo sé, por eso me… gusta.

—Dani, entiendo que quieres estar con él y que no te agrade la idea de volver, pero…

—Te equivocas, no es por él. Bueno, sí y no. Es por todos. —La miré con toda la seguridad que pude—. Mamá, estoy cansado de apartarme de todo lo que quiero por culpa de los demás. En clase no estaba bien, nadie me apoyaba y me dieron de lado, pero aquí… Ya no me siento solo. Es la primera vez, en mucho tiempo, que no veo miradas juzgándome o que no oigo comentarios sobre lo raro que soy.

—Pero es que sigues pasándolo mal y yo…

—Lo voy a pasar peor aislándome de todo el mundo, porque al final me quedaré solo. —Le agarré las manos con cariño—. Mamá, sé que te preocupas por mí, que me quieres y que quieres protegerme, pero no puedo meterme en una burbuja y esperar a que todo se me pase.

—Mi niño… —susurró con los ojos llorosos—. Es que tengo tanto miedo de volver a verte sufrir…

—Sí vuelvo a caer, te tendré a ti y a Carlos para ayudarme a levantarme y, si me quedo, tendré a la familia y a Marcos, que hará todo lo que pueda para que ni siquiera me caiga.

—Te entiendo, de verdad, pero lo de ayer…

—Lo de ayer ya pasó. ¿Sigo angustiado? Sí; aún me cuesta no pensar en ello y no temblar, pero me reconforta tener a todos a mí alrededor. Porque esto es lo que significa tener familia, ¿no? Por un solo imbécil no voy a renunciar a todos.

Mi madre suspiró rendida.

—Está bien. He de respetar tus decisiones. Te apoyaré. Pero tómatelo con calma.

—Gracias —sonreí aliviado—. Llamaré al doctor después de desayunar, ¿vale?

—Sí, por favor. Me quedaría más tranquila.

—Intenta disfrutar de lo que queda de las vacaciones —pedí, lamentando fastidiarle siempre sus ratos de paz—. Yo seguiré esforzándome por salir a delante.

—Te quiero, mi niño —dijo con amor, dándome un beso en la frente.

Marcos se acercó, ayudando a sus padres llevando el desayuno.

—¿Tienes hambre? —me preguntó risueño.

—Sí, un poco.

Mi madre se puso en pie y me besó sobre los cabellos. Posó la mano sobre el hombro de Marcos.

—Ha tomado su decisión. No hagáis que me arrepienta de echarme atrás en la mía.

Marcos se sentó sobre mí. Me dio un beso y sonrió feliz.

—Así que te quedas, ¿eh?

—Eso parece.

—No estás muy animado.

—Es lo que hay conmigo.

—Lo bueno es que, conmigo, eso lo podemos arreglar —sonrió pillo. Me robó un beso y se acurrucó sobre mí—. A ver qué se me ocurre para darte una alegría.

Capítulo



Tras desayunar, me subí al cuarto. Agarré mi teléfono para llamar a mi psicólogo. Mi madre se iba a quedar más tranquila, y yo lo necesitaba después de tantos vaivenes emocionales.

La charla duró un rato, aunque podría llamarlo monólogo, porque acabé exponiendo todo aquello que se me cruzaba por la cabeza; la relación con Marcos fue lo que más me preocupaba. Tenía el deseo de que funcionara, también el miedo de que no. Al final, la conclusión era que o me arriesgaba o huía, que tenía que sopesar lo que podía sacar de la relación aunque saliera mal. Aunque lo importante era centrarse en disfrutarla al día, no pensar en el futuro.

Otra idea que se me pasó por la cabeza fue retomar una vida digital de nuevo. Había cerrado todas mis cuentas por el acoso, que se extendía de la vida real a la de internet, pero me apetecía empezar de cero. La idea era tener a mi familia y, quizá, a los amigos de Marcos, que parecían interesados en seguirme después de las vacaciones.

Marcos llamó a la puerta. Le di paso estando aún sentado ante el escritorio.

—¿Ya has acabado? —preguntó, acercándose a mí, sentándose sobre mis piernas.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Bien. Lo de siempre.

—¿Y qué es lo de siempre?

—Pues mucha charla para que acabe viendo, por mí mismo, lo que quiero y necesito.

—Mm… ¿Y qué quieres y necesitas? —preguntó con pillería y sonriendo.

—Pues… —Hice ver que pensaba—. No se me ocurre nada.

—¡Oye! —exclamó, fingiendo estar ofendido.

Yo reí sutilmente. Lo abracé, apretándolo contra mí. Le besé en el hombro.

—Sabes que lo que quiero es estar contigo.

Marcos se puso en pie y tiró de mí. Me abrazó y me besó.

—Si lo repites, te como entero —susurró sonriente. Me besó varias veces y me meció tras abrazarme—. La panda está dando guerra abajo, ¿vas a bajar? Quieren seguir con la juerga en la piscina, y quieren verte.

—Sí, bajaré, pero quiero hacer una cosa antes —indiqué, dejándome llevar por sus caricias, por el vaivén de nuestros cuerpos, por sus besos…

—¿Qué quieres hacer?

—Una cosa. Luego te lo enseño, pero… necesito hacerlo en privado. Necesito mi espacio.

—Vale —aceptó sin borrar la sonrisa tierna—, pero luego tienes que bajar y unirte a la jarana.

—Bien, prometo unirme a la fiesta —acepté con una sonrisa tímida.

—Te espero abajo, guapo. Ni se te ocurra escabullirte, que subiré a por ti y te comeré —bromeó antes de darme un beso intenso.

Salió de la habitación.

Yo cogí mi móvil y creé un nuevo perfil en cada red social que solía utilizar. Grabé un vídeo y lo colgué en todas ellas. Respiré hondo varias veces, buscando la calma de mi corazón y el sosiego de mi mente. Estaba abriéndome a través de la red, siendo así más fácil por no tener a las personas a las que me dirigía delante. Aunque no les enseñaría nada hasta estar aislado,

porque aún me avergonzaba abrirme.

Al terminar, bajé como le prometí a Marcos. Disfruté del día con la compañía de mi familia, de mi novio y de los, que por lo que parecía, eran mis amigos de rebote.

Nos pasamos el día riendo, jugando, bromeando… Marcos siempre a mi lado, cariñoso, divertido, tierno… Nuestros padres y tíos estaban disfrutando de vernos, se veía por cómo nos observaban. Todos estábamos juntos, y ninguno me apartaba.

Por eso tenía bien presente lo que acababa de grabar, porque había plasmado todo lo que sentía por ellos, por mí, por mi pasado y mi futuro y, sobre todo, por Marcos. Aún oía en mi cabeza cada palabra:

«Pese a todo lo que he pasado, siempre he tenido a alguien a mi lado; primero a mi madre y luego, con los años, a Carlos. Ellos han sufrido tanto como yo, y si les pidiera perdón seguro que se… no sé, ¿ofenderían? Así que sólo les daré las gracias. Gracias por apoyarme, por guiarme, por quererme, por no juzgarme, por todo y por darme una familia. Siempre he estado con mi madre; éramos un equipo de dos y no necesitábamos a nadie más, hasta que apareció Carlos y, con él, toda una familia, que no sabía que la quería hasta que la tuve. A ellos, que no comparten sangre conmigo pero que me han acogido como a uno más, gracias. Gracias por darle a mi madre una vida llena de gente que la quiere, por compartir todo sin pedir nada a cambio, por querernos, por acogernos y apoyarnos. Pero si a alguien he de darle las gracias es a esa persona que ha logrado sacarme de mi oscuridad. Con él a mi lado he sentido que ser quién soy no es nada malo, que no es anormal, ni antinatural. Me gusta quererle y me gusta que me quiera; no podría pedir nada más. Por ese amor vale la pena arriesgarse, aunque no salga bien, aunque la vida nos separe… Lo que cuenta, y contará, es que lo viviré, y lo habré hecho junto a la persona más paciente, dulce, amable, cariñosa y… arrolladora que podría haber encontrado. Gracias… A ti, que me quieres con todo lo que me sobra y me falta. A ti, que me has hecho querer sin tanto miedo. Marcos… te quiero».

Capítulo



Agosto llegó a su fin.

Si a principios de mes lo único en que pensaba era en volver a casa, en ese momento lo que quería era no regresar.

Empecé a hacer la maleta el penúltimo día, llenándola de recuerdos, de tristeza por tener que irme y de esperanzas de empezar pronto una nueva vida junto a mi nueva familia y junto a Marcos.

Aquella noche no dormimos; no queríamos desperdiciar un segundo. La cama fue nuestro mundo durante horas, dispuestos a dejarnos la piel por hacer eterna la madrugada. Pero no pudimos. El sol salió por la mañana, dándonos el aviso de que el tiempo en el paraíso se había terminado.

—Me quedaría aquí toda la vida —gruñó Marcos, abrazándome con fuerza.

—Sería un poco aburrido, ¿no? Sin salir en todo el día…

—¿Aburrido? No iba a dejar que te aburrieras —sonrió con pillería.

—Tenemos que levantarnos —suspiré con desgana.

—No me apetece —se quejó, acurrucándose más.

—Ni a mí, pero si nuestros padres entran… Casi que no me apetece que me vean enganchado a ti.

—¿A mí? Si soy yo el que se engancha siempre —bromeó lascivo, acariciándome el cuerpo desnudo.

—Ahora sí que me voy a duchar —dije, aguantándome la risa.

—Pero no vas a ir solo.

—Qué mal acostumbrado te tengo…

Tras una ducha, nos vestimos y acabamos de preparar el equipaje, el cual bajamos y dejamos en la entrada. Luego nos sentamos a la mesa para desayunar.

—Dani, me tienes que dar tu número —me recordó Aitana.

—Y a mí —me dijo Marcos, sacando su móvil.

—¿No lo tienes? —se sorprendió Aitana.

—¿Para qué iba a tenerlo si hemos estado pegados todo el día? —respondió, apuntándolo cuando se lo dicté.

—Por fin podrá descansar de ti el pobre chico —se burló Sofía con descaro.

—Eres una… No tiene puta gracia —gruñó Marcos, más molesto de lo que quería aparentar por separarse de mí.

—Esa lengua… —le reprendió Lucía, escondiendo su preocupación por su hijo, que no había tenido nunca una relación seria y lamentaba que se separara de mí.

—Sólo serán unas semanas, hasta que nos mudemos —intervino Carlos—. Luego se verán todos los días que quieran hasta que se harten.

—No pienso hartarme —me susurró Marcos, que me había vuelto a sentar sobre él.

—Si tú lo dices… —indiqué yo, que aún no tenía tanta fe.

—Irán a clase juntos, ¿no? —preguntó Sofía.

—Sí —respondió Lucía—. Como soy amiga de la directora, hicimos el chanchullo —sonrió divertida.

—Enchufado —me soltó Aitana riendo.

—Siento las molestias —le dije a Lucía.

—Molestias, ninguna. —Me sonrió con ternura—. Le propuse que fueras con Marcos porque te ayudaría con tu ansiedad social. Él te puede apoyar, y seguro que te sentirás más cómodo teniéndolo cerca.

—Pero, por lo que más queráis —pidió mi madre mirando a Marcos—, comportaos.

—No pides tú nada —musitó Jesús risueño.

—¿Pero por qué me miras a mí? —exclamó Marcos—. Ni que fuera un gamberro.

—Hombre… —Sofía le hizo gesto con la mano de que más o menos sí lo era—. Cuando se trata de Dani no te controlas mucho que se diga.

—Métete en tus cosas, bruja —espetó él, apretándome más contra su pecho.

—Lo que os pido es que, de tener problemas, contéis con nosotros —aclaró mi madre—. Y te miro a ti porque eres el que responde por los dos, que Dani no reacciona como tú.

—Tiene genio para los dos, y le sobra —suspiró Jesús—. ¿A quién habrá salido?

—¿Estás insinuando algo? —le increpó Lucía.

—No, cariño mío, si tú eres un amor.

—Ya me tocó recibir a mí —musitó Marcos.

—Pero es con cariño —indiqué con ternura.

—Haré lo que tenga que hacer para que estés bien —me susurró—. Pero no la liaré. Por ti me controlaré.

Yo sonreí tímido pero feliz.

—Gracias… —musité.

Fue una pena que el desayuno acabara. Mis padres querían salir antes de comer, así que me vi cargando la maleta y mi mochila en el coche sin querer hacerlo.

Mientras mis padres jugaban al Tetris con las maletas, yo me despedí de todos con cariño y ganas de volver a verlos. El último fue Marcos. Los dos nos apartamos para poder hablar tranquilos.

—No sé si aguantaré unas semanas sin poder sobarte —me dijo al oído, abrazándome, regalándome un beso en el cuello.

—Ese es el mayor problema, ¿verdad? Que no vas a poder meterme mano —suspiré resignado.

—No… El problema principal es que, tú, no me meterás mano —rió pillo.

—Con más ganas lo retomaremos cuando nos volvamos a ver, ¿no?

—Supongo, pero… —Se puso serio. Noté su tristeza en su beso, en su abrazo y su sonrisa.

—Nos veremos pronto —dije con el mismo sentimiento.

—Ya… —musitó, escondiendo su rostro en mi hombro.

—Marcos… —Lo apreté contra mí, acariciándole la nuca y la espalda.

—Ni se te ocurra llorar —dijo al oír como mi voz temblaba.

—¿Por qué? ¿Es que se te pegaría? —bromeé, luchando por controlarme.

—Claro que sí, tonto. —Me besó el cuello con ternura.

—¡Dani! —me llamó mi madre.

Marcos apretó más sus brazos.

—Sólo un minuto más… —pidió en un susurró triste.

—Tenemos que irnos —añadió Carlos.

—Hasta pronto —le dije a Marcos, separándome, sabiendo que un minuto más no sería suficiente para ninguno.

Me acerqué al coche, luchando por no mirar hacia atrás, porque no podría irme. Pero Marcos no lo aceptó. Sentí como me agarraba del brazo. Me hizo girar. No me dio tiempo a protestar; me concedió un beso intenso, largo y lleno de amor.

—Ni se te ocurra olvidar que te quiero, ¿vale? —me dijo pegando su frente a la mía—. De aquí a unas semanas no te dejaré ni un minuto.

—¿Es una amenaza? —pregunté, sonriendo triste pero a la vez feliz por su amor.

—Sí, es una amenaza.

Besé a Marcos y me metí en el coche.

Cuando llegué a aquella casa no miré por la ventana, no presté atención, ni me di cuenta de

haber llegado pero, en ese momento, no puede apartar mi vista del cristal, clavando mi mirada en Marcos, despidiéndome de él con una sonrisa.

En el momento que ya no nos veíamos, sentí el vacío; el golpe de la realidad. Fue el sonido del teléfono el que me impidió hundirme. Leí la notificación de WhatsApp: «Marcos te ha agregado al grupo». Poco después empecé a leer los mensajes de los miembros del chat:

«¡OMG! ¡Marcos ha metido a Dani en el grupo!».

«¡Sí! ¡Ya lo tenemos aquí! ¡Hola, Dani! ¿Marcos te ha pasado nuestros números? Si no, soy Noe. Guarda mi tel, ¿eh? ;) La otra loca es Laura XD».

«¡No estoy loca!».

«Joder, Marcos, has tardado en meterlo. Por cierto, soy Mateo».

«Seguro que ha sido para que Laura no lo acosara XD. Aquí Edu».

«Que te den. ¿Por qué recibo yo todo el rato? T-T».

«Dani, huye que aún puedes XD».

«Comportaos, gentuza. Que me lo vais a asustar en cero coma, cabrones».

«Oh… El amor está en aire».

«Se lo quería quedar para él antes de que lo pervirtiéramos».

«Pero si ha sido el único que se ha montado un trío. Debemos aprender de él. Es nuestro Senesei».

«Repito: cabrones».

No puede evitar sonreír. Me pasé todo el camino de vuelta charlando con ellos. Marcos me había metido en su mundo y me había regalado un grupo de amigos. Lamenté mucho que el mes terminara, pero me sentí feliz de que mi nueva vida empezara. Y, sí, tenía miedo, tenía dudas e inseguridades, pero había dejado de sentirme solo y eso lo hacía más llevadero. Ni siquiera pensar en lo incierto del futuro me borró la sonrisa, que nació al ver el último mensaje de Marcos, el cual me dejó por privado al final del día.

«Buenas noches, guapo. Sueña conmigo, ¿vale? Te quiero».


Fin